

RECUERDOS DE VIAJE

CARTAS SOBRE ROMA Y ESPAÑA

POB

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

PRESBITERO

QUITO

IMPRESA DEL CLERO

1891

DOS PALABRAS.

En este pequeño volumen damos á luz la colección de todas las Cartas que escribimos de Europa y que se publicaron en la Revista católica de Quito titulada *La República del Sagrado Corazón de Jesús*. Nuestro objeto, al reunir las en un solo volumen y publicarlas de nuevo, no ha sido otro sino satisfacer los deseos de muchas personas que nos han pedido que hiciéramos esta publicación, porque querían tener reunidas nuestras Cartas en un solo tomo, para poderlas leer con mayor comodidad.

La primera Carta está renovada completamente, á fin de ponerla en armonía con las demás: las otras se reimprimen sin variación alguna sustancial y con sólo aquellas co-

recciones indispensables para presentarlas dignamente al público ilustrado, que nos ha favorecido con su benevolencia.

Al fin del volumen ponemos como última Carta la relativa á nuestra peregrinación ó romería al santuario de Nuestra Señora de las Lajas en la vecina República de Colombia, con lo cual termina este nuestro escrito, sin que el contenido de todo el libro desdiga del título de **RECUERDOS DE VIAJE**, con que nos ha parecido conveniente publicarlo.

Quito — 1891.

FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ.



RECUERDOS DE VIAJE.

CARTA PRIMERA.

La Roma de los Santos.

Motivo de mi permanencia en Roma. — La Cárcel mamertina. — Peregrinación á los principales santuarios de la ciudad. — Los cuerpos de los santos. — Mi primera visita á las catacumbas.

I

Estoy ya en Roma, y desde esta ciudad famosa les dirijo á ustedes mi primera carta. Lo que más desearán saber ustedes es la impresión que ha causado en mi ánimo la vista de Roma.—Roma, esta Roma sagrada, es para mí encantadora: vine acá, procurando traer la disposición de ánimo que debe tener todo católico, y, sobre todo, un sacerdote, al venir á Roma: Roma es la ciudad capital de la Iglesia Católica, y aquí es donde residen los Vicarios del Hombre Dios en la tierra: es la ciudad predilecta de los

santos. Los hombres de ingenio suelen visitar esta ciudad, para deleitarse contemplando las obras maestras, que en todo género de Bellas Artes se hallan aquí: yo nada entiendo en eso de discernir las obras de los famosos maestros; pero, como sacerdote, Roma guarda para mí un preciosísimo tesoro de obras, que sí entiendo, que sí comprendo, porque las virtudes de los santos todos podemos entender, todos podemos comprender: las almas de los santos tienen una hermosura, una belleza tan seductora, que nadie puede dejar de admirar, si la contempla con la luz de la fe; y ésta yo la conservo viva en mi alma: ¡bendita sea la misericordia del Señor!

Yo me quedé aquí, en Roma, porque el Padre Santo lo dispuso así, á fin de que el Ilmo. Señor Arzobispo volviera á su diócesis cuanto antes, pues al Papa le agrada mucho que los obispos regresen pronto á sus diócesis; y, puestos los asuntos de Quito en las respectivas Congregaciones, yo podía dar cualquiera explicación, en caso de que me la pidieran (1). Así pues, he procurado sacar provecho para mi alma de esta mi permanencia en Roma, y he visitado todos los santuarios, y he tenido la dicha de implorar la misericordia di-

vina, que mucho la necesitaba, en los mismos lugares donde oraron los santos, lo cual no á todos se concede por Dios.

Vamos, pues, á recorrer las huellas de los santos en esta ciudad excepcional, como residencia ó morada de santos. Mas ¿por dónde principiaremos nuestra peregrinación? Busquemos, ante todo, las memorias de San Pedro y de San Pablo, porque así lo exige la reverencia debida al Príncipe de los Apóstoles, y al gran Doctor de las naciones, en esta Roma, que con la sangre de entrambos fué condecorada.

La primera visita será, pues, á la *Cárcel mamertina*, donde estuvieron presos los dos Apóstoles, y de donde los sacaron para martirizarlos. La cárcel mamertina es un subterráneo profundo al pie del Capitolio, del lado del Foro: esa cueva oscura no recibía luz por ninguna parte, y los presos estaban allí como en un sepulcro. No podían estar más seguros ni mejor guardados; se los descolgaba á aquella mazmorra por medio de cuerdas, desde un hueco abierto en la parte superior; ahora se baja por una grada tallada en la misma roca.

Descendí á ese subterráneo, para venerar el sitio, donde principiaron su martirio los dos Apóstoles: oré donde

ellos oraron, y ví la fuente de agua cristalina, que todavía continúa manando allí, desde que la hizo brotar milagrosamente San Pedro, para bautizar á sus mismos carceleros convertidos á la fe cristiana. Hilo de agua, que brotaba desconocido en el fondo oscuro de un subterráneo, me decía á mí mismo, era la Iglesia católica en aquellos primeros días; andando los siglos debía convertirse en río caudaloso, para fertilizar la faz de la tierra. ¿Ni quién podía agotar el límpido venero de sus aguas santificadoras, alimentado por un poder divino?

Esa cárcel mamertina era la prisión, donde se encerraba á los más famosos reos ó criminales de Estado: allí fueron estrangulados, por orden de Cicerón, los cómplices de la conjuración de Catilina: allí se dejó perecer lentamente de hambre á Jugurta, rey de Numidia, infiel á sus alianzas con Roma. Cuan grande era la influencia de los dos Apóstoles en Roma se conoce, por la cárcel, donde los tuvo presos Nerón, antes de hacerlos matar: la palabra apostólica principiaba á conmover el mundo, y el paganismo temblaba, al aproximarse la hora, en que el príncipe de este mundo iba á ser lanzado fuera.

Se cuenta que el pueblo estaba apiñado en el Foro, preguntando solícito é inquieto por la suerte de los compañeros de Catilina, y que Cicerón, tan pronto como los hizo ahorcar, dió parte de lo sucedido, anunciando y diciendo: *Vixerunt*, vivieron, con voz que resonó en todo aquel recinto. El cónsul echó mano de su habilidad retórica, para no herir la susceptibilidad del pueblo romano, y así dijo, no que habían sido muertos, sino que habían vivido, que *fueron*. ¡Vivieron!! ¡Qué palabra tan significativa, si la aplicamos, no á unos conjurados oscuros, sino al pueblo romano, á sus legiones, á sus Césares, á sus dioses, *conjurados*, en vano, contra Jesucristo!... ¡Vivieron! Ahí están, á las faldas de ese mismo Capitolio, las ruinas del Foro, los escombros de los templos paganos, las huellas de un poder que pasó: yo, oscuro habitante de un mundo, cuya existencia ni siquiera sospechó Roma en su ambición de conquistas, venía á visitar no el Foro desierto, sino esa sombría prisión mamertina, para mí muy más admirable que todos los monumentos romanos!....

En la iglesia de Santa María, llamada *in via lata*, hay un santuario subterráneo, el cual, sin duda ninguna, es

uno de los más venerables de la cristianidad: es la casa del centurión Marcelo, donde estuvo preso dos años el Apóstol San Pablo, cuando vino á Roma por primera vez, para defenderse delante del César. En ese lugar escribió ó terminó San Lucas su libro de los *Hechos de los Apóstoles*: allí recibía el Apóstol de las naciones á todos los que acudían á verlo, y enseñaba y predicaba, sin miedo, *cum fiducia*, la divinidad de Jesucristo, manifestando que las promesas de Dios se habían cumplido: desde allí escribió varias de sus inspiradas epístolas, entre ellas la admirable á los Hebreos, en la que explica el sacerdocio eterno del Hijo de Dios humanado: allí, en ese lugar, fué donde el anciano Apóstol, encadenado por la causa de Jesucristo, recibió á Onésimo, el pobre esclavo, que, fugándose de su amo, venía desde Grecia á ponerse al amparo del gran Apóstol; desde ese mismo lugar el Doctor de las gentes dirigió á Filemón, amo del fugitivo Onésimo, aquella ternísima y elocuente epístola, en que le recomienda y encarga la práctica de la fraternidad cristiana; y desde ese mismo lugar, escribiendo á Timoteo, le decía el Apóstol; yo estoy preso, pero la palabra de Dios no está encadenada: *Laboro usque ad vincula,*

quasi male operans: sed verbum Dei non est alligatum. Yo padezco, preso, como si fuera un malhechor; pero la palabra de Dios no está encarcelada (1). Todavía se ven grabadas en la columna á que estuvo fija la argolla de la cadena del Apóstol estas palabras, *Verbum Dei non est alligatum*, la palabra de Dios no está encadenada, que no pueden leerse sin emoción profunda. Sí, la palabra de Dios no estaba encadenada; ni ¿quién podía poner en cadenas esa palabra, que troncha los cedros del Líbano y traspasa hasta las medulas del alma? El Apóstol estaba preso; pero la palabra evangélica había principiado á recorrer el mundo y nada podía contenerla en su curso santificador! ¡Cuántos recuerdos para un católico! ¡Qué lugar tan venerando!

Fuera de la puerta de Ostia está la Basílica de San Pablo y, á alguna distancia de ella, la Abadía de *Las tres fuentes*, (le trefontaine), llamada así por las tres fuentes de agua, que brotaron milagrosamente, en los puntos donde tocó la cabeza del Apóstol, al rodar, cuando fué degollado. Desde que salí de la Basílica y me encontré ya en el campo, viendo los sitios por donde atra-

(1) Epístola segunda á Timoteo, cap. 2, ver. 9.

vesó el Apóstol en los últimos momentos de su vida, caminando en medio de la escolta que lo llevaba á la ejecución, experimenté una emoción fuertísima en lo íntimo de mi alma: se me figuró ver al Apóstol siguiendo encadenado entre soldados por ese mismo camino, por donde yo estaba bajando: el verdugo con el instrumento del suplicio, las cuerdas para atar á la víctima, la venda con que habían de cubrirle los ojos me parecía estar viéndolo todo y me decía á mí mismo, fijando mis ojos en cuanto se me iba presentando delante: este sol, que me alumbrá ahora á mí, alumbró hace casi diez y nueve siglos, al Apóstol cuando marchaba, por esta misma vía, al lugar de su martirio, y diciendo esto se me venían á la memoria las palabras de San Pablo relativas á su muerte: ¡Quién me librará de este cuerpo de muerte! ¡Deseo que sean desatados los lazos de la vida mortal, para unirme con Jesucristo! *Quis me liberabit de corpore mortis hujus* (1). *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo* (2).

Abismado en estos pensamientos, llegué á la puerta de la abadía. Hay en

[1] Epístola á los Romanos, cap. 7º, v. 24.

[2] Epístola á los de Filipos, cap. 1, ver. 23.

aquel punto tres iglesias separadas; la primera dedicada á los santos mártires Vicente y Anastasio; la otra construida en el punto donde fué degollado San Pablo, encierra los tres manantiales milagrosos y el trozo de columna á que fué atado el Santo para cortarle la cabeza: la última, la más pequeña de las tres, está levantada sobre el sitio en que estuvo detenido el Apóstol durante los postreros instantes de su vida, mientras los soldados aparejaban lo necesario para la ejecución. Esta iglesia tiene dos departamentos, uno superior y otro subterráneo, donde están la cárcel ó cueva que sirvió de prisión al Apóstol, y el sepulcro de San Zenón y sus compañeros martirizados en aquel mismo lugar. La iglesia se llama la *Escala del cielo*, "Scala coeli", nombre que se le dió para perpetuar el recuerdo de una visión maravillosa que tuvo San Bernardo cuando estaba celebrando el incruento sacrificio en el altar subterráneo. Vió el Santo una escala que llegaba hasta el cielo, por la que subían las ánimas en cuyo sufragio había aplicado la misa.

De este monasterio fué abad el Papa Eugenio III, discípulo de San Bernardo, y á quien dirigió el Santo el *Libro de la Consideración*. La abadía está ahora

habitada por monges cistercienses de la reforma de la Trapa. Me despedí de este santo lugar, sin que mi devoción quedara satisfecha, y haciendo propósito de volver cuantas veces me fuera posible.

II

Iremos á la región del Celio, para visitar la casa paterna de San Gregorio Magno, convertida en monasterio por el mismo Santo: hasta hace poco era abadía de camaldulenses. En la iglesia se conservan varios objetos que pertenecieron á San Gregorio, como su silla, el altar en que celebraba misa, una imagen de la Santísima Virgen y otras prendas más. En esta abadía fué prelado el Papa Gregorio XVI, conocido en el claustro con el nombre de Mauro Cappellari.

De la región del Celio nos dirigiremos hacia las termas de Caracalla, para visitar *San Sixto el viejo*, donde Santo Domingo de Guzmán fundó la orden de los Padres Predicadores. Toda esta parte de la ciudad entre el Celio y la Vía Apia es desahabitada y malsana. San Sixto está casi al frente de las termas de Caracalla. Ni la iglesia ni la casa son notables bajo el aspecto monumental y

artístico, y lo que las hace dignas de la visita del viajero es solamente la santidad de los recuerdos que inspiran. La portería de esta antigua casa es famosa en toda la Orden Dominicana, pues aquí fué donde su Santo fundador obró sus tres más asombrosos milagros, resucitando tres muertos, á la vista de toda Roma. Las pinturas al fresco que decoran los muros de la portería, convertida un tiempo en capilla, son obra del P. Fr. Jacinto Besson, dominico francés, uno de los primeros discípulos de Lacordaire y, acaso, uno de los más célebres y virtuosos.

De San Sixto pasaremos á Santa Sabina en el Aventino, la colina de la plebe en tiempos antiguos. Una callejuela pendiente y estrecha conduce casi desde el barrio llamado de los *Circos* hasta la portería del convento. Confieso que recorrí muchas veces esa callejuela, y siempre con una emoción extraordinaria, pues en esta Roma santa apenas habrá tierra más sagrada que la de esa callejuela, hollada por grandes santos, que anduvieron por ahí durante épocas enteras de su vida. Santo Domingo subía y bajaba por ella; San Francisco, San Angel, San Jacinto, San Pío Quinto, el gran Santo Tomás y otros muchos: y, en los primeros días de la Iglesia, sin

duda ninguna, el mismo Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, cuando iba ó volvía del oratorio de Santa Prisca, donde se conserva la antiquísima ara pagana convertida en fuente bautismal por el Apóstol.

¡Cuántas veces estos grandes Santos hollarían este suelo famoso, por donde yo voy andando ahora, me decía á mí mismo, mientras iba subiendo por la despoblada pendiente del Aventino! Sumergida la mente en profundas consideraciones, absorbida el alma en pensamientos celestiales, pasaría por este suelo bendito el Patriarca del amor seráfico!!... ¡Cuántas recorrería este camino el Doctor angélico meditando, talvez, en alguno de los doctos artículos de su admirable *Suma!*...

Entré al convento y me dirigí á la celda en que habitó Santo Domingo, la que ahora está convertida en capilla: es de pequeñas dimensiones, y se conserva como en los días en que vivió en ella el Santo. Ese estrecho y modesto aposento fué testigo de los coloquios celestiales, en que pasaron varias noches santamente entretenidos, Santo Domingo, San Angel, carmelita y San Francisco de Asis. Una inscripción, grabada sobre la puerta, recuerda al viajero esta circunstancia.

San Angel estaba predicando en la basílica de Letrán y entre sus oyentes se hallaban Santo Domingo y San Francisco; después los tres Santos trabaron estrecha amistad, y un día, al despedirse San Angel, le anunció San Francisco que tendría la dicha de morir mártir, como se verificó poco más tarde pereciendo á manos de los herejes, que lo asesinaron en Sicilia.

Descendí á la primitiva sala de capítulo, donde el mismo Santo Domingo dió el hábito de su naciente orden á San Jacinto, apóstol de Polonia, y á su hermano el Beato Ceslao; desde la ventana de la celda de San Pío Quinto contemplé el Tiber, que arrastra la corriente de sus turbias aguas lamiendo la falda del Aventino: bajé luego á la huerta del monasterio y conocí el naranjo plantado por Santo Domingo. La veneración y amor que profeso al fundador y propagador de la devoción del Rosario, está ligada en mi alma con los más caros recuerdos de mi infancia, pues aprendí las primeras letras en el convento de Santo Domingo de Quito, bajo la dirección y enseñanza de un religioso de la misma orden; así es que, mi espíritu gozaba visitando, al cabo de tantos años, esos lugares con cuyos nombres y recuerdos me había familiarizado tan-

to, viendo y observando, con curiosidad de niño, los grandes cuadros de la "Vida de Santo Domingo," que adornan los muros del claustro principal del convento máximo de Quito. No hay recuerdos tan agradables como los de los primeros años de nuestra vida, tanto más hermosos cuanto más inocentes!.....

III

Estamos en Roma..... seguimos las huellas de los Santos.... busquemos las de San Lorenzo, el admirable diácono de la Iglesia romana, cuyo martirio no puede recordarse sin horror y conmoción profunda. En la Ciudad Eterna se conservan con solicitud las memorias de San Lorenzo, y hay muchas iglesias dedicadas á su culto. La cárcel donde estuvo preso, el sitio donde congregó á los pobres, el punto donde fué asado son ahora otras tantas iglesias. En la que se conoce con el nombre de *San Lorenzo in Lucina* se guardan las parrillas, en que fué martirizado. Postrado yo delante de tan preciosa reliquia, meditando en el martirio de San Lorenzo, me figuraba estar viendo al santo diácono tendido sobre las parrillas, enrojecidas al fuego: la carne delicada se abrasaba

rápida-mente, chirriando al tostarse: las gotas de la sangre inflamada caían una tras otra precipitadamente sobre las brasas, y el sagrado cuerpo del mártir, á intervalos, quedaba como envuelto por el vapor que se levantaba del fuego en todas direcciones..... Los huesos calcinados de la cabeza de San Lorenzo manifiestan cuán cruel, cuán horroso debió ser su martirio: esa santa reliquia no se puede mirar sin que se le horripile á uno el cuerpo de horror. ¡Sí, esa sola cabeza es una sublime apología de la fe cristiana!!

¡Qué dicha tan incomparable es la de tener fe! ¡Cuán dignos de lástima me parecen los que la han perdido! El alma sin fe vive marchita y no puede tener goces duraderos....

A todas partes, á donde quiera que vaya, llevaré el recuerdo de estos días, (en mi vida los únicos llenos), en los que he tenido la satisfacción de orar en los mismos lugares en que oraron los santos. Fuí al convento llamado de San Francisco *In ripa* y visité el aposento, donde se alojaba San Francisco de Asís, cuando aquel edificio era un pobre hospital para dar albergue á desvalidos. San Francisco me ha inspirado siempre una admiración profunda y una devoción especial, mezclada de cier-

tos afectos de ternura y de amor que no he sentido para con otros santos, y así mi alma se recreaba, pudiendo orar en el mismo aposento donde había pernocado en oración el Patriarca seráfico.

Ví la tosca piedra que le servía de almohada, en la que solía reclinar su cabeza algunos breves instantes, mientras tomaba el indispensable descanso para su cuerpo mortificado.

En *El Jesús*, que era hasta la ocupación de Roma por los italianos la principal casa profesa de los Padres Jesuitas, está, convertido en oratorio, el departamento en que vivió San Ignacio de Loyola. Tiene tres cuartos: el uno sirve como de antesala, el otro más pequeño, se llama el cuarto de las Constituciones, porque allí fué donde el Santo fundador escribió las constituciones con que se rige y gobierna la Compañía de Jesús. El principal aposento es verdaderamente un santuario: ahí vivieron San Ignacio y San Francisco de Borja, ahí San Ignacio fué visitado varias veces por San Felipe Neri, ahí San Francisco de Borja recibió en la Compañía á San Estanislao de Koska, y el P. Aquaviva á San Luis Gonzaga, ahí celebraba diariamente el Divino Sacrificio el Santo fundador, ahí tuvo éxtasis celestiales y fué recreado con visiones su-

blimes; ahí exhaló su espíritu; ahí, más tarde, vinieron á orar San Francisco de Sales y otros santos; ahí, en el mismo altar en que había celebrado San Ignacio, vino á decir su primera Misa San Carlos Borromeo, y de ahí, en fin, de ese mismo aposento, partió á las Indias el Apóstol del Japón, San Francisco Javier. En esta Roma famosa pocos lugares hay tan célebres como éste.

Una estatua de San Ignacio representa al Santo como en un vivo retrato suyo: se halla vestida con los paramentos sagrados, como para celebrar los divinos misterios, y hasta los zapatos y otras prendas de vestido interior son las mismas que llevaba el santo en su persona en los postreros días de su vida. Una luna de vidrio la defiende de las indiscreciones de los devotos, que le quitaban pedacitos del alba y de la sotana para reliquias.

Roma es la ciudad de los recuerdos, de las tradiciones piadosas, de las memorias santas: sus calles mismas están santificadas, hasta su polvo es bendito. ¿Qué edificio no recuerda un gran santo? ¿Dónde no se encuentran las huellas de los santos? Vamos al Colegio Romano; allí habitaron San Luis Gonzaga, San Juan Bermans; á sus clases asistieron San Camilo de Lellis y

San Leonardo de Porto-Mauricio, y de sus claustros salieron algunos de los insignes mártires del Japón.

¿En qué iglesia no encontraréis maravillas del arte, reliquias venerandas, imágenes portentosas? En la de la Magdalena están el Santo Crucifijo, que desclavó sus brazos para abrazar á San Camilo de Lellis, y el cuadro de la Virgen, delante del cual estaba orando San Pío V cuando recibió la revelación de la victoria de Lepanto: en el Aventino se venera la imagen de la Virgen que dió á conocer y descubrió en Edesa á San Alejo.

Admirables son el cuidado y la diligencia con que se guardan las cosas que han pertenecido á los santos: esto sirve á la vez, de prueba de la pobreza, señal distintiva de los santos, y de testimonio de la religiosa piedad de los romanos: en esto Roma es singular, es única, en ninguna otra parte he visto un esmero semejante en conservar la memoria de los santos. El culto, la memoria de los santos me parece uno de los rasgos que distinguen y caracterizan á Roma; á Roma, esta ciudad sagrada, hoy por desgracia, tan profanada. ¡Ay! sí, Roma, hoy está profanada, y muy profanada

¡Oh sí, Roma es la ciudad de las

tradiciones y de los recuerdos: ¡con qué esmero se conservan las cosas que han pertenecido á los santos!

Fuí al aposento en que habitó muchos años San Felipe Neri; allí fué San Felipe varias veces visitado por San Ignacio de Loyola; allí aquellos dos grandes santos se entretuvieron, discurrendo largamente sobre los medios de promover la mayor gloria divina. . . . Una columna de luz maravillosa, que se elevaba de esa casa, indicó al fundador de la Compañía de Jesús la morada de San Felipe.

De San Jerónimo de la caridad, que es donde está ese aposento, pasé á *Santa María la nueva*, para visitar el sepulcro de San Felipe, y el aposento donde murió y donde pasó los últimos años de su vida. Ahí está la campanilla, pendiente junto al altar; ahí está: de ella cuelga todavía el hilo de que tiraba el Santo para hacerla sonar: ahí está, como esperando que el Santo vuelva de sus éxtasis maravillosos, para hacerla sonar de nuevo, llamando al acólito para terminar la Misa. . . . esas Misas de San Felipe, tan devotas, tan fervorosas, en las que, arrobado en éxtasis, se levantaba del suelo y estaba como flotando en los aires á vista del Sacramento!!

.... ¡Cuál fué mi sorpresa, cuál mi emoción, viendo el altar en que el Santo celebraba el Divino Sacrificio!!....

Dos santuarios merecen una de las primeras visitas del viajero, y son *Santa Pudenciana* y *Santa Praxedes*. Estos santuarios son de los primeros días del Cristianismo: en la casa del Senador Pudente fué donde principió el Príncipe de los Apóstoles su predicación y esa fué la primera iglesia cristiana que tuvo la capital del mundo entonces conocido: allí están, entre otras preciosísimas reliquias, la mesa en que San Pedro celebraba los sagrados misterios, la esponja que servía para recojer la sangre de los mártires y el Osario en que se amontonaban los cuerpos benditos de los confesores de Jesucristo: aún se ven en el fondo oscuro los huesos de los santos, blanqueando entre el polvo glorioso, á que el tiempo va reduciendo sus despojos mortales.

Una huesa semejante, colmada de restos de mártires, hay en la iglesia de Santa Praxedes: esos son los sagrados trofeos de la virtud de la Cruz y de la divinidad del cristianismo.

La visita á las Basílicas de Roma es otra de las envidiables fruiciones del cristiano en la Ciudad Eterna: yo no me satisfacía jamás de mis visitas á

Santa María la Mayor Es la principal basílica dedicada á la Santísima Virgen, y, con eso, está dicho todo Asimismo, no me saciaba de ver el monumento de la Inmaculada Concepción levantado por Pío Nono en la plaza de España. La esbelta columna, que sirve de pedestal á la estatua de la Virgen, la levanta y encumbra, no sin misterio, á una altura prodigiosa, como si se hubiese querido dar á entender la eminentísima é incomparable dignidad que posee la Madre de Dios sobre todo lo criado. . . .

IV

¡Cuán indefinible es la impresión que causa la primera vista de Roma! Recorre uno las calles, observa los monumentos, contempla el aspecto de la ciudad, y cree una ilusión de la fantasía, un ensueño gratisimo lo que está viendo con sus propios ojos. . . . Hay en esta vieja Roma no se qué aspecto majestuoso, no se qué solemnidad misteriosa, que impresiona hondamente el ánimo: la vista de las grandes ciudades, sobre todo de esas cuya historia se remonta siglos atrás en la serie de los tiempos, tiene tal poder sobre el ánimo que lo sumerge casi involuntariamente

en graves meditaciones; pero nada es comparable con la impresión que causa la vista de Roma, cuando se entra en ella por la primera vez. Si esta impresión causa la vista de la ciudad, ¡cómo explicar la que produce el entrar por la primera vez en las Catacumbas!

Descender á esos subterráneos sagrados, recorrer las estrechas y prolongadas galerías, arrodillarse en los mismos lugares en que oraban los mártires, en aquellos días de tantas amarguras para la Iglesia, cuando estaba el imperio conjurado contra ella, ver esos sitios, donde ocultos en las entrañas de la tierra, celebraban los fieles los divinos misterios eso no puede explicarse con palabras! Visitar las Catacumbas con espíritu de recogimiento y de piedad es muy provechoso para el viajero cristiano; y, cuando uno respira ese aire santificado de aquellas tristes galerías, mansión de los primeros cristianos en la época de las sangrientas persecuciones del paganismo, da por muy bien empleadas todas las penalidades del viaje, y tiene en muy poco el haber atravesado el Océano para disfrutar, aunque no sea más que por un momento, de la dicha envidiable de orar donde oraron los mártires.

La vista de los túmulos donde ya-

cían los cadáveres de los santos, la inspección que uno hace, con sus propios ojos, de aquellos sepulcros todavía tapiados, donde están reposando las reliquias de los mártires; la lectura de las inscripciones, sencillas en su lenguaje, casi demasiado familiares en el estilo, pero de significación tan profunda, de sentido tan misterioso y sublime esa palma groseramente trazada sobre las losas sepulcrales y ese *Requiescit in pace*, “Descansa en paz” repetido sobre cada sepulcro, como para decir al viajero que la vida misma humana sobre la tierra no es más que una peregrinación, y que la muerte en el cristianismo es el término del viaje, el fin de la jornada El silencio profundo, que reina en aquellas solitarias galerías, la espesa oscuridad, la débil luz del guía y el acento, con que al leer las inscripciones de los túmulos, marcaba la expresión *in pace*, en paz, con cierto aire de tranquilidad y de confianza, como un estribillo agradablemente monótono que se repitiera con satisfacción, todo, en mi primera visita á las Catacumbas me causaba una emoción indefinible.

Había estado ya en Roma más de un mes y no había satisfecho todavía mis deseos de visitar las Catacumbas, porque éstas suelen permanecer cerradas

durante los meses de mayor calor; al fin, llegó el día en que debían abrirlas, y yo me preparé para visitar primero la de *San Calixto* que está en la Vía Apia, por ser una de las más célebres en la historia de los mártires.

Referiré, con llaneza, las disposiciones de mi ánimo Con grande ansia, con verdadera inquietud, deseaba que llegara pronto el día en que se abría la entrada á las Catacumbas; y la víspera del día en que debía visitarlas por la primera vez, mi espíritu estuvo conmovido, con la idea de que pronto realizaría uno de los más grandes deseos de toda mi vida. ¡Mañana visitaré las Catacumbas, me decía á mí mismo! ¡Mañana veré, con mis propios ojos, esos lugares famosos de la Roma subterránea, consagrada por la sangre de los mártires! ¡Mañana descenderé á los subterráneos, donde se refugió la Iglesia de Jesucristo, durante tres siglos enteros! Y, al día siguiente, —muy por la mañana, tomé el camino de las Catacumbas, me dirigí hacia la célebre Vía Apia y, atravesando una corta pradera, en una viña, llegué al punto por donde debía bajar á la Catacumba de San Calixto. Recorrí en silencio los callejones subterráneos, siguiendo, paso á paso, al guía que me iba señalan-

do los sepulcros y diciéndome: Mirad, aquí está un mártir; he ahí la palma, señal del martirio: ésta es la tumba de un santo; de este lugar se extrajeron las reliquias de tal mártir, y á mi derecha y á mi izquierda, por los estrechos sótanos de aquel sagrado laberinto, veía sepulcros colocados en hilera unos encima de otros: algunos abiertos, enteramente vacíos; otros todavía cerrados é intactos Un santo horror se había apoderado de mí ¡Cónque voy andando por donde anduvieron los mártires, me decía á mí mismo! . . . ¡Este suelo está empapado en sangre, en sangre pura é inocente, derramada generosamente por Dios! . . . Lo que hasta ayer me parecía como un ensueño, una ilusión irrealizable, es ya para mí una positiva realidad ¡Estoy en las Catacumbas!!

Todo aquel día mi espíritu estuvo como absorto con los recuerdos de lo que en esa tan dichosa mañana había visto Viví por unos instantes en los primeros siglos del cristianismo y nada deseaba tanto como volver á descender á las Catacumbas Antes de salir de Roma volveremos á ellas varias veces.

Roma, Noviembre de 1884.

CARTA SEGUNDA.

La Roma de los Santos.

(Continuación.)

Los designios de la Providencia. — El Janículo. — Nueva visita á la abadía de las tres fuentes. — El castillo del Santo Angel. — La Basílica de Santa María transtiberina. — San Clemente. — Otros santuarios. — El coliseo. — Santa María in cosmedino. — El hospicio de ciegos. — Santa Sabina. — Reflexiones.

I

En los designios de la Providencia debía haber en la tierra un lugar predestinado, para que allí fijase su residencia la Cabeza visible de la Iglesia en este mundo; y ese lugar predestinado, donde tiene su morada el anciano, que hace en la tierra las veces de Jesucristo, es Roma: he aquí para todo católico el secreto de ese amor que inspira la Ciudad Eterna. Dicen los romanos que el extranjero que bebe del agua de la Fuente Marsia, toma tal afición á la ciudad de Roma, que no puede salir de ella

sin pena: yo no he bebido del agua de esa fuente, y, con todo eso, no puedo menos de sentir tristeza al verme lejos de Roma. ¿Por qué será? ¡Por qué había de ser, sino porque yo he bebido de esas límpidas aguas de la Iglesia Romana, donde todos los católicos apagamos la sed de nuestras almas! ¡Tierra bendita ésa de Roma! Desde que las plantas del Príncipe de los Apóstoles la hollaron por primera vez, adquirió un imán misterioso, para atraer á los santos; y ha venido á ser el lugar donde se han dado cita los más famosos varones, que han florecido en la Iglesia Católica: yo tenía un encanto particular en recorrer las calles de la ciudad, en visitar sus monumentos, recordando, siempre, en todas partes, los santos que los habían ilustrado: de este modo, puedo decir que, en pocos meses, he atravesado diez y nueve siglos, acompañado de los santos; y espero en Dios, que este mi repaso de Historia Eclesiástica no habrá sido desagradable á su Divina Majestad.

Como se aproximaba el día de mi salida de Roma, procuré visitar, por última vez, algunos de sus principales santuarios. San Pedro en el *Vaticano* y San Pablo *extra muros*, donde están las reliquias de los dos Apóstoles; San Pe-

dro en *Montorio* sobre el Janículo, lugar donde fué crucificado el Príncipe de los Apóstoles; y *Las tres Fuentes*, donde padeció el martirio San Pablo. De la *Cárcel Mamertina*, húmedo y sombrío calabozo subterráneo, donde estuvieron presos los dos santos Apóstoles, al punto respectivo en que cada uno de ellos fué martirizado, hay distancia considerable; y así en medio de los soldados encargados de la ejecución, San Pedro y San Pablo debieron de haber atravesado cuasi toda la ciudad, yendo camino del martirio. San Pedro, judío anciano, perteneciente, por lo mismo, á una raza despreciada por los Romanos, sufrió, sobre la espaciosa cumbre del Janículo, la muerte humillante de los esclavos; y, después de azotado, fué puesto en la cruz. La columna á que fué atado San Pedro para ser flagelado, se venera ahora en la iglesia de Santa María *Traspontina*, que pertenece á los Padres Carmelitas calzados: y en el Janículo, el famoso templete de Bramante indica al peregrino el lugar donde fué clavada la cruz, en que sufrió el martirio San Pedro. El célebre templete redondo está en el centro del patio del palacio, que sirve ahora para la Academia española de Pintura: la iglesia ocupa uno de los lados:

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

y desde la placeta, que se halla delante del edificio, se goza de la vista más agradable de Roma, pues se tiene la ciudad á la falda de la colina y el horizonte es dilatado. El Janículo, á causa del color amarillento de sus arenas, se llama ahora *Montorio* ó monte de oro.

Prolongación del mismo Janículo es el Vaticano, donde estaba la gruta sepulcral, en que los primeros fieles depositaron precipitadamente el cadáver de San Pedro. El de San Pablo fué sepultado en un campo de cierta matrona romana convertida á la fe, la cual tuvo á grande dicha recibir en su heredad de fuera de la puerta de Ostia los restos mortales del Doctor de las Naciones. Como San Pablo era ciudadano romano, padeció martirio condenado á la pena de muerte que la ley imponía á los varones libres; y, por eso, en el campo llamado *Aguas Salvas*, destinado á las ejecuciones capitales, se le cortó la cabeza, la que, como referí en mi anterior, arrancada por el tajo mortal, dió tres botes, al bajar rodando, desprendida del cuerpo. ¿Qué habría pasado con Nerón, si alguien le hubiera hecho contemplar el resultado de esas dos sentencias de muerte, que Roma vió ejecutar en un mismo día? La hora postrera del imperio de los Césares había

sonado ya: y cuando los primeros fieles, en silencio y como furtivamente, celebraron los funerales del primer Papa en la gruta del Vaticano, estaban persuadidos, sin duda ninguna, de que daban sepultura al primer Monarca de un imperio pacífico, cuyos sucesores, á par de los siglos, habían de continuar reinando en Roma, en Roma, que por ellos y no por los Césares, es la Ciudad Eterna.

No una sola sino muchas veces fui á San Pedro, y, antes de salir de Roma, hice nueva visita especial á San Pablo y á las Tres Fontanas. ¿Cómo me hubiera salido de Roma, sin venerar el lugar del martirio de San Pablo? Me fui, pues, á las Tres Fontanas, y pasé allí largas horas. Hay en aquel punto una antiquísima abadía cisterciense, ocupada ahora por monges de la Trapa; y merced á la amistad que yo había contraído con uno de ellos, sacerdote alsaciano de origen, tuve la satisfacción de visitar, muy despacio, todo el monasterio y sus diversas oficinas: cuando entré á la sala de trabajo, estaban todos los religiosos ocupados en la labor de manos: sentados en unos banquillos, trabajaban en el más profundo silencio, y nadie lo interrumpió, aun cuando todos como á sacerdote, me hi-

cieron, al verme, una salutación de reverencia. Los trapenses han quedado en su monasterio, porque el Gobierno Italiano los ha reconocido oficialmente, no como comunidad religiosa, sino como sociedad agrícola. Las Tres Fontanas están en el lugar más enfermizo del campo ó *agro romano*, que son pantanos dilatados, donde no es posible gozar de salud: los monges, al principio, sufrieron muchísimo y no pocos murieron: ahora los millares de eucalip-tos que han logrado plantar á la redonda, han contribuido á modificar algún tanto las condiciones sanitarias del monaste-rio y sus contornos. El mismo Gobier-no Italiano les ha encargado la custodia y dirección de los presos, condenados á reclusión y trabajos forzados; y de estos auxiliares se sirven los religiosos para hacer sus plantaciones de árboles y desecar, en cuanto es posible, el terreno.

¡Qué impresión tan profunda, tan triste y al mismo tiempo tan saludable, cau-só en mi alma el tañido del esquilón, que principió á sonar, llamando á los monges al coro! Eran las once de la mañana: me paseaba yo por la huerta del convento, y el clamoreo de la cam-pana se espaciaba, en sonos prolonga-dos y monótonos, por aquellas regio-nes solitarias y famosas: pocos instan-

tes después, alcanzaba yo á percibir, en el silencio de aquellos campos venerables, el sonido pausado y grave de las voces de los monges, que rezaban el Oficio Divino en el coro: era la hora de Sexta; y nunca habría podido comprender mejor el admirable sentido de los cánticos de la Liturgia Romana, que en aquel sitio y en aquellas circunstancias: los Padres cantaban en su coro la plegaria ó himno de Sexta, pidiendo al Señor que “alejara todo calor nocivo, que concediera salud al cuerpo y verdadera paz al corazón”. . . . *Aufer calorem noxium, confer salutem corporum veramque pacem cordium*

Salí á prisa del huerto y fuí á postrarme, con el corazón profundamente conmovido, en la silenciosa Capilla edificada sobre el lugar, donde fué degollado San Pablo; y hoy todavía, al recordar aquellos lugares y aquellos momentos, me conmuevo nuevamente y creo que me conmoveré toda mi vida. Todo lo que no sea amar á Jesucristo ó *enriquecerme con su amor*, decía enérgicamente San Pablo, *me inspira asco, como basura inmunda!* ¡Quién hubiera tenido la dicha de decir otro tanto en ese lugar, donde San Pablo probó con su sangre que amaba de veras á Jesucristo!! En cuanto á mí, misera-

ble, ¿qué podía decir, sino que había anunciado á Jesucristo, es decir, hecho ministerio de Apóstol, con labios manchados y corazón de hielo? ¡Diosmío!...

No me sentía con valor para separarme de aquel lugar sagrado: creía estar viendo allí el cuerpo ensangrentado del Apóstol, y que esa cabeza, lívida y magullada, del gran Doctor de las Naciones se me había puesto ahí delante, toda lastimada, diciéndome y repitiéndome con elocuencia muda: *vedme aquí con las llagas del Señor Jesús impresas en mi cuerpo!!* En estas reflexiones estaba absorto, cuando oí la voz de uno de los religiosos que venía buscándome, para conducirme de nuevo al monasterio; pero antes pasé yo á la iglesia de la *Escala del Cielo*, bajé al subterráneo, me detuve junto á las rejas de la prisión del Apóstol, besé con viva efusión de mi alma el ara del altar, donde había, tantas veces, celebrado el Sacrificio de la Misa San Bernardo, y, más bien máquinalmente que con entera reflexión, me dejé conducir de nuevo al convento, porque mi alma no podía apartarse de aquellos lugares

II

Con el Excmo. Señor Doctor Don Antonio Flores, (entonces Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Roma cerca de la Santa Sede y ahora Presidente Constitucional de la República), escogimos una tarde de las mejores de Otoño para hacer una visita al castillo de San Angelo: después de haber paseado prolijamente por todos sus departamentos, y conocido y visto todo, salimos á la plataforma de la *mole adriana*, que es el punto más elevado del castillo; y, desde allí, á la hora en que el espléndido Sol de Italia, próximo al ocaso, iluminaba con sus postreros rayos la ciudad pontificia, disfrutamos del espectáculo más hermoso que yo había visto jamás. Nuestro *cicerone*, á quien de la historia le habían enseñado todo menos la verdad, con incansable facundia nos hablaba de cuanto se le ocurría á la cabeza, ponderando los males y abusos, que, en tal y tal época, en ésta, en aquella parte, se habían cometido bajo el poder de los Papas Paulo IV y Sixto V Dejándole hablar á mi hombre, me aparté hacia otro lado, y, ya á mis solas, púseme á contemplar la estatua colosal de bronce del Arcángel San Mi-

guel, levantada, sobre un pedestal de mármol en el centro de la plataforma: desplegadas al viento las alas gigantes, envaina el Santo Arcángel la espada, con la vista fija sobre Roma: bajéla también yo, ví las calles de la ciudad, el ancho puente del Tíber, frente á frente del castillo, las turbias aguas del río corriendo lentamente, el cielo claro, límpido, azul . . . á un extremo la cúpula de San Pedro, tras la cual iba á ponerse el sol, y á un otro lado del horizonte la sombría cordillera de los Apeninos; y no pude menos de repetir, una y muchas veces: *Regina coeli laetare, Alleluia*. Estaba viendo esos mismos aires, ese mismo cielo, donde un día habían cantado los Angeles esas exclamaciones de felicitación y parabién, que, enseñada por ellos, la Iglesia Católica dirige á la Virgen en los alegres días de la Pascua de Resurrección...

Muy bien se acordarán ustedes que San Gregorio Magno, para implorar la misericordia divina y alcanzar, por la intercesión de la Santísima Virgen, que cesara la peste, que estaba desolando la ciudad de Roma, sacó en procesión una imagen de la Madre Dios; y, cuando la procesión volvía á la iglesia de San Pedro, vió el Santo Papa sobre esa misma Mole de Adriano, al Arcángel San

Miguel, en la actitud en que lo representa la estatua: y el mismo San Gregorio y todo el pueblo que iba en la procesión, oyeron cantar en los aires á los Angeles: *Reina del cielo, alégrate: alleluia! porque El que mereciste llevar en tu seno: alleluia! ha resucitado: alleluia!* y, escuchando aquel cántico celestial, San Gregorio Magno añadió al punto y exclamó: *Ruega á Dios por nosotros: alleluia.* Yo encuentro, reflexionando sobre este hecho, una armonía hermosísima entre nuestras creencias católicas y la ocasión de esta maravilla. ¿Qué relación tienen los gozos de la Resurrección con la peste que desuela una ciudad? La gran esperanza del cristiano es la resurrección de nuestra carne para una vida perfecta, mejor que la presente; y la esperanza de que llegará día en que nuestros cuerpos, á pesar de la muerte y sus destrucciones horrosas, tornarán á vivir, tiene por fundamento la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Cantar, pues, á una ciudad, desolada por la peste, un cántico en alabanza de la Madre de Dios, felicitándola por la Resurrección del Salvador, su Hijo adorable, fué cantar el himno de triunfo de la vida sobre la muerte, vencida, humillada

Quando yo hacía estas consideracio-

nes en el castillo de San Angelo, el cólera tenía en alarma á Roma, donde todos los días nos llegaban las noticias de los estragos que aquella terrible epidemia estaba causando en Nápoles. ¡Ay! si los Angeles quisieran cantar sobre las provincias del litoral de nuestra República el himno de la Resurrección! y no quisiera más: con eso el Ecuador sería feliz. ¡Cuánto significa la Resurrección!

Conviene que les diga una palabra siquiera acerca del culto, de la devoción, que Roma profesa á la Virgen Santísima. Roma, bajo este respecto, es, y puede llamarse con derecho, la ciudad de la Virgen: y así debía ser, porque la Madre y maestra de todas las iglesias del mundo, debía enseñar cuánta sea la piedad filial que los hombres debemos tener para con la Virgen. Los templos levantados en Roma á honra de la Virgen son muchos, y varios de ellos suntuosos y magníficos; no hay uno solo, cuya edificación no esté fundada en una leyenda, en una tradición, tierna, devota, á la par que maravillosa: puedo decir que en todas las iglesias de Roma hay alguna imagen célebre de la Virgen; y delante de ella arden siempre lámparas, encendidas y atizadas por la más viva y fervorosa devoción; y esa

devoción vieran ustedes cómo ha amontonado exvotos preciosos, de plata, de oro, para dar testimonio de su gratitud por los favores recibidos!

Todas las calles, todas las esquinas de la ciudad, tienen alguna imagen de Nuestra Señora, y delante de ellas, por la noche, se encienden uno ó más cirios. ¡Qué impresión, tan indecible, de respeto á la vez y de ternura, me causaba contemplar las apacibles imágenes de la Virgen, con el Niño Dios en los brazos, pintadas por los mártires, en los húmedos y tenebrosos muros de las Catacumbas! ¡Quién pudiera revelar los hechos de que esas santas imágenes han sido testigos! ¡Sin duda, se prostrarían, delante de esa Reina de los Mártires, los Mártires cuando atravesaban esos sótanos lóbregos, por última vez en la vida, y le pedirían auxilio y resistencia en las terribles pruebas que les aguardaban á la luz del día! ¡Cuántas veces también, al pie, de esas mismas santas imágenes, los sepultureros, á la luz de pobre candil, darían su primer lecho de descanso á los miembros despedazados de los mártires, antes de depositarlos en el sepulcro, donde habían de reposar hasta la consumación de los siglos!!

Deseaba yo grandemente visitar la

Basílica de Santa María *transtévere*, porque se tiene aquella por la primera iglesia, dedicada en Roma á la Virgen Santísima. El barrio de la ciudad, donde está edificada, era habitado por la colonia de Hebreos establecida en Roma poco después de las guerras de Pompeyo; y sucedió que, en cierto lugar de aquel barrio, de repente, y sin que se supiese cómo, brotó una fuente de aceite, que corrió en abundancia: esto sucedía allá por los años en que Nuestro Señor Jesucristo nació, milagrosamente, de la Virgen. He aquí por qué los primeros cristianos compraron aquel sitio á los Judíos, y edificaron allí una iglesia dedicándola á la Madre de Cristo, es decir del Ungido por excelencia. Allí se veneran preciosísimas reliquias, y, entre otras, las piedras que los paganos ataban al cuello de los mártires para ahogarlos en el Tíber.

En esta Basílica ví por la primera vez un altar dedicado á San Federico Mártir, Obispo de Utrech en Holanda. Este santo mártir es el santo de mi nombre, como muy bien lo saben ustedes: así fué que yo no pude menos de buscar ese altar con preferencia. Mi padre fué quién pidió para mí ese nombre, y mi mamá, que tanto anhelo tuvo siempre por mi bien, hizo que se me aña-

diera al nombre, impuesto por mi padre, esta otra invocación “del Santísimo Sacramento”, dedicándome y consagrándome al Señor en la Adorable Eucaristía, misterio en el cual ella tenía todas sus delicias, todos sus encantos.

Federico quiere decir pacífico, y el santo Obispo de Utrech manifestó que era muy digno de llevar ese nombre, porque, despedazado á puñaladas en su oratorio mientras daba gracias después de la Misa, pudiendo gritar guardó silencio; pues quiso más bien morir sin auxilio ni amparo alguno, antes que dar voces para que fueran tomados y conocidos sus asesinos, á quienes amaba como hijos. Es un Pastor ú Obispo mártir, inmolado por sus propias ovejas.

En esta misma Basílica de Santa María Transtiberina, está el cuerpo de San Calixto Papa y Mártir, á quien se atribuye la edificación de la Basílica primitiva, en tiempo del emperador Helio-gábalo. En la plaza está una antigua abadía de Benedictinos, donde se ve, junto al altar de la Iglesia, el pozo, en que, arrojado vivo San Calixto, consumió, con tan prolijo género de muerte, su largo martirio: el pozo es muy hondo y estrecho; abierta una portezuela que está en el mismo muro del templo,

y arrimado al brocal del pozo, lo estuve mirando, mientras me encomendaba por breves instantes al santo Mártir.

III.

En San Clemente que es ahora convento de Dominicos irlandeses, hay tres edificios uno sobre otro: el superior es la Basílica del santo mártir, cuyas reliquias, junto con las de San Ignacio de Antioquía, reposan debajo del ara mayor; la segunda iglesia subterránea se cree que es la que, en su propia casa, edificó San Clemente, que pertenecía á la ilustre familia de los Flavios, una de las más conspicuas de la Roma pagana; dejando encima esta iglesia subterránea, se descende á un antiguo templo gentílico, dedicado al culto del dios Mitras, cuya estatua, de mármol blanco y dimensiones colosales, se alcanza apenas á divisar, allá en el fondo de una bóveda oscurísima y profunda, ahora convertida en un hondo lago, tanto que ya no se descubre más que la cabeza de la estatua; pues las aguas se la van tragando á medida que aumenta el caudal de ellas. Los arqueólogos piensan, y con fundamento, que este templo es anterior á la época de Numa, es decir que cuenta casi tres mil

años de duración. Aquí, más aun todavía que en el foro de Trajano, es donde se hace palpable el fenómeno físico del levantamiento progresivo del suelo de Roma: así, al cabo de siglos, han venido á ser subterráneos, edificios construídos á la luz del día.

Hasta la memoria de este antiquísimo templo y de la iglesia subterránea se había perdido en Roma, cuando los descubrió el Prior del convento, religioso dominico irlandés, tan sabio como piadoso: llamábase el P. Mullooly. San Clemente Papa pertenece á los tiempos apostólicos. En esta misma Basílica, se ha dedicado recientemente, por esmero de León XIII y á su costa, una lujosa capilla á los santos Obispos Cirilo y Metodio, apóstoles de las naciones septentrionales, que fueron los que, desde el Quersoneso, llevaron á Roma el cuerpo de San Clemente.

No quiero todavía dejar esta región sin volver, de paso, al monte Celio, que está próximo. Hay allí, en la iglesia de San Gregorio Magno, una mesa de piedra, muy grande, en la que, todos los días, aquel santo Papa acostumbraba dar de comer á los pobres, eligiéndolos de preferencia entre los peregrinos. Cuán acepta fuese á Dios esta caritativa costumbre del Pontífice, lo manifes-

tó de un modo maravilloso; pues el mismo Jesucristo, oculto en traje de peregrino, se puso á la mesa con los demás pobres, cierto día: y yo, teniendo delante de mí esa antigua prenda doméstica de la casa de San Gregorio, me preguntaba á mí mismo: ¿cuál sería el extremo que se dignó ocupar Nuestro Señor, honrando así esas fiestas cotidianas de la caridad de su Vicario en la tierra? En Roma no se puede dar un paso, sin tropezar con algún monumento histórico: ¿qué quieren ustedes, si Roma es única en la historia, y si en su suelo han ido á estampar sus huellas todas las grandezas profanas y sagradas, divinas y humanas? Después de Jerusalén, no hay tierra tan sagrada como la de Roma: allá Jesucristo, acá sus santos.

La iglesia de San Marcelo, Papa, está edificada sobre el mismo lugar de los establos de las bestias feroces, á cuyo cuidado condenó el emperador Majencio á aquel santo Papa. En su origen este lugar fué casa de Lucina, matrona romana, y lo convirtió en iglesia el Papa San Marcelo, mientras estuvo oculto en él, declinando la persecución de Majencio; así que éste supo en qué lugar se hallaba escondido el Papa, mandó trasladar allá las bestias

y poner á Marcelo al servicio de ellas; y en tan penoso género de martirio, acabó sus días el anciano Pontífice. La casa profanada de Lucina es hoy una hermosa iglesia, dedicada á San Marcelo, y pertenece á los Servitas. Los señores del mundo, que tienen el dispendioso capricho de alimentar y cuidar bestias y dañinas alimañas, de éstas en que las regiones de la política moderna son más fecundas que los arenales de la Libia, condenan, despóticamente, á los Papas al martirio de pastorearlas ¡Pobre Roma profanada! Los Papas pueden morir sobre la paja del establo, asfixiados de feter y de hediondez, y rendidos de fatiga; pero el Pontificado no perecerá!

Les llevaré conmigo al *Circo Agonal* ó Plaza Navona, para que visitemos el lugar del martirio de Santa Inés. La iglesia, dedicada á la santa, está en el mismo sitio donde padeció martirio. Era aquel un lugar donde habitaban mujeres de vida deshonesta; y el juez perverso hizo arrastrar á ese punto á la santa, para que allí fuese violada: he visto el punto en que se le apareció el ángel para defenderla; el lugar en que, despojada á viva fuerza de todos sus vestidos, recibió en sus cabellos, que crecieron de repente hasta el sue-

lo, un velo milagroso para su virginidad inmaculada; y me detuve en el departamento donde intentaron quemarla, y donde terminó su glorioso combate, al golpe de la espada, que el verdugo le hundió en la garganta.

No les diré con cuánto afán, con cuánta solicitud, procuré visitar los lugares ilustrados por San Lorenzo, de cuyo martirio, como dice San León Magno, con razón está santamente ufana la Roma católica, y el cristianismo todo: muchos son los puntos ilustrados por San Lorenzo, y sus iglesias en Roma son muchas más. Entre las ruinas del palacio de los Césares en el Palatino, está, sin duda, en lo que llaman la sala de la justicia, el lugar donde San Lorenzo y tantos otros mártires hicieron la solemne protesta de su fe, y oyeron la sentencia de muerte, que se pronunció contra ellos, convencidos, por su propia boca, del crimen de creer en Jesucristo: veneré despacio, y á mi satisfacción, las santas parrillas y la mandíbula del santo, y en su basílica de fuera de los muros de Roma me postreé delante del sepulcro, que guarda los restos mortales de San Esteban protomártir y de San Lorenzo, los dos santos diáconos, unidos por la fe, por el ministerio, por el martirio, por la glo-

ria, y, en fin, por la veneración de la Iglesia, que ha juntado en un sepulcro las cenizas de entrambos.

Allí, en esa misma Basílica de San Lorenzo extramuros, está el modesto sepulcro de Pío IX: y allí, en una tumba, por todo extremo humilde, reposa el varón más magnánimo y el Papa más célebre del presente siglo.

IV

Tenía yo en Roma un paseo predilecto: me dirigía al Capitolio y de allí, unas veces subiendo á la cima de él, otras dando una vuelta por la plaza de San Marcos, me encaminaba al Palatino, seguía en dirección hacia las Termas de Caracalla, y luego entraba en el camino de la antigua Vía Apia: en esa dirección están las más célebres catacumbas de Roma, que son las de San Calixto y San Sebastián, sobre todo esta última, que, por casi tres siglos, sirvió de refugio á los Papas: llámase de San Sebastián, porque en ella fué sepultado este santo mártir. Este camino ha sido muy frecuentado por los santos: San Felipe de Neri lo recorrió innumerables veces, yendo todas las noches, durante muchos años, á pasar largas horas en oración en las catacum-

bas: yo he visitado, en la de San Sebastián, el sitio donde solía recogerse á su oración, que está adentro en la catacumba, porque parece que á San Felipe le gustaba internarse por entre los sepulcros de los mártires. A mi vuelta, tomaba mi derrotero por entre el Palatino y el Celio; contemplaba, á mi pasada, las esbeltas palmeras del convento de San Buenaventura, recreándome con la vista de esas gallardas hijas del desierto, que viven solitarias entre las ruinas del palacio de los Césares; pasaba por debajo del arco de Constantino y me entraba á descansar en el Coliseo: allí, en medio de esas ruinas, vastas, enormes, me complacía en gastar los últimos momentos de la tarde, cuando el sol había traspuesto ya el horizonte. ¡Hermosas tardes de Roma! Acaso no las volveré á tener semejantes en mi vida Estábamos en Otoño: había silencio en derredor, hermosura en el cielo, suavidad en el clima, paz en mí alma Sentado sobre alguna de esas grandes piedras, desprendidas de las ruinas colosales, ó paseándome por entre las derrumbadas galerías, meditaba en los grandes hechos de los mártires, repitiendo, lentamente, para favorecer mi atención, los himnos, las antífonas, los responsorios que tene-

mos en nuestro Breviario, para las fiestas de los mártires. ¡Santos mártires de la Iglesia Católica! Excelsa familia de triunfadores! como los llama nuestro Breviario. *Victorum genus optimum*, “aborrecidos por el mundo insensato; estéril en flores, de frutos vacío”.... Aquí, me decía yo, casi sin dar crédito á mis ojos, y teniendo como una ilusión mi felicidad: aquí, sí, aquí mismo, en este mismo lugar, donde yo estoy ahora, en este mismo sitio, ante miles de espectadores, agolpados en estas gradas, los mártires, *corde impávido*, sin que su ánimo flaquease, derramaron su sangre, unos mascados por los dientes de las bestias feroces, otros despedazados por la mano de verdugos, más crueles que los mismos leones: y morían, sin que de sus labios saliese un suspiro, ni se escapase una queja, porque el secreto de su fortaleza estaba en el testimonio de su conciencia, como nuestro Breviario lo dice admirablemente: *Mens bene conscia conservat patientiam*: “conciencia recta hace fuerte al ánimo.”

Cuando ya la oscuridad del comienzo de la noche hacía más graves, más augustas las ruinas y más solemne el espectáculo, entonces las aves nocturnas, que gustan de hacer su nido entre escombros, principiaban á volar, lanzando sus

lúgubres graznidos, con los cuales esas amigas de la noche me advertían que era llegada la hora de salir de aquel tan famoso recinto. Si yo fuera poeta y hubiera de cantar estas ruinas, esas aves, moradoras de los escombros del Coliseo, que han puesto sus nidos en lo más elevado de aquellos muros gigantes, y que nunca abaten su vuelo hasta la tierra en medio de los esplendores del día, aguardando siempre para descender, que venga la oscuridad de la noche, no dejarían de parecerme bellas, pues en ellas encontraría la imagen de aquellos grandes ingenios, que, instruidos y doctos en toda clase de conocimientos humanos, toman las alas de la ciencia y van á Roma, y estudian sus monumentos y los admiran; pero, al fin, se quedan tan incrédulos como antes: la fe no alumbra su ciencia y ciencia sin fe vuela de noche

Por el contrario, esas almas sencillas, ignorantes, pero que tienen fe viva, de estas ruinas sacarán mayores bríos: gramineas humildes, yerbecillas sin nombre crecen también entre los escombros del Coliseo; pero se alzan, se yerguen, para pedir al sol sus rayos, su luz, su calor, y al aire su rocío: hunden sus raíces en las grietas, se adhieren al muro y le extraen á la tierra sus jugos: vi-

ven de las ruinas, propiamente allí está su terreno, y es sólo el hueco de un muro derruido lo que piden para hospedar allí su simiente: pero, ¡cuánta belleza no dan á las ruinas, coronándolas con esa flotante guirnalda de verdura!!

Al salir del Coliseo, tomaba la dirección hacia el Foro Romano: pasando por debajo del arco de Tito, me internaba por aquellas antiguas calles, recién descubiertas, de la Roma republicana; atravesaba la distancia que media entre el Palatino y el Capitolio, sin perder de vista las ruinas del Foro, llegando á la plaza capitolina, tomaba la calle que conduce derecho al *Jesús*, la que cruzaba, no sin dejar de echar una mirada á la ventana del aposento de San Ignacio, pues me parecía que, al alzar la vista hacia aquellos muros venerables, cuando pasaba por delante de la casa profesa de los Jesuitas, había de encontrarme con alguien que me fuera muy conocido y más que amigo. Las ventanas del aposento de San Ignacio dan á la calle

El espacio que hay entre el Capitolio y el Foro, y entre éste y el Coliseo, está cubierto de ruinas de los más célebres edificios de la antigua Roma: entre esas ruinas, está todavía en pie,

aunque maltratada por el tiempo, la tribuna donde peroraba Cicerón.... ¡Qué de veces me puse á mirarla! Ella misma una ruina entre ruinas: pero, no! En el hombre hay una sola cosa que desafía á los siglos; una sola cosa, por la cual el hombre no perece: y esa es la palabra!

¡Cicerón no ha bajado todavía de la tribuna: su auditorio es ahora el mundo civilizado, y generaciones de sabios hace siglos que le están aplaudiendo!.... Complázcome yo en admirar las grandes dotes del Orador Romano, pues reconocer lo bueno donde quiera que se encuentre, es bendecir á Dios, único autor y dispensador de todo bien.

Las ruinas de la antigua Roma son imponentes, y en las del Coliseo se puede comparar, muy bien, cuán poderosa era la fuerza del paganismo, y cuán débil, humanamente hablando, la de los primitivos cristianos: si no hubiese estado ahí la mano de Dios, á la primera acometida debió haber desaparecido completamente la Iglesia, y hoy no tendríamos ni memoria de ella.

Haremos una excursión á la colina del Aventino. De la Cárcel Mamertina por el Capitolio, saldremos á la calle del Palatino; visitadas de paso las iglesias de San Teodoro, de San Jorge y

de Santa Anastasia, mártires, nos pondremos al pie del Aventino, y, como subimos dirigiéndonos á San Alejo, dejaremos á nuestra mano derecha el templo redondo de Vesta y la iglesia de Santa María *en Cosmedino*, cuyo elevado campanario divisamos desde lejos. La iglesia de San Teodoro es un antiguo templo de ídolos convertido en iglesia: el cuerpo del Santo mártir lo ví en Santa Cruz de Jerusalén, está entero con sus arreos militares, porque era soldado, en la mesa del altar de la capilla de las santas reliquias: allí veneré también el palo mayor de la cruz del Buen Ladrón, y el dedo de la mano derecha del Apóstol Santo Tomás. ¡Ese dedo escrutador de las cicatrices sagradas en el cuerpo del Maestro Divino resucitado: ahí está, junto á la reliquia del *Lignum Crucis*, recto, como para indicar que el Crucificado resucitó glorioso, y está en el cielo y no en el sepulcro!!.....

En San Jorge, llamado *in velabro*, hay varios objetos que pertenecieron al Santo: y junto á esa iglesia, está el arco llamado *quadrifronte* ó *quattro capi*, obra antigua muy bien conservada.

Santa María *in cosmedino* es la iglesia de la cual fué canónigo y donde se santificó Juan Bautista Rossi, recientemente canonizado por León XIII. En

ese mismo lugar se cree que estuvo la escuela en que San Agustín enseñaba Retórica, antes de que Símaco, el Prefecto de Roma, lo mandase á enseñar en Milán. Lo que son las cosas de Dios: San Agustín iba á Milán á enseñar Retórica, y no iba á eso, sino á la pila bautismal Cuando estuve en Milán no se apartaba de mi imaginación San Agustín: y, cuando, saliendo de Roma, tomé el camino de Pisa, no pude menos de pensar también en el gran Doctor de la Iglesia, viendo en Ostia las aguas de ese mismo mar, cuya contemplación tantas veces había sumergido en éxtasis á San Agustín y á Santa Mónica. Serían las cinco de la tarde, cuando llegué de paso á Ostia: el sol, ya muy cerca del ocaso, temblando en el horizonte, como un inmenso globo de fuego, parecía merced al movimiento de las olas, que se animaba y desanimaba á hundirse en el mar: grupos de nubes oscuras descendían sobre el occidente: las olas no estaban agitadas y una barquilla de pescadores desplegabá al suave viento de la tarde su lona, buscando lejos de la costa donde tender la red De repente los resoplidos de la locomotora anunciaron que era la hora de partir, y después de un instante ya en vano buscaba yo con mi

vista las torres de Ostia en el horizonte.

Hay en el vestíbulo de la misma iglesia de Santa María in cosmedino un gran mascarón de piedra, llamado la boca de la *veritá*, en cuyas fauces, abiertas como para gritar, dicen que metían las manos los antiguos romanos, para probar que no habían jurado falso; pues esas quijadas, se juntaban y mordían el puño del temerario, que, habiendo hecho un juramento falso, se atrevía á meter su derecha en la boca del mascarón. Hoy la verdad tiene la boca abierta; pero nadie mete por ahí sus manos

En fin, estábamos subiendo al Aventino y seguiremos derecho á la iglesia de San Alejo: por lo regular está constantemente cerrada, pero, sin dificultad, permiten visitarla. Ocupan la iglesia y el célebre Hospicio de ciegos, que está junto á ella, el mismo lugar donde estuvo el palacio de santa Aglae. La iglesia existía en tiempo del Papa Inocencio I y estaba dedicada á San Bonifacio mártir: trasladadas á ella por el expresado Papa las reliquias de San Alejo, hoy es conocida con el nombre de este santo.

El Hospicio de ciegos está dividido en dos departamentos, el uno para varones, y el otro para mujeres; cuidan

de éste religiosas, y del otro padres somascos de la Orden de San Jerónimo Emiliano. Después de oír varias piezas de música, ejecutadas muy bien por los ciegos, me entretuve en ver escribir y en oír leer á varios niños y niñas ciegos; escribían lo que se les dictaba, con facilidad y prontitud admirables: de la misma manera ejecutaban la lectura: dábaseles un libro cualquiera, de esos, escritos en relieve, especialmente para ellos; abríalo el ciego y lo extendía sobre la mesa: con la mano izquierda apoyada sobre el libro, los ojos apagados, buscando, por el sonido de las voces, la faz de los circunstantes, y la cabeza levantada en alto, iba pasando la palma de la mano por sobre los renglones y leyendo conforme palpaba las letras.

Observando yo el aseo del edificio, el orden, el método que en todo el establecimiento se notaba, me llené de una envidia patriótica, dirélo así; y este sentimiento nacía en mi pecho del deseo que tengo de proporcionar á nuestra Patria todas cuantas cosas buenas veo aquí en Europa y allá nos hacen falta. ¡Quiera Dios proporcionarnos para hacer el bien á nuestra Patria tantos medios, como deseos de hacerlo se ha dignado infundirnos; pues no los ricos en

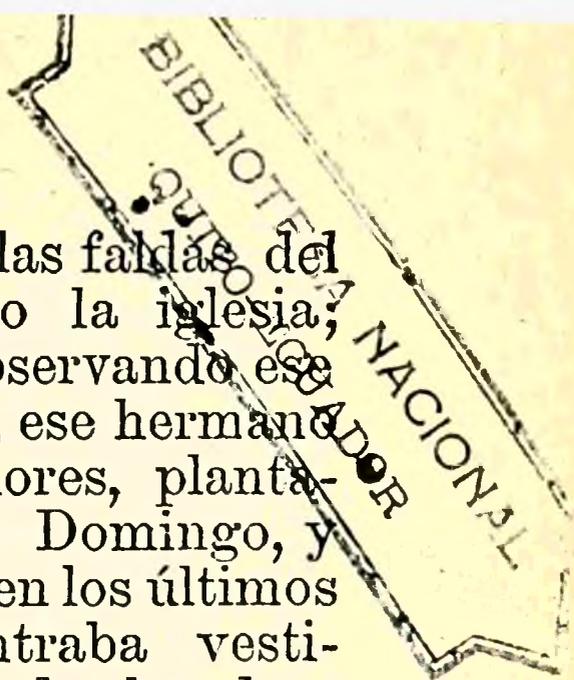
dinero, sino los ricos en buenos deseos son los que suelen llevar á cabo las obras más difíciles.

De San Alejo saldremos para Santa Prisca, iglesia donde se conservan preciosos monumentos de los tiempos apostólicos: Santa Prisca está en el Aventino y no bajaremos de esta colina sin despedirnos de Santa Sabina, la cual está muy próxima á San Alejo. Me tienen, pues, ustedes otra vez en la celda de Santo Domingo: el convento está despoblado, pues los Padres fueron echados fuera por el Gobierno Italiano, pero esta casa ha tenido la fortuna de que no la hayan profanado, como la de San Sixto, haciéndola morada de familias seculares: silencio profundo reina en todas partes: en el altar de la celda está el retrato de Santo Domingo: con las manos entrelazadas se apoya ligeramente sobre la mesa, y está mirando fijamente el Crucifijo; pero aquel ojo conmovido diciendo está que, con la vista del alma, el santo penetra muy adentro en los dolores del Hombre-Dios, cuya imagen tiene delante. De la celda bajé á la sala capitular, donde el santo patriarca dió el hábito á San Jacinto y á su hermano el Beato Ceslao de Polonia: me trasladé á la celda de San Pío V; desde su ventana contemplé el

Tíber, que pasa lamiendo las faldas del Aventino: visité despacio la iglesia; me detuve en el jardín, observando ese naranjo seis veces secular, ese hermano de los Hermanos Predicadores, plantado por la mano de Santo Domingo, y que, con vida inagotable, en los últimos días del Otoño lo encontraba vestido de hojas verdes y coronado abundantemente de frutas.

Dicen que este árbol retoñó, brotando un nuevo tallo de entre sus envejecidos troncos, y que esto sucedió, precisamente, por el tiempo en que el insigne Padre Lacordaire vistió el hábito dominicano: si así fué; aquello sería un presagio del rejuvenecimiento de la famosa Orden religiosa, que debía dar todavía á la Iglesia tantos hijos ilustres en ciencia y en virtudes. El Padre Lacordaire solo vale por muchas glorias; y así el Rdo. Padre Félix, jesuita, no vaciló en asociar el nombre de Lacordaire con el de Santo Tomás, hablando del progreso de la inteligencia humana por la fe, y eso cuando no se había acabado de cerrar todavía la tumba de Lacordaire

Para bajar del Aventino se toma una callejuela estrecha y solitaria, que es la única por la parte que da al Palatino: esa ha sido traginada por innumerables



santos: acaso, el mismo San Pedro andaría por ella, no pocas veces.

Resta solamente que nos acordemos de San Benito José Labre, para terminar, por ahora, dejando lo demás para otra ocasión. Santa María *del Monte* fué la iglesia donde se santificó este siervo de Dios, cuyo carácter de santidad es singular: lo puso el Señor no entre los pobres, no entre los mendigos, sino más abajo todavía; lo colocó entre los *pardioseros* de las calles, entre los famélicos de los atrios, para dar al mundo el espectáculo de las más heroicas virtudes en una clase social, en la que parece que la holganza y la pérdida completa de rubor quitan al alma todo brío para aspirar á la santidad. Benito José de Labre aparece cuando el *paupe-rismo* se presenta en las sociedades modernas, con proporciones desconocidas de la antigüedad y aterradoras.

Me indicaron el puesto que ocupaba de preferencia en el templo; y todavía se conserva en una casa próxima el aposento donde vivió los últimos años y donde murió, y allí se veneran varias prendas que le pertenecieron.

Principié á escribir esta carta de noche, y ha vuelto la noche, y, aunque sus horas avanzan, no la he terminado todavía. La Primavera llama ya á las puertas

del año, y á pesar de que estamos en Andalucía, y en ocho días de marzo, con todo eso, la lluvia no ha cesado en todo el día; y esa circunstancia y el ser domingo, me ha valido para ponerles á ustedes esta larguísima é interminable carta. Muchas veces la puesta del sol me sorprendía en Roma á las orillas del Tíber, cerca del puente Milvio, en los lugares, teatro del triunfo de Constantino el Grande sobre Majencio: las orillas del Tíber son severas, nada tienen de pintoresco ni resueño, y ésa es una nueva armonía que la magia de la naturaleza ha dispuesto entre las memorias humanas y los sitios más célebres en la historia. ¿Qué reflexiones no pudieran hacerse sobre la suerte de los hombres, viendo á los moradores de lugares famosos, y observándolos de cerca? . . . Al aproximarse la noche, veía yo al descendiente de los antiguos dominadores del mundo volver á su hogar, encaramado sobre un descomunal carro de madera, que arrastraban lentamente dos ó tres mulas, que caminaban cabizbajas la una tras la otra: satisfecho de sus ventas de heno ó de paja volvía más ufano que los cónsules, después de vencidas muchas naciones: ¿qué le importan las glorias de Escipión y de Camilo, si

hasta sus nombres le son desconocidos? Contento en su ignorancia, conduce su grey al *monte sacro*, y allí no duda de su libertad, cuando se solaza, modulando en su zampoña, tonatas campesinas, arrimado indiferentemente, para buscar la sombra, á las ruinas del sepulcro de Nerón. Si hay algo que le interese, si hay algo que le conmueva es la *Madona*, pintada tal vez, en el tosco muro de alguna pobre iglesia; porque para la Religión no habrá ruinas, y el hombre necesita de la Religión como de aire para respirar.

Sevilla, marzo de 1885.

CARTA TERCERA.

Roma y Monserrate.

Los alrededores de Roma. — El Vaticano. — La Basílica de San Pedro. — La estatua de Pompeyo. — Nueva visita á las catacumbas. — Comparación entre París y Roma. — Viaje á España. La pascua de Navidad en Barcelona. — La iglesia de la Merced. — Monserrate. — Recuerdos de la tierra ecuatoriana.

I

Roma es la ciudad de los monumentos grandiosos, de las ruinas famosas y de los imperecederos recuerdos. Yo me complacía en subir á alguna de las plataformas ó altozanos que dominan la ciudad, para contemplar desde allí ese suelo, teatro de los más importantes acontecimientos de la historia de la humanidad. Al caer de la tarde, cuando me paseaba solitario por alguna de las famosas vías romanas, por la Apia ó la Nomentana, sentía una especie de estremecimiento en mi espíritu, recordando que estaba pisando el polvo de que se habían cubierto los conquistadores del

mundo, cuando volvían triunfantes, trayendo prisioneros á los reyes de las naciones, y hechos botín de sus soldados los dioses de los pueblos; y, alguna vez, confieso que de repente volví asustado la cabeza, para mirar esa Roma famosa, el tropel de cuyas legiones me parecía haber percibido á lo lejos El sol se había escondido ya, y sus postreros rayos reverberando en la gigantesca cúpula de San Pedro, la hacían resaltar enérgicamente entre las sombras del crepúsculo vespertino Después, cuando se espesaban las tinieblas de la noche, todavía merced á su elevación, se distinguía el globo que sirve de pedestal á la cruz del Vaticano: así, me decía yo entonces, así, á pesar de tinieblas y de ruinas, descollará siempre erguida sobre el mundo la Cruz civilizadora!

De la colina del Janículo veía los puntos donde sentó sus reales Gensericco, rey de los Vándalos; y desde los jardines del Pincio, más de una vez me detuve mirando los sitios de los afamados huertos de Salustio, ó buscando con los ojos, al otro lado del Tíber, los llanos donde acampó Constantino; y cuando los rayos del sol poniente se reflejaban en los broncees de esa misma cruz del Vaticano, casi involuntariamente se presentaba á mi memoria ese signo vence-

dor, que el hijo de Santa Helena había visto brillar en esos mismos aires, momentos antes de entrar en batalla con Magencio.

Roma, la ciudad de las siete colinas puesta á orillas del Tíber y á no mucha distancia del Mar Mediterráneo, ocupa casi el centro de una llanura pantanosa y estéril, en cuya dilatada extensión no se ven ni árboles, ni bosques, ni campos cultivados, ni nada de cuanto en otras partes anuncia la proximidad de una ciudad populosa; y no puede menos de sorprenderse el viajero, notando aquel silencio inesperado y aquella soledad uniforme que, por todas partes, circunda á la antes ciudad de los Césares y hoy ciudad de los Pontífices. Parece como si la naturaleza misma hubiese contribuído á aumentar la majestad de la ciudad reina del universo, condenando á perpetua esterilidad la vasta llanura que la rodea, para imponer así el silencio en torno de la Ciudad Eterna. Observando la monotonía de la campiña romana, me acordaba de la hermosa reflexión de Chateaubriand, que encontraba aquel aspecto de la naturaleza muy en armonía con la condición de Roma, ciudad de la meditación y de los grandes pensamientos: ni dejarán de parecerle muy bellas también

á todo viajero, como le parecieron al autor de *El Genio del Cristianismo*, esas apacibles escenas de la vida pastoril, á las puertas de la ciudad, donde reside el sucesor de aquel anciano, á quien el Redentor de los hombres le confió el cuidado de apacentar su rebaño. Y, en efecto, aquellos pastores, que van conduciendo sus greyes por el campo romano, traen á la memoria, así los recuerdos de los antiguos Patriarcas bíblicos, como los del Evangelio, donde la Iglesia Católica es llamada un rebaño con un Pastor.

II

Recorramos ahora brevemente la ciudad. Partiremos de la más concurrida de sus plazas que es la *Colonna*, llamada así porque en el centro de ella se levanta la columna erigida por el emperador Antonino Pío, y, andando los tiempos, dedicada á San Pablo; así como la que se levantó en honor de Trajano, y está en el foro que lleva el nombre de este emperador, fué consagrada á San Pedro: de modo que hoy las estatuas de los dos Apóstoles reemplazan á las de aquellos dos Césares, sobre sus respectivas columnas. Tomemos la calle del *Corso*, que pasa por uno de los la-

dos de esta plaza, y siguiendo derecho hacia el Capitolio, saldremos á la plaza de Venecia, donde está el antiguo y vasto palacio de la embajada de Austria: de la plaza de Venecia estamos viendo la iglesia del *Jesús* y los muros de la antigua Casa profesa de los Jesuitas, residencia ordinaria de los Generales de la Compañía de Jesús. Del palacio de Venecia forma parte la Basílica de San Marcos.

Del *Jesús* pasemos al Colegio Romano, que está próximo: en la misma placeta, llamada de San Ignacio, por estar delante de la iglesia del Colegio dedicada al Santo, se halla el edificio del Colegio Germánico; en frente de la puerta principal del Colegio Romano, está la casa ó recogimiento de Santa Marta: aquel colegio y esta casa recuerdan á San Ignacio, que fué el fundador de entrambos. En el Colegio Germánico continúan todavía los Jesuitas dando aquellas lecciones de ciencias eclesiásticas, filosóficas y sagradas, que tanta y tan merecida celebridad han granjeado al Colegio Romano. Una vez apoderado de Roma el Gobierno italiano, cúpoles á los Jesuitas la honra de ser los primeros expulsados y despojados de sus casas y colegios. Sin embargo, el Germánico pudo escaparse por la pro-

tección extranjera á que se acogió; y á sus escuelas concurren ahora alumnos de muchos otros colegios, y aún religiosos de varios conventos de Roma. Debo á los Padres el honor de haber sido invitado á la distribución de premios, que se celebró en los primeros días de noviembre. El Sr. Dr. Antonio Flores y yo fuimos los dos únicos invitados á esa función, que, por las circunstancias del tiempo, tenía el carácter de una reunión privada ó casi doméstica entre alumnos y profesores.

Como salimos de la iglesia de San Ignacio, pasando por delante de la puerta del Colegio Germánico, que dejaremos á la derecha, y continuando dos cuadras más adelante, nos pondremos en la plaza de la *Rotonda*: teremos delante el *Panteón*, la más bien conservada de todas las obras de la Roma pagana: Agripa la dedicó á todos los dioses, y el Papa Bonifacio IV, limpiándola del culto pagano, la consagró á todos los Mártires y á la Reina de los Mártires. Miguel Angel contemplaba siempre con admiración la grandiosa cúpula de este templo, y para emularla, concibió y realizó el atrevido plan de la cúpula del Vaticano: el atrio de la Rotonda, las magníficas columnas de granito, se ve que inspiraron la galería

de columnas que tanto realzan y hermo-
mosean la plaza de San Pedro. Dirijá-
monos allá.

Pasaremos por San Agustín, para
visitar el sepulcro de Santa Mónica.
¿Cómo no tributar el homenaje de
nuestra devoción á la admirable madre,
á la heroica, tierna é infatigable ma-
dre del gran San Agustín? El sepulcro
de Santa Mónica fué para mí uno de
los lugares más predilectos de mi de-
voción en Roma. Entré á la iglesia de
San Agustín siempre movido del deseo
de postrarme, siquiera por algunos ins-
tantes, delante del sepulcro de Santa
Mónica, porque esa madre, modelo de
madres, es para mí uno de los más glo-
riosos ornamentos de la iglesia de Dios,
¡Ay! qué de hijos se pierden, por falta
de madres, como la de San Agustín!
Atrévome á decir que las lágrimas de
una madre cristiana son omnipotentes,
y que, si hubiera madres que lloraran
por sus hijos, tanto como debían llorar,
ni el mundo gemiría con tantas desgra-
cias, ni el infierno estaría tan repleto
de pecadores. ¡Qué! ¿No?.... Pues,
lágrimas de madre fueron las que resu-
citaron al joven de Naím, y las que
convirtieron al joven de Tagaste. Ojos
de madre, inundados en lágrimas, es-
pectáculo es á que no puede resistir el

Corazón de Dios: que el féretro pare al instante, el muerto á la vida, el hijo á la madre!.... ¿Quién pidió á Jesucristo ese milagro? ¡Nadie! ¡Era que el Señor vió llorando á la madre!....

Continuemos. De la iglesia de San Agustín seguiremos á la de San Luis de los Franceses, donde está el mejor órgano que acaso hay en Roma: de San Luis á la Plaza Nabona, ó Circo Agonal, la distancia es corta. Decora un lado de esta plaza la iglesia de Santa Inés: á la izquierda, andando una cuadra, está la casa principal de los Escolapios, y en su templo, las reliquias de San José de Calazáns, que acabó los días de su larga y santa vida en aquella misma casa, en el aposento que todavía se venera, convertido en oratorio: á la derecha y asimismo á corta distancia, está San Apolinario, que es la iglesia del gran Seminario Romano. Saliendo de la Plaza Nabona, tomaremos la calle que conduce directamente al Tíber: hemos llegado al puente de San Angelo, delante se levanta el castillo, en cuyo centro descuella la Mole Adriana. Pasado el puente, dejando el castillo á la derecha y el Tíber á la izquierda, se abren á nuestra vista tres calles: á la orilla del río está el mayor hospital de Roma, el hospital del Espíritu Santo,

fundado en el siglo XIII por el Papa Inocencio III: en ese hospital han practicado muchos santos obras heroicas de caridad, sirviendo á los enfermos. Seguiremos nuestro camino por la calle del medio, la que nos conduce derecho á la gran plaza de San Pedro: estamos en el Vaticano Al frente, levántase la inmensa Basílica, coronada por la grandiosa y magnífica cúpula, que el genio de Miguel Angel se atrevió á lanzar al aire: su pórtico formado por columnas gigantes, se abre en un ancho semicírculo, que se prolonga á un lado y á otro de la espaciosa plaza, en cuyo centro el obelisco de Sixto V, levanta en alto, muy alto, conservándose recto y firme, la cruz, como para decir en lenguaje, mudo sí, pero no enigmático ni misterioso, como el de esos jeroglíficos grabados en sus lados, sino claro y elocuente, fácil de ser entendido por todos los siglos y naciones, que la antigua idolatría pagana yace ahí vencida, sirviendo de escabel á la cruz A un lado y otro del obelisco, hermocean, primorosamente, la plaza dos fuentes de agua: salta ésta y se derrama de las conchas en blanquísimos copos, dando á entrambas fuentes el gracioso aspecto de dos grupos de blancas nubes que el viento hubiese arremolinado, soplando, por acaso, en torno del

obelisco. — Vista de frente la grandiosa Basílica, con su plaza, pórtico, cúpula y columnas, causa en la imaginación una impresión que no se podrá olvidar jamás. ¿Cómo olvidar esa suntuosa montaña de mármol, cincelada por el arte? ¿Cómo olvidarla jamás? Si ella es la imagen de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, cuyo origen arranca desde el cielo y cuyos brazos se abren hacia todos los cuatro vientos del globo, para recibir en su maternal regazo, donde fluye la fuente de aguas vivas, á todos los siglos y generaciones!!.... Pero entremos á la Basílica.

Aquí todo es grandioso, todo es inmenso; y en el primer templo del Catolicismo en el mundo no hay que buscar proporciones ordinarias ni medidas comunes: nada es allí pequeño ni mezquino; mármoles preciosos, bronce dorado, hé ahí los materiales. San Pedro debe ser visto despacio y en muchas ocasiones diversas, para poder formar un concepto cabal de toda su hermosura y grandeza. Como obra de arte, San Pedro es un monumento que no tiene igual en el mundo; pero, si se lo considera desde el punto de vista de la idea del arte cristiano, yo estoy de acuerdo con los que, bajo ese respecto, encuentran que las catedrales góticas

le llevan ventaja al templo del Vaticano. Describir ahora esa obra admirable me sería imposible, ni los estrechos límites de una carta confidencial me lo permitirían; por otra parte, las descripciones abundan, y no acertaría á decir las cosas tan bien como otros las han dicho antes que yo.

Dentro del templo, y á poca distancia de la *Confesión*, está la célebre estatua en bronce de San Pedro, la cual, acaso debe atribuirse al pontificado de San León Magno; pues parece que no hay testimonio alguno, por el cual se pueda hacer constar que pertenece á una época más remota. La silla del Santo Apóstol se venera en el altar mayor, mas no está expuesta á la vista, sino dentro de una urna, en la cátedra de bronce, sostenida por el grupo de los cuatro santos doctores y coronada por el vistoso trasparente, que representa al Espíritu Santo. Las estatuas de los santos doctores son de bronce: San Agustín, San Ambrosio, San Atanasio y San Juan Crisóstomo, dos padres latinos y dos griegos, los mayores de entrambas Iglesias.

Aquí echo de ver que mi carta va saliendo demasiado larga: por consiguiente, conviene que la acortemos cuanto sea posible. ¡Qué ricas en

adornos, qué hermosas son las iglesias de Roma! La espléndida Basílica de San Pablo extramuros, donde la riqueza y variedad de los mármoles sorprende! La de Santa María la Mayor!.... La capilla y el altar de la Virgen en esta Basílica son dignos de Roma, verdaderamente, y tal vez, yo me atrevería á añadir, también dignos de la Virgen, si en la tierra hubiera algo que fuera digno de la Reina del cielo.... Con cierta especie de estupor fijé yo mis ojos en aquel cuadro atribuído á San Lucas, y púseme á reflexionar de cuántos acontecimientos había sido testigo aquella sagrada imagen; cuántos Papas habían venido con el corazón atribulado, á postrarse delante de ella, y á clamar á esa fúlgida y apacible estrella de los mares que dirigiera la nave de la Iglesia á puerto seguro, á pesar de las tormentas del siglo y la fatigada mano de sus Pilotos!.... Santa María la Mayor está edificada en la parte más alta del monte Esquilino, y precisamente en aquel punto que, en lo más abrasado de la canícula, amaneció cubierto de nieve: yo me acordaba del sol inflamado de nuestros valles ecuatoriales, yo tenía presente mis montes natales cubiertos de nieves eternas, y, llegado allí de climas tan remotos, de tierras

tan lejanas, traía también, para contar á la Virgen, la historia de un corazón lastimado, para quien el dolor no ha sido extraño; y yo, tan solo en país extranjero, como en mi hogar nativo, podía invocar á la Virgen y lleno de efusión repetirle: *Monstra Te esse matrem!!....*

III

De las principales Basílicas, unas están á los extremos de la ciudad, y otras fuera de los muros: la única que se halla ahora dentro es Santa María, de donde acabamos de salir, y digo ahora, porque hasta hace poco, cuasi todo el Esquilino estaba despoblado y cubierto de viñas; hoy día por todas esas partes se van edificando casas á la parisiense; así es que pronto el aspecto material de Roma habrá cambiado en gran parte. San Pablo, San Lorenzo, Santa Inés y San Sebastián se hallan fuera de los muros. En San Lorenzo está la catacumba de Santa Ciríaca; en Santa Inés, la que lleva el nombre de la misma santa virgen; la de San Sebastián es la más famosa de todas, y aún la misma de San Calixto propiamente no es más que una continuación de ésta. Las reliquias de San Sebastián se encuentran en un altar dedicado al Santo en

la misma Basílica: la estatua de marmol blanco que lo representa agonizante, con el cuerpo erizado de saetas, me pareció hermosa: en uno de los primeros cuerpos del subterráneo, como se baja á las galerías, está el sepulcro del mártir; y allí fué donde depusieron su cadáver, después de haberlo sacado con mucho trabajo de la cloaca, á la que, por orden de Diocleciano fué arrojado. San Sebastián, como ustedes saben, era capitán de la guardia pretoriana, y fué sentenciado por el emperador á morir asaetado. En el Palatino, está convertido en capilla el lugar en que el Santo, atado á un palo, sufrió el martirio de las flechas ó saetas, del cual no murió; pues los soldados lo dejaron creyéndolo muerto, y recogido piadosamente por Irene, convaleció y se presentó con extraordinaria firmeza ante Diocleciano, para reprenderle por su crueldad contra los cristianos: y entonces fué cuando este emperador mandó azotarlo con varas, hasta que muriera y votar el cadáver en la cloaca. Se tiene por cierto en Roma que el cuerpo de San Sebastián fué arrojado á la cloaca ó albañal, en el sitio donde ahora está la iglesia de San Andrés *della valle*. Según opinión muy autorizada, ocupa esta iglesia el lugar en que se reunió el Se-

nado el día en que fué asesinado César.

He visto en el palacio Spada la estatua colosal de Pompeyo, á cuyos pies cayó herido César: el émulo de César está representado en actitud heroica, completamente desnudo, con el manto arremangado al brazo izquierdo, como un semidios griego. *Nada temo*, decía César, *de hombres gordos y de bonitos cabellos*, aludiendo á Antonio y Dolabella: *más temor me inspiran esos carienjutos y amarillentos*, designando con estos rasgos á Bruto y Casio, sus asesinos. Y César, el gran hombre, el más grande que produjo Roma, engendradora de héroes, viendo blandir contra sí los puñales de sus enemigos, supo encontrar en su ánimo varonil el secreto de una muerte también como de grande, no desmintiendo en aquel supremo instante la fortaleza de toda su vida....

Firme, en pie, miró impávido á los conjurados, hizo caso omiso de todos ellos y solamente á Bruto, su hijo adoptivo, le dirigió en dos concisas palabras, la más amarga reconvención que ha salido de labios humanos, manifestando así que la ingratitud le era más dolorosa que la muerte. Herido mortalmente, envolvióse en su clámide, y se dejó caer desfallecido á los pies de la estatua de su rival.

En fin, como hablamos de la Basílica de San Sebastián, no puedo vencer el deseo de bajar á las catacumbas. Avivemos nuestra fe y descendamos.... Son pasadas las cuatro de la tarde, y como estamos en diciembre, el sol ha traspuesto el horizonte y el crepúsculo ha comenzado ya: mi guía, que es un religioso lego de San Francisco, enciende su cerilla, cúbrese la cabeza con su capucha ó cogulla y adelanta: le sigo yo llevando también mi cerilla encendida; pocos momentos después, con paso lento y en profundo silencio, ibamos discurriendo por aquellas vastas y solitarias galerías subterráneas, mansiones eternas de la paz y de la muerte: de cuando en cuando oíamos retumbar, en lo más profundo de aquellas bóvedas oscuras, el estruendoso ruído de los coches que pasaban rodando por el camino, y parecía como si todas esas hileras de sepulcros se hubiesen sacudido á un mismo tiempo: el estruendo iba apagándose poco á poco, y al cabo, cesaba completamente.... ¡Imagen patética de la momentánea y tumultuosa agitación de la vida humana, contrapuesta á la paz y quietud de la eternidad!

Las galerías subterráneas de las catacumbas dan vueltas y se pierden, formando un laberinto, con cuya salida

casi sería imposible acertar: ya descienden, ya se elevan; ahora se dirigen camino recto, ahora toman dirección tortuosa. Oscuridad profunda reina en estos lugares; y la bujía pequeña que se lleva en las manos, alumbra apenas el espacio que ocupa uno con su propio cuerpo, de modo que las tinieblas oscurísimas de aquellos recintos se cierran á las espaldas, al instante mismo en que el caminante las ha rasgado con la luz que aclara sus pasos: á distancias inmensas, de repente queda uno sorprendido, entrando de súbito en un foco de luz que desciende de lo alto: esto es cuando en las partes más profundas, cuando el plano del suelo ha bajado mucho, se acierta á pasar por debajo de una de aquellas ventanas ó agujeros, abiertos en la superficie del campo, para dar alguna claridad á los subterráneos.

El aspecto de esos oscuros subterráneos es imponente. Recorre uno poseído de reverencia esas galerías estrechas, cuyas paredes están cubiertas de dos, tres y hasta cuatro hileras de sepulcros, dispuestos horizontalmente á entrambos lados: muchos están abiertos y del todo vacíos; en otros, destapados, hay montoncillos de huesos humanos carcomidos ó cadáveres casi por completo redu-

cidos á polvo; en algunos, deteniéndose á mirar despacio, se alcanzan á percibir las huellas del cadáver en ciertas líneas de polvo blanco, que conservan dibujadas sobre la tierra del sepulcro, las formas de un cuerpo humano, que un soplo bastaría para borrar completamente. Muchísimas tumbas están todavía cerradas y tapiadas, como las dejaron los sepultureros, al acabar su cotidiana faena de enterrar los cuerpos de sus hermanos: ¡y en cuántas y cuántas de las lápidas de aquellas tumbas todavía selladas, se ve el símbolo del martirio, la palma grabada toscamente por el cuchillo del sepulturero!! ¡Oh! y en cuántos sepulcros, por todo epitafio, por todo nombre, no hay más que el símbolo del martirio! Junto á algunos sepulcros, está todavía fijada en los muros la lámpara mortuoria, que manos amigas solían atizar continuamente delante de las tumbas, que encerraban restos mortales venerandos y queridos. Esas lámparas mortuorias de las catacumbas tienen todas, invariablemente, la forma de una navecilla; y fijadas ahí junto á los sepulcros de los primeros cristianos y de los mártires, interpretan admirablemente las consoladoras enseñanzas del Evangelio, en punto á la muerte y á la suerte futura de los hombres en la

eternidad. El desterrado, cuando arriba, por fin, á las playas de la patria, ata su barquilla, recoge las velas, da paz á los remos y siéntase á descansar contemplando con satisfacción las olas del mar, cuya furia no le inquietará ya más! ¿Quién, al recorrer las catacumbas, viendo esas lámparas sepulcrales, en forma de navecillas, no se habrá imaginado hallarse bogando en alta mar y divisando á lo lejos un puerto seguro, donde han echado el áncora á sus naves viajeros innumerables? Y en verdad, que á la Jerusalén celestial, á la mansión de paz, han llegado todos cuantos descansan en esos sepulcros, dando testimonio de la fe y la revelación cristiana.

Notable es, y muy digno de ponderación, ese espíritu de profunda humildad, tranquila resignación, amor y, sobre todo, fervorosa gratitud y reconocimiento para con Dios, de que estaban animados los primeros cristianos y los mártires, en la época de las persecuciones. Esos sentimientos se ponen de manifiesto en las inscripciones de los sepulcros, en las imágenes y en las pinturas de las catacumbas: curioso é instructivo sería hacer una comparación entre los relieves cincelados en los sarcófagos de los paganos y los que adornan los sepulcros cristianos: en aquellos vemos representada

de preferencia la *Caza de Meleagro*; en éstos, las escenas devotas y tiernas de la santa infancia de Jesucristo, y principalmente en las catacumbas, la conmovedora imagen del *Buen Pastor*, con su ovejilla á cuestas. ¿Por qué había de ocultárselo yo á ustedes? La ruindad de mi vida de sacerdote nunca me había parecido tanta, como allí en las catacumbas Sin duda los mártires tenían muy presente en su memoria esa parábola, y se la aplicaban con frecuencia, recordando, al mismo tiempo, las palabras con que el Profeta Isaías había vaticinado la redención: *Omnes &*

“Todos nos extraviamos y, como ovejas descarriadas, cada cual andaba errante por su camino: empero, la iniquidad de todos nosotros la cargó el Señor sobre su Unigénito.” ¡Oh! qué bien se vale el pasar los mares para orar en las catacumbas! Los santos mártires conocían el funesto camino de errores y pecados, en que, por el paganismo, andaban perdidos, y se llenaban de gratitud para con Jesucristo, que los había traído al conocimiento de su ley y á las dulzuras de su amor; y esa consideración los hacía tan esforzados y generosos para padecer el martirio ¡Ah! amigos míos, dejo suelta la rienda á mi corazón y consientan ustedes

que corra, en larga vena, más que de mis labios, de mis ojos, el reconocimiento para con nuestro adorable Salvador!... Al acercar la luz para mirar mejor esa santa imagen pintada en los oscuros subterráneos de las catacumbas, me parecía que el Señor se animaba y que, desprendiéndose del muro, se acercaba á mí, se me venía al encuentro y fijaba en mí sus ojos, como con aire de reconvencción ¡Y esto en las catacumbas!! Donde, á cualquiera parte que yo volvía mis miradas, encontraba con qué reprocharme ¿ No estaba yo acaso, todos los días, repitiendo en el Oficio Divino estas palabras: *Los varones santos derramaron su sangre gloriosa por el Señor; y como viviendo amaron á Jesucristo, así le imitaron también en el morir!* ¿ Quién no se reconoce en esa oveja que el Buen Pastor lleva con tanto amor y cariño sobre sus hombros? ¿ En busca de quién esos pies adorables no se han lastimado? ¡Ténganos siempre el Señor en su aprisco y apaciéntenos con su amor!!

Esta catacumba de San Sebastián es muy célebre. En ella estuvieron depositados los restos de San Pedro y San Pablo, y cuarenta Papas mártires han tenido allí su sepulcro, y todavía se señala el punto donde fué decapitado el

Pontífice San Esteban, mientras celebraba los Divinos Misterios.

En la historia de la santa virgen Cecilia, mártir, se refieren ciertas circunstancias relativas á la conversión de San Tiburcio y San Valeriano, con las cuales se da á conocer muy bien cuán angustiosa era la vida de los mártires en tiempo de persecuciones. Cuando, por consejo de Cecilia, aquellos dos patricios romanos fueron en busca del Papa San Urbano, que estaba oculto en esa misma catacumba de San Sebastián, encontraron en la vía Apia, en el mismo sitio indicado por la santa, un mendigo, á quien, de parte de ella, le dijeron que les mostrara el punto donde estaba el Pontífice, y el mendigo los condujo á la catacumba. Los cristianos vivían, pues, ocultos y escondidos; y esos pobres, sentados ahí en la vía pública, disimuladamente, como para implorar de los traseuntes algún socorro, se ocupaban en observación para advertir á tiempo cualquier peligro á los Papas, escondidos en las catacumbas. Esta escena tenía yo presente, siempre que me paseaba por la vía Apia.

Los mártires, á quienes no era digno de poseer el mundo, como dice San Pablo, estaban tan perseguidos, que no se atrevían á dar sepultura públicamente

á los cuerpos de sus hermanos; robaban del anfiteatro los cadáveres despedazados de los confesores de la fe, y en altas horas de la noche, en silencio, á oscuras, con grande cautela, los llevaban á las catacumbas tendiéndolos muchas veces entre un haz de paja, en un carro rústico, para engañar así la suspicaz ferocidad de los paganos. En fin, cuando yo contemplaba en nuestra hermosa tierra ecuatoriana las magníficas escenas que presenta allí la naturaleza, mi alma llena de un contento indecible, no podía menos de elevarse á Dios; sentía yo la necesidad de alabarle y bendecirle: he visto con mis propios ojos, he palpado las maravillas de la mano de Dios en el orden religioso, y mi alma se ha sentido también obligada á alabarle y bendecirle. ¡Cómo ser ateo ante el magnífico espectáculo de la naturaleza! ¡Y cómo no ser cristiano contemplando las catacumbas! Podrá uno blasfemar de Dios, hallándose á oscuras, doblemente á oscuras, privados de luz sus ojos y en tinieblas el alma, por haber los vicios matado en la conciencia la lumbré de la fe; muy fácil es, con alma manchada, entendimiento ignorante y entre el bullicio de un banquete, hacer mofa de Jesucristo y su santa Iglesia; pero ante un cielo estrellado,

ante las tumbas de los mártires, me parece imposible blasfemar!

IV

El Padre Santo me hizo advertir que podía salir de Roma y dispuse mi viaje por Pisa y Génova, siguiendo las costas del Mediterráneo, para entrar en España por Cataluña: durante algunos días tuve, pues, á mi vista, desde Ostia á Barcelona, el espectáculo tan variado é interesante de las poblaciones marítimas. En Barcelona resolví detenerme algunos días, aunque el invierno estaba ya muy próximo y amenazaba ser muy riguroso. En industria, actividad, comercio y adelantos materiales, Barcelona me parece que es la primera ciudad de España: la Rambla y la parte nueva de la ciudad que llaman el *Ensanche*, las encuentra hermosas áun el viajero que llega de París, la ciudad más hermosa de Europa.

No es mi propósito hacerles á ustedes una narración completa de todo lo sucedido y observado en el viaje, sino de una ú otra circunstancia ó incidente que tuviere relación con nuestras cosas de allá. Pongo especial cuidado en observar las costumbres locales, que forman los rasgos de la fisonomía característica

de los pueblos, porque un pueblo sin tradiciones, sin usos, sin costumbres propias, es un pueblo insípido, cuya visita no deja recuerdo alguno permanente. Y por cierto, que algunos de nuestros pueblos, á fuerza de contrahacer y remedar las costumbres extranjeras, se van quedando sin carácter propio. Yo he visto en los invernáculos europeos el plátano de nuestras montañas, pero ¡cuán otro del que crece al calor de la zona ecuatorial! Sus hojas pálidas y desmedradas se abaten con languidez, y sólo de tarde en tarde, le corona algún racimo de gajos flacos y desabridos: más, ¡qué vistoso y gallardo ese patriocio de la tierra ecuatoriana no se ostenta en sus playas solariegas! Cuando venía para Europa, al trasmontar la cordillera occidental que separa la provincia de Cuenca de la de Guayaquil, se presentó á mi vista uno de los espectáculos más hermosos que yo había contemplado jamás: las selvas y bosques seculares de Naranjal, que en gradas gigantes é irregulares formaban un inmenso anfiteatro de verdura, que iba á rematar en las costas del Pacífico. Entre esos bosques, ¡cómo campeaba el plátano, pero no solitario y maltrecho como acá, prisionero bajo los cristales de una estufa, sino libre y gallardo,

agrupado con sus iguales en populosa familia, haciendo resonar el bosque entero con el ruido de sus gárrulas hojas agitadas por el viento, y agobiado con la carga de sus racimos, que emulan el brillo del oro y la dulzura del panal! ¡Qué hermosa es la tierra que Dios nos ha dado por Patria! ¡Qué hermosa!

Estaba en Barcelona, donde los Reyes católicos recibieron solemnemente á Colón de vuelta de su primer viaje del descubrimiento de un *nuevo mundo*, y me llamó la atención una costumbre que la referiré aquí, no porque sea de importancia alguna, sino porque tiene relación con América, esas *Indias* que descubrió Colón. Suelen celebrar los catalanes un mercado que llaman de Santo Tomás, porque se hace el 21 de diciembre, fiesta de aquel Santo Apóstol, y entonces no venden sino pavos y corderos. No hay familia, aunque sea muy pobre, que no compre su pavo para comerlo guisado en la Pascua de Navidad. Es el pavo ritual de los catalanes, como el cordero de un año lo era de los israelitas. Hubieran visto ustedes esas greyes de pavos cómo venían, jadeantes, á saltos desiguales, azotando el aire con su cloqueo, asustándose á cada objeto nuevo que se les presentaba ó que divisaban en el camino, y á los due-

ños, hechos todo manos, para atajar la indisciplinada volatería que á cada paso quería escapárseles. Esto era la víspera: al otro día, la rambla á uno y otro lado, parecía enalfombrada de cojines de seda negra moteados de carmesí, y era que esos centenares de pavos ó *gallos de Indias*, como los llaman los catalanes, patiatados y buche por tierra, sobre camas de paja, estaban expuestos al mostrador para la cena de Noche Buena ni más ni menos como los pobres negros del Africa en los mercados de Cartagena, en tiempo del P. Pedro Claver, (con ser hijos de Adán y á pesar de las máximas del Evangelio), para el mercado de esclavos.

V

Entre las muchas iglesias de Barcelona, elegí de preferencia la de la Merced para asistir á ella, porque está dedicada á la Virgen, cuya Orden fué fundada precisamente en esa ciudad. La iglesia es grande y muy preciosa: la época de su reconstrucción acaso no pasa del siglo décimo séptimo, pero la primera fundación es muy antigua y contemporánea de San Pedro Nolasco. El Santo residía ordinariamente en Barcelona, y en esa ciudad pasó los últimos años de

su vida hasta su muerte acaecida en ese mismo convento, que era el primero y principal de la Orden y que hoy está convertido en Capitanía General.

Hice visita especial al coro de los frailes, tan célebre en las tradiciones de la Orden Mercenaria. En la noche, víspera de la Purificación de la Virgen Santísima, acudió al coro el Santo fundador, inquieto, pues llegada la hora de Maitines, la campana no había sonado, porque el religioso encargado de tañer al Oficio Divino, vencido del sueño se había quedado dormido: mas ¡cuál no fué la sorpresa del santo, cuando al entrar en el coro, lo encontró iluminado con luz extraordinaria, poblado de Angeles y á la misma Reina del cielo en medio de ellos! María se dignó hacer á su siervo una señal permitiéndole entrar, y San Pedro fuera de sí al aspecto de una visión tan celestial, corrió á prostrarse á las plantas de la Virgen; y desde aquel tiempo quedó establecido en las prácticas de la Orden, que la primera silla del coro no la había de ocupar jamás ningún prelado, sino que en aquel lugar se colocaría siempre una imagen de la Madre Dios, para memoria de tan señalado beneficio. En el célebre coro de la Merced de Barcelona, hoy, en lo material, todo está como antes, nada ha

cambiado las sillas están vacías, las lámparas apagadas, el silencio convida al recogimiento, el facistol abre sus brazos reclamando el libro de los salmos, la santa imagen de la Virgen inmaculada está ahí en lugar preeminente: pero la araña, ese oficioso huésped de ruinas y lugares abandonados, ha tendido ya su tela en sillas, lámparas é imágenes, y si hoy la campana del coro resonara otra vez, nadie acudiría á su tañido los frailes, arrojados violentamente de su convento, duermen, pero el tranquilo sueño de la tumba, en la fosa donde, sacrificándolos bárbaramente, la revolución arrojó sus restos ensangrentados!

No quise pasar de Cataluña á Castilla sin visitar el santuario de Monserrate, uno de los más célebres de España: detúveme, pues, en Monistroll, desde donde se sube al santuario que está en lo más elevado de la montaña. Eran las ocho de la mañana cuando salté del tren, en la estación de Monistroll, y á la una de la tarde, paraba en la puerta de la hospedería del Monasterio el carro en que habíamos subido. yo, una señora con su esposo, dos niños y un joven estudiante de Derecho, que eran mis compañeros de peregrinación, con quienes me había juntado en Monistroll: había-

mos gastado como cinco horas en la subida. Mis compañeros se volvieron aquella misma tarde, y yo me quedé para disfrutar por algunos días del silencio y soledad de aquella montaña, donde tenía resuelto pasar recogido los días de Pascua.

Como el frío era ya muy intenso y los temores del cólera aun duraban todavía, fui yo el único peregrino que hubo en todos aquellos días. El aspecto de aquellas serranías es muy agreste y bastante desapacible: peñas gigantescas se levantan perpendicularmente, y arrimándose unas á otras, dan á la cumbre de la montaña formada de grietas profundas y acentuaciones del terreno muy pronunciadas, la apariencia de los dientes desiguales de una sierra, lo que le ha granjeado á la montaña el nombre que lleva de Monserrate ó monte de la sierra.

En uno de los recodos del monte están la iglesia y el monasterio, y junto al monasterio las hospederías, todo adherido á los peñascos; pues ha sido necesario cavar las rocas para disponer el terreno en que se han levantado los edificios; y tanto mayor trabajo debió costar la fábrica cuanto más y más se fueron ensanchando los edificios respecto del plan primitivo de ellos. La ermita primitiva se convirtió muy

pronto en un vastísimo monasterio, ó abadía de Benedictinos, que cuenta muchos siglos de existencia. Nunca me podré olvidar de la Pascua pasada en Monserrate, á la sombra del santuario de la Virgen. Eran ya aquellos los primeros días de invierno y el sol se ponía muy pronto. Por la tarde subía á alguno de los puntos más elevados de la montaña, para tomar algún descanso con la vista y contemplación de aquellos sitios nuevos para mí. El horizonte que se abría delante de mis ojos era muy dilatado, y desde las rocas donde me sentaba, veía al sol correr apresuradamente hacia su ocaso en los postreros días del año: los mezquinos rayos de un sol de invierno alumbraban las rojizas colinas de Cataluña, y al verlas, me parecía estar mirando desde lejos, las colinas de Oña en mi predilecta provincia del Azuay ¡Cuántos recuerdos se agolpaban en mi mente! ¡Cuántas memorias de otros tiempos, que ojalá para mí nunca hubiesen pasado! Era el 24 de diciembre de 1884: las dos de la tarde eran pasadas y las campanas del monasterio interrumpían el silencio de aquella soledad con alegres repiques, haciendo señal para el canto de vísperas, las vísperas de la Navidad! Acordéme del Ilmo. Sr. Toral, con quien

tantas veces habíamos solemnizado las fiestas del Nacimiento del Niño Dios en la Catedral de Cuenca, y mi alma ya demasiado conmovida, se llenó de profunda é insólita melancolía: el venerable Prelado en la eternidad: yo lejos, muy lejos de mi patria!! ¿Como podría yo olvidar jamás á ese anciano sencillo, sin doblez, que hablaba siempre á todos con el corazón en la mano, y á quien yo le debo eterna gratitud? Tan sensible á las injurias, tan generoso en perdonar: los dolores morales, padecidos con callada resignación, y no los años habían dado á su cabeza la corona de una temprana ancianidad: después de haber apacentado su grey con amor, fué llamado al eterno descanso! Al otro día la Pascua, celebrada por mí en el altar de Dios, nos juntó á entrambos en la comunión de una misma Víctima Divina, pues en el altar católico es donde se tocan la eternidad con el tiempo, y teniendo á Dios por medio con la oración, ni la muerte misma puede separarnos de nuestros difuntos.

Llegó, por fin, el día en que yo debía continuar mi viaje, pues el invierno arreciaba mucho y el frío cada día era más intenso: las nieblas arropaban casi constantemente por la tarde y por la noche el cerro, y en la mañana del día de

Navidad menudos copos de nieve anunciaban una próxima nevada; era pues necesario partir. Fuí por última vez á la iglesia á postrarme delante de la imagen de la Virgen, para ofrecerle mi oración de despedida; me postraba yo ante la Virgen de Monserrate, á quien habían venido á venerar, entre otros muchos, San Pedro Nolasco y San Ignacio de Loyola; y los pobres y tibios afectos míos tuvieron de parecer ante Aquella, que recibió los generosos y ardientes votos que, en ese mismo lugar, le ofrecieron los santos!! Al entrar en el templo un fuerte y secreto sentimiento de vergüenza que nacía de lo íntimo de mi conciencia, me hizo quedarme en el puesto del publicano, y queriendo repetir algunas preces en honor de la Virgen, no acertaba á rezar otra sino el *Memorare* de San Bernardo. Esa devotísima plegaria, la había repetido yo en Roma, al pie del altar donde Ratisbonne encontró tanta dicha y felicidad. ¡Ah! pero en Monserrate tuvo para mi alma un encanto extraordinario. Acordaos que ninguno de cuantos han implorado vuestro patrocinio ha sido desamparado: ¿y quién podrá contar el número que carece de cifra, que no tiene guarismo, de todos los que han implorado aquí vuestro patrocinio? ¡Oh piadosísi-

ma Virgen María! no se ha oído jamás que alguien haya salido desconsolado de vuestra presencia: á Vos vengo, á Vos acudo corriendo ¡Vengo á Vos, corriendo acudo á Vos del otro lado de los mares, de tierra lejana, remotísima! La única felicidad que con ansia procuro en la tierra, es la de tener fervorosa devoción á la Santísima Virgen.

Por ahora, concluyo aquí. De Monserrate bajé á pie hasta la estación de Monistroll, para con el ejercicio reanimar mis miembros entumecidos de frío, y á las seis de la noche tomé el tren que debía conducirme directamente á Zaragoza.

Sevilla, Abril de 1884.

CARTA CUARTA.

Roma y el Papa.

Motivo para escribir esta carta. — Aspecto de Roma
Termas de Diocleciano. — La plaza *del pópulo*. —
San Leonardo de Porto-Mauricio. — El Vaticano.
— Tívoli. — El cementerio de Roma en agro
verano. — Situación actual del Papa.

I

Me dice U. que ha leído mis cartas sobre Roma, publicadas en la Revista religiosa titulada *La República del Sagrado Corazón de Jesús*, y me pide que le hable todavía más acerca de la Ciudad Eterna, y que le escriba también algo respecto de la persona y situación actual del Padre Santo: tiene U. derecho para pedírmelo, y yo no puedo menos de experimentar satisfacción en complacerle, porque encuentro ocasión para refrescar la memoria de los días más llenos de mi vida (1).

Roma tiene cierto aspecto de vetus-

(1) Esta carta fué dirigida á mi querido amigo, el Sr. Dr. D. Jesús Arriaga, sacerdote de la diócesis de Cuenca.

tez y de austeridad, que, á primera vista, no deja de causar honda impresión de tristeza y de melancolía en el ánimo del viajero, que llega á ella por la primera vez. Hace como treinta siglos á que el nombre de Roma llena el mundo; desde nuestra infancia estamos acostumbrados á admirar á los varones insignes de esa famosa ciudad, estudiamos con anhelo las obras maestras de sus grandes escritores antiguos, y sobre todo, como católicos, hemos aprendido á pronunciar desde edad temprana, no sólo con respeto, sino con reverencia, el nombre de Roma; por otra parte, la distancia de los lugares, lo remoto de los tiempos contribuye á que nuestra imaginación abulte los objetos, los ensanche y les dé cierta forma vaga, indefinida, oscura, medio perdida entre el mundo de las ficciones y el mundo de las realidades.... ¿Será, acaso, ésta la causa de esa súbita é inesperada tristeza, que invade el ánimo y lo subyuga á la vista de Roma?.... ¡Hay tantos arcanos en nuestro espíritu!.... ¿Por ventura, nuestro ánimo padece viendo desvanecerse la ilusión, el ideal, al palpar la realidad? ¿Quién lo sabe?

Recorriendo la ciudad, distingue uno al instante, lo antiguo de lo moderno: al lado de la antigua ciudad pontificia,

sobre todo en el Esquilino, hacia la parte del Agro Verano y Santa Cruz de Jerusalén, se está construyendo actualmente una ciudad del todo nueva, según el gusto y manera parisiense; así es que, dentro de pocos años, habrá dos ciudades, dos Romas, una junto á otra: la Roma antigua y la Roma moderna: aquélla con sus calles estrechas, sus magníficas iglesias, sus severos palacios; ésta con sus anchos bulevares, sus capillas protestantes, sus espaciosos hoteles.

La estación de los ferrocarriles se levanta junto á las antiguas Termas de Diocleciano; y los coches ruedan ahora con estrépito por los silenciosos claustros de la Cartuja, convertidos recientemente en plaza.

Las Termas de Diocleciano debieron ocupar un espacio inmenso, según se calcula por los restos que de ellas todavía se conservan. Cuando aquel emperador, deseoso de exterminar á los cristianos, los condenó á la dura faena de construir esos edificios, muy lejos estaría, sin duda, hasta de sospechar que se ocupaba en hacer levantar dos grandes templos para el culto de ese mismo Dios, cuyos adoradores intentaba exterminar completamente sobre la tierra. En efecto, convertidas en igle-

sias han atravesado los siglos y se han conservado intactas dos grandes salas de aquel vastísimo edificio. ¡Cuán magnífica es una de ellas, *Santa María de los Angeles*, espléndidamente decorada por el genio de Miguel Angel! Para aquella obra se puso á disposición del gran artista toda la munificencia pontificia, empeñada en transformar aquel resto de las Termas en iglesia consagrada á la Madre de Dios. Esa iglesia queda junto á la estación de los ferrocarriles, es una de las más suntuosas de Roma y tiene el mérito inestimable de haber sido edificada toda desde sus cimientos por las manos de los mártires, durante la más sangrienta de las persecuciones que padeció el Cristianismo, bajo los emperadores romanos. Hasta el año pasado la servían los monges cartujos; hoy es parroquial.

Existe en esa misma iglesia una estatua de San Bruno, en mármol, de la cual solía decir el Papa Clemente XIV que hablaría si, como á cartujo, sus reglas no le obligaran á riguroso silencio. En efecto, aquella estatua me pareció admirable. Esas manos tan devotamente cruzadas sobre el pecho, esa cabeza inclinada, esos ojos bajos, casi cerrados, le dan tal aire de compostura y de recogimiento que, cuando uno está

delante de ella, casi no se atreve á hablar, como si temiese perturbar al santo en la profunda meditación en que parece absorbido. Supo, en verdad, el artista animar, dirémoslo así, el mármol blanquísimo de que está fabricada la estatua, y la modeló inspirándose en el ideal de belleza del arte cristiano.

Antes se llegaba á la ciudad por el extremo opuesto; así es que se entraba por la puerta llamada *del Pueblo*, que está en la plaza del mismo nombre, una de las más hermosas de Roma. Por esa puerta se cree que entró San Pedro, cuando fué á Roma por la primera vez, de modo que, en su primera visita á la Capital del mundo pagano, debió haberla atravesado toda el Príncipe de los Apóstoles, dirigiéndose indudablemente al barrio en que moraban entonces los judíos. En la misma plaza del pueblo, y frente á la puerta de la ciudad, principia la calle del *Corso*, que era hasta hace poco la mejor de Roma: en el plano de la Roma de los Césares correspondía esa calle á la antigua vía espaciosa, *Vía lata*, que conducía derecho á las faldas del Capitolio. ¿Tomó, acaso, el Apóstol esa calle, para encaminarse en busca de sus hermanos, que moraban en la parte baja de la ciudad, á la derecha del monte capitolino? ¿Quién

podía ni siquiera imaginar entonces que ese oscuro pescador de un lago de Galilea llegaba á Roma, nada menos que para suceder en el señorío del mundo á los Césares Romanos? ¿Cómo imaginar que los heraldos de ese anciano judío habían de llevar la Buena Nueva hasta los últimos términos del mundo? A las heladas brumas del Septentrión, donde no se atrevieron á penetrar las orgullosas legiones del imperio; á las ardientes regiones de la remota India, de donde retrocedieron fatigadas las falanjes de Alejandro; y en fin á ese mundo occidental, cuya existencia ni sospecharon siquiera en su ambicioso vuelo las águilas romanas?

Hoy vamos á visitar, entre los arrumbados escombros del Palatino, las ruinas del palacio de los Césares; y necesitamos que un arqueólogo, armado con toda la autoridad de su ciencia, nos diga: ésta fué, un día, la morada de los señores del mundo!!.... Varias veces recorrí esas ruínas, ya solo, meditando en los sucesos de la historia romana, cuyos recuerdos abrumaban mi espíritu en aquel instante; ya acompañado de otros americanos, que hollábamos curiosos aquellas ruinas, departiendo acerca de las vicisitudes de las grandezas terrenas, mientras la campana del Vaticano

no resonaba en toda Roma, convocando á los divinos oficios en el templo, que guarda la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

II

Por esa misma puerta del pueblo, debió entrar triunfante el ejército de Constantino Magno, después de la derrota de Magencio. — En el *Foro de Trajano*, del cual se conservan todavía en pie algunas columnas, fué donde aquel gran Emperador promulgó el primer decreto favorable á la Religión cristiana, reconociendo al Dios que adoraban los cristianos por el único Dios verdadero.

En fin, por esa misma puerta, á fines del siglo pasado, entraba también cierto día, al caer de la tarde, un religioso franciscano, de estatura más elevada que mediana, rostro demacrado y venerable, facciones severas, cabello cano, indicios de vida laboriosa y penitente, más bien que de edad muy avanzada. Al entrar en la ciudad, ¡ea! dice á su compañero, entonemos el *Te Deum*; y recitándolo alternativamente los dos frailes, siguen su camino á pie hasta llegar á la portería del Retiro de San Buena-ventura en el Palatino. Antes de entrar al claustro, “ahora, dice el anciano

dirigiéndose á su compañero: id al Vaticano y decid al Padre Santo, que he vuelto de Bolonia, que estoy aquí, y que me parto de este mundo" Pocas horas después el buen anciano había partido de este mundo. Ese fraile era San Leonardo de Porto Mauricio; y ese Papa Benedicto XIV El santo había prometido al Pontífice que tornaría á Roma, para morir en la Ciudad Eterna y no en otra parte. Y ahí está, sí, en la misma Roma, ese apóstol de Italia en el siglo XVIII! Bajo el ara mayor del altar de San Buenaventura reposa, durmiendo el plácido sueño de la tumba, al abrigo de la santa y adorable Eucaristía! Yo lo he visto, apretando todavía en la descarnada mano la cédula de los heroicos propósitos, con cuyo fidelísimo cumplimiento se santificó!

Volvamos á la misma puerta del pueblo.—Cosa es digna de atención que las dos entradas á la ciudad estén hermoseadas con iglesias suntuosas dedicadas al culto de la Santa Virgen. Junto á la puerta del pueblo está *Santa María del Pueblo*, iglesia hermosa entre las hermosas iglesias de Roma. Dícese que en aquel lugar ó ángulo, formado por la colina del Pincio y los muros de la ciudad, fueron arrojadas las cenizas de Nerón: mas sucedió que los vecinos

de aquellos contornos principiaron á ser molestados con ensueños y apariciones de vestiglos y fantasmas que, levantándose como de entre el polvo, se hacian contradizos y aterraban á los pasajeros; por lo cual, se discurrió sobre la manera de purificar aquel sitio y santificarlo, edificando allí una iglesia á la Santísima Virgen, como se verificó, mediante las ofrendas y limosnas del pueblo, de donde le vino el nombre de Santa María del Pueblo.

No dudo que una crítica severa tendría razones que oponer á la verdad de este relato; pero la leyenda no dejará, por eso, de ser muy hermosa y profundamente significativa. Esas cenizas de Nerón, de las cuales se levantan fantasmas aterradores, que no se conjuran sino con el culto de la Virgen Inmaculada, ¡cuánto no dicen! ¡qué de cosas no significan!.... ¿Quién es nuestro más terrible enemigo, sino la sensualidad? ¿Quién acaba con los individuos? ¿Quién desuela las familias? ¿Quién arruina las naciones? Sensualidad, casi siempre acompañada de dureza de corazón; amor desenfrenado de deleites sensuales, que hastía el ánimo, lo estraga y le inspira odio secreto á los bienes eternos; impureza, siempre engendradora de incredulidad: ¿cómo ha-

el segundo empadronamiento del imperio.....

Parece que á la colina del Vaticano se le dió ese nombre, porque allá en tiempos remotos, y en edades anteriores á la historia romana, aquel monte era donde ordinariamente residían los sacerdotes, encargados de consultar los hados y pronosticar lo futuro: así es que el ministerio de esos vaticinadores fué parte para que la colina recibiera el nombre que hasta ahora lleva, de Vaticano, ó como si dijésemos, el monte de los oráculos. Empero, el apellido, que de la superstición etrusca recibiera esa colina famosa, se ha convertido en una verdadera realidad, mediante los misericordiosos designios del Verbo Eterno humanado, á quien; en esa colina, le plugo colocar la cátedra infalible de la verdad revelada.

Yo he visto en Tívoli el templo de la Sibila Tiburtina, y he visitado el lugar desde donde ella pronunciaba sus oráculos. En una roca, cuya extremidad se avanza sobre un abismo, allí está el templo redondo, formado por un círculo de columnas, y puesto al parecer, como entre el cielo y la tierra: al frente, por entre riscos agrestes y pintorescos, se despeña un río, ya dejando ver el plateado cendal de sus aguas, ya es-

condiéndolo en grutas oscuras y pavorosas, donde, de repente, contempla uno con sorpresa, temblar el Iris por un momento, y desvanecerse al instante, chocando en aquellas negras rocas: el ruido de las aguas resuena en el estrecho valle y á lo lejos se divisan las olas del río caminando rápidas, ó como adormecidas de fatiga en los remansos. Pero, ¿qué ha sido de la divinidad consultada en ese recinto? ¿dónde está la trípole profética? Cuando el viento zumba por entre las columnas del trastornado santuario, no recoge ya monosílabos misteriosos, ni en las apacibles noches de luna oyen espantados los moradores de esos campos los alaridos de la sacerdotisa, agitada con las contorsiones del frenesí pitónico!! ¡Miserables invenciones de los hombres! ¡Cosas de Dios!! Hoy millones de creyentes, puestos de rodillas escuchan reverentemente los oráculos infalibles de verdad que, desde el Vaticano, pronuncia el Vicario del Hombre Dios en la tierra. Y cuenta que sobre miles de esas cabezas, así inclinadas ante el Papa, veremos brillar la llama del genio, y distinguiremos la corona del saber.

El día dos de noviembre, por la tarde, hice una visita al cementerio de Roma, situado en el Agro Verano, junto á

la basílica de San Lorenzo extramuros. Puedo decir á U. con verdad, que toda Roma había acudido aquella tarde á ese lugar: no había familia que no hubiese llevado una corona ó siquiera un ramo de flores para adornar el sepulcro de sus difuntos; en muchos mausoleos ardían teas funerarias; las galerías estaban llenas de numerosa muchedumbre; y el bullicio de la ciudad, literalmente, aquella tarde se había trasladado á los siempre silenciosos recintos de la muerte. Varias otras veces había estado yo en aquel lugar, y despacio lo había recorrido todo.

El cementerio romano está dividido en dos departamentos: en el primero se hallan las galerías, adornadas y enriquecidas lujosamente con suntuosos monumentos y pinturas al fresco: en el segundo están las sepulturas de los pobres, en la tierra, en el campo, con hileras de árboles que les hacen sombra. Confieso que quedé muy tristemente sorprendido, viendo en el primer departamento algunos sepulcros enteramente paganos, sin señal alguna que manifestara la fe cristiana del difunto y su familia. Esas estatuas desnudas, tendidas ahí sobre un sepulcro, me parecen un insulto á la muerte, porque la muerte tiene como la virginidad su pudor, y

ese pudor es inviolable ¡Sepulcros
v́i sobre los cuales no se hallaba la Cruz!!
¡Y esto en Roma! y junto á las cata-
cumbas de los mártires! La negación
fanática de la inmortalidad del alma,
junto al espléndido testimonio de la re-
surrección de la carne! Todos esos
sepulcros son posteriores al año de 1871.
Y ese horno crematorio, arreglado allí
junto á las tumbas en el cementerio ro-
mano, ¿no está ahí en ese lugar sagra-
do profanando, merced á la sórdida co-
dicia italiana, la augusta religión de los
cadáveres, como en los días del Reden-
tor la sacrílega mesa de los cambistas
judaicos profanaba el templo de Jehová
en Jerusalén? Las carnes del cristiano
son sagradas, y esa práctica pagana no
puede menos de ser contraria á nuestras
creencias.

En el segundo departamento, que es
lo que podríamos llamar el cementerio
de los pobres, no hay monumentos fúne-
bres, ni tumbas de mármol, ni estatuas
de plañideras; pero en una dilatada y
extensa llanura, entre lirios blancos y
morados, cruces innumerables señalan
los sepulcros de los que han muerto con
la fe de la resurrección. La Cruz es,
decía el elocuente P. Lacordaire, el ce-
tro de los pobres; pero es también,
añadía, el último que empuña la ma-

no moribunda de los reyes.

¡Qué de veces la puesta del sol me sorprendió en el cementerio de Roma! Yo no tenía allí tumba ninguna sobre qué ofrendar coronas de flores marchitas; pero, entre ese pueblo de muertos, me encontraba como en reunión de conocidos, como en asamblea de amigos, cuando, desde lo íntimo de mi alma, al apagarse los postreros rayos de la tarde, elevaba á Dios mis plegarias, y le pedía que para todos esos difuntos brillara la luz eterna, que no se apaga jamás: *Lux aeterna luceat eis, Domine!* ¡Santo dogma de la Comunión de los Santos! ¡creencia en el Purgatorio! ¡cuán consoladores sois! Yo no tenía, por cierto, sepulcro ninguno sobre cuya losa depositar mi hacecillo de anapolas mustias y deshojadas, presente pretensioso, con que el mísero polvo lisonjea á la muerte; pero, orando, como cristiano y sobre todo como sacerdote, podía allí, sobre los trofeos de la muerte, sobre la huesa fúnebre, sobre el polvo de las tumbas hacinado, entrar en coloquios con Dios, pidiendo al Criador la vida eterna. *Requiem aeternam dona eis, Domine.*

Tras el vallado del cementerio se dilata el campo, yermo, monótono: el pastor conducía su vacada á pasar la noche en el aprisco; el pito de la loco-

motora, con sus chillidos penetrantes, anunciaba la marcha de los trenes, que salían volando de la ciudad, y oyéndolo yo, me parecía que de cada uno de esos innumerales sepulcros partían una voz, que me decía con Job: los días de mi vida pasaron más rápidamente que el correo que va por la posta: *Dies mei velociores fuerunt cursore.*

Los fríos, con que anuncia su vuelta el invierno, se habían principiado ya á sentir, y las golondrinas andaban revolando, para emprender su viaje á otras regiones: algunas, posándose por un momento sobre la rústica cruz de las tumbas, parecía como que pretendían con sus gorjeos dar el postrer adiós á los muertos.—Esas peregrinas incansables se despedían, yendo en busca de más templados climas; y yo, que siempre he encontrado encanto indecible en notar los contrastes de la naturaleza, sentía tristeza profunda observando cómo esas avecillas se movían con tan agitado vuelo por entre los sepulcros, casi rozando de pasada con sus alas el suelo, donde el otoño iba amontonando las hojas secas que caían de los árboles. ¿No es verdad que también nosotros somos peregrinos en este mundo? ¿No es verdad que, cuando la muerte desata los lazos terrenales, nuestra alma bate

sus alas de angel, tendiendo el vuelo hacia la eternidad? ¡Mil veces dichoso quien entonces lo emprende desde los brazos de la Cruz! ¿No es cierto, amigo mío, que ésa es la aspiración de entrambos?

En fin, hemos recorrido la ciudad, la hemos paseado toda. El santo profeta David, celebrando en los salmos las maravillas de Sión, exclama: “Dad la vuelta en torno de Sión y recorredla toda: *Circumdate Sion et complectimini eam*: contad sus torres, parad mientes en la fortaleza suya: *narrate in turribus ejus, ponite corda in virtute ejus*; y enumerad, sin dejar una, todas sus casas, para que lo narréis á las generaciones venideras: *et distribuite domos ejus, ut enarretis in progenie altera*. (Salmo XL).” Hemos dado la vuelta en torno de la Ciudad Eterna y la hemos recorrido toda: hemos enumerado sus santuarios: hemos contemplado cómo en su fortaleza de firmísima roca se han estrellado los siglos. ¡Ah! ¿y quién podrá contar todas sus mansiones? De uno á otro polo, islas y continentes poblados están de mansiones suyas, y la grandeza de la santa Iglesia Romana dará tema eterno para las alabanzas de todas las generaciones!

IV

Entre las muchas ciudades famosas que hay en Europa, dos llaman principalmente la atención más que todas las otras: esas dos ciudades son Roma y París. Roma, sagrada y veneranda, de grandeza sin igual entre las grandezas humanas, y con un destino providencial en la historia de las relaciones de Dios con los hombres: París, la ciudad más hermosa de Europa y, acaso, la más hermosa del mundo; llena de animación, de movimiento, de vida, emporio de la elegancia, árbitra de la moda, esa Circe del Sena prende en redes doradas á todos los que, en mala hora, llegan incautamente á sus orillas. Todo cuanto ha menester la comodidad, todo cuanto puede desear el capricho ó codiciar la antojadiza imaginación humana, todo se encuentra ahí, no falta nada. ¿Deseáis ser buenos? Tenéis como serlo. . . . ¿Buscáis ciencia? Todos cuantos recursos necesitáis para ser sabio los encontráis allí. . . . ¿Venís en pos de placeres? La copa de Babilonia está rebosando, y la podéis agotar hasta las heces, si acaso tenéis en nada vuestra alma. En ese torbellino de negocios, en medio del bullicio de millo-

nes de habitantes, entre esas oleadas de gente, que os estrechan de todas partes, que os abrumen, también podéis encontraros más aislado, más solitario, más desamparado que en un desierto...

Si vais á Roma, con vuestro espíritu preparado, no podréis menos de recibir en vuestra alma esa influencia sobrenatural, que trasciende de una tierra regada con sangre de mártires é impregnada de la grátisima fragancia de las virtudes heroicas de los santos que han pasado por ella. Si sois hijo sincero de la Iglesia, si amáis á Jesucristo, es imposible que os disguste Roma. Aunque es verdad, amigo mío, que donde quiera encuentra á Dios quien busca á Dios sinceramente; y en el *Bosque de Boulogne*, ó en el *Jardín de aclimatación*, puede elevar su alma á Dios, tanto como en el más religioso santuario de Roma, quien tiene la dicha de creer en Dios. Y ¿por qué no?

Agrupadas en recinto relativamente pequeño, tiene Ud. las producciones más raras y vistosas de la naturaleza, y las faunas de todas las partes del mundo: allí, junto á la corriente de las aguas, que imitando á la naturaleza, ha conducido la mano del hombre por sendas tortuosas, el ánade aliña sus plumas, que, por cierto, las brisas del Nilo

no volverán á orear jamás; al tibio sol de la tarde, calienta sus formas grotescas y exóticas el kanguro de la Nueva Holanda, dormitando sobre el césped; mientras el león de los desiertos del Africa, buscando en vano en los jardines de Lutecia los calores nativos, deja caer lánguidamente, por entre las rejas de hierro de la jaula donde vive apisionado, las huesosas garras, condenadas á ocio involuntario; allí el bisonte del Canadá paca la grama al lado del camello de la Arabia, y ambos codician el pan, con que les obsequia por diversión el niño parisiense; en tanto que el elefante, ese resto póstumo de la fauna gigantesca de remotos tiempos, se deja guiar por entre flores, con un muchacho á cuestas, recorriendo, quien sabe al cabo de cuantos siglos, esos mismos sitios donde el mammut y el mastodonte sombreaban bajo árboles enormes, en la bochornosa temperatura del comienzo de la época cuaternaria. ¡Oh! ¡Quién no se siente impulsado á exclamar: *Quam magnificentata sunt opera tua, Domine*: qué admirables y magnificas son las obras del Señor! *¡Omnia in sapientia fecisti*: en todo brilla su sabiduría!

V

He satisfecho al primer punto de su estinable, voy á procurar satisfacer también al segundo.—La situación presente del Romano Pontífice es muy penosa y juzgo que no exagero, ni pondero las cosas, asegurando que las circunstancias en que se encuentra actualmente el Papa son más difíciles que todas las que ha habido antes en la historia del Pontificado. De algunos monarcas de Persia se cuenta que se complacían en cortar manos y pies á los reyes que cogían prisioneros, y así tan ferozmente mutilados los destinaban á los más viles ministerios en sus palacios. Hé ahí las tendencias y los propósitos de los hombres de la época contra el Papa; y cuando lo vean enteramente mutilado, le dejarán todavía la corona en la cabeza, para mayor irrisión de su ultrajada dignidad.

Al Papa se le ha dejado únicamente aquella libertad que no se niega en ninguna cárcel del mundo á los condenados á reclusión perpetua: puede pasearse por los jardines de su palacio, asomarse disimuladamente á las celosías de su habitación, para echar una mirada melancólica sobre su Roma pro-

fanada; puede recibir ministros extranjeros, embajadores de las testas coronadas; puede dirigir á toda la Iglesia encíclicas y pastorales: hé ahí en resumen todo lo que puede el Papa; pero, como Obispo de Roma, como Jefe universal de la Iglesia, como Vicario de Jesucristo, el Papa está en odiosa servidumbre, y es menos libre, sin comparación, que los Obispos católicos en la Rusia cismática, en la Inglaterra protestante y en lá Turquía mahometana.

Para que Ud. conozca cuál es la situación actual del Papa y se forme alguna idea de ella, recuerde cuál era la situación del Clero de Quito y del Vicario Capitular de la Arquidiócesis en esos tristes y demasiado largos años, que en nuestra República transcurrieron desde el envenenamiento del Ilmo. Arzobispo Checa hasta la gloriosa jornada del diez de enero de 1883, cuando nuestro heroico pueblo de la Capital redimió con su sangre á la Iglesia ecuatoriana, y limpió las afrentas de su Patria. La misma hipocresía, la misma dañada voluntad! . . . Yo no impido, dice el Gobierno Italiano, yo no impido al Papa ninguna de sus funciones pontificales; pero le aconsejo que no salga en público, porque no puedo ser responsable de lo que le sucederá. Lo que

le sucedería, bien claro lo dicen los excesos de barbarie cometidos con los restos mortales de Pío Nono, y eso que se trasladaban como furtivamente, en silencio, en las altas horas de la noche.

Esa ley de las garantías pontificias, de que tanto se habla, es un verdadero ultraje á la Santa Sede; y, prescindiendo de todo lo demás, bastaría solamente que las tales garantías estuviesen, como en efecto lo están, sujetas á la apasionada volubilidad del Parlamento, para que el Papa con sobrada razón las rechazara.

Quien profese los dogmas católicos, no puede menos de mirar con horror la situación actual del Papa.—En la tierra, ¿habrá alguien que sea superior al Papa? Para ser superior ó soberano de una persona es necesario tener derecho de serlo: si Jesucristo estuviese en el mundo, pregunto yo, ¿quién tendría derecho de ser superior del Hijo de Dios? Y ¿quién puede tener derecho de ser superior del que hace en la tierra las veces de Jesucristo? El Papa no puede ser súbdito de nadie en el mundo: los hombres del Gobierno Italiano carceleros serán, pero no soberanos del Papa.

León XIII tiene en su semblante toda la austeridad del sabio, acostumbra-

do á profundas meditaciones; y aunque de su lira mística ha sabido arrancar himnos entusiastas á la santidad y al martirio, su carácter me pareció severo, con severidad templada de dulzura. En su fisonomía, en sus modales, manifiesta los secretos padecimientos de su alma. Cuando canta, para bendecir solemnemente, su voz, robusta y sostenida, le sale de lo íntimo del pecho, modulada con cierto tono de acentuada intención; y se conoce cuánta es la convicción suya en lo sobrenatural de esas bendiciones que dirige á los cuatro ángulos del globo.

El actual Pontífice, tan piadoso como docto, no está reñido con ninguna de las cosas buenas que se hallan en la civilización contemporánea, ni como Papa ha tenido que retractar las doctrinas que enseñó cuando era Obispo de Perugia: “Como la sociedad está compuesta de hombres esencialmente susceptibles de perfeccionarse, no puede “permanecer inmóvil, sino que progresa y se perfecciona.”—Después de hablar de las ventajas de los caminos de hierro, vapores, etc. añade: “Bajo ciertos respectos, ¿no se ha mejorado el sistema político por la influencia del tiempo y de la experiencia?”—Esto enseñaba á su pueblo el actual Pontífice.

en 1877, momentos antes de ser exaltado á la Cátedra Apostólica. ¿Habrá cambiado de ideas? Sus Encíclicas y Constituciones nos responden que no. ¿Por qué, pues, un Papa tan ilustrado y tan amigo de la civilización, permanece cautivo en nombre de la civilización? ¡Ay! amigo mío: en el fondo de la cuestión del poder temporal del Papa se oculta otra gran cuestión, que es la verdadera, cuestión vital, sagrada, la de la Divinidad misma de Jesucristo! El día en que el Papa se resolviera á vender al Maestro Divino, y recoger las treinta monedas, ese día el Gobierno Italiano le daría el abrazo de reconciliación: empero, como ese día, el día de la traición, no ha de llegar jamás, la triste y violenta situación actual se prolongará indefinidamente. Recordará Ud. que, hace más de diez años, publiqué un opúsculo en defensa del poder temporal de la Santa Sede: mis convicciones sobre ese punto se han robustecido más, si cabe, con mi larga permanencia en Roma el año pasado.

La triste situación del Papa se prolongará. ¡Simple de mí! Allá en América pensaba yo que la empleomanía era peste solamente de nuestra tierra; mas aquí me he convencido de que esa maldita roña del trabajo y del pundo-

nor personal tiene llagada también á la sociedad europea. Después de la ocupación de Roma, en 1870, llegó á la Ciudad Eterna un aluvión de gente baldía, de pocas obligaciones, en su mayor parte compuesta de una muchedumbre de empleados y aspirantes, anhelando medrar á expensas del tesoro nacional. En la tierra de Garibaldi, como en todo el mundo, esos paniaguados de toda tiranía, esos cuyos labios siempre ensucia la vil adulación al poderoso, esos tan dispuestos á hacer penitencia pública con Teodosio como á restaurar los altares de los ídolos con Juliano, éstos han sido, son y serán los más calurosos defensores de la situación actual del Papa. ¡Caiga sobre ellos el llanto de la Iglesia!

Si Italia haya ganado ó haya perdido con la formación del reino italiano, es cuestión demasiado compleja y muy ajena de este lugar: no obstante, yo no puedo menos de contemplar con horror esa rápida y espantosa desaparición de las propiedades pequeñas á consecuencia de los impuestos desproporcionados, con que ha sido gravada la industria y, sobre todo, la agricultura. Mientras los economistas están solícitos, con los ojos fijos sobre la balanza social, para que el fiel no se desquicie, ni venga á

tierra el equilibrio entre los productos y las contribuciones, los gobiernos europeos arrojan su masa de Hércules en el plato de los impuestos, y no sólo fomentan sino que, en rigor, causan el pauperismo. El que ayer fué propietario, hoy está convertido en colono, y ¡qué colono! . . . más infeliz que el siervo del terruño en la Edad Media!

En Europa, el Estado no tiene entrañas: todos los años, con dureza sin ejemplar, se rematan los pegujales, las heredades de los propietarios de menor cuantía, que no pueden satisfacer las enormes contribuciones agrarias; así es que el labrador capitalista es un verdadero arrendatario ó administrador de sus haciendas, que todos los años paga al Estado un pecho enorme. El campesino, para no perecer de hambre, ó emigra, ó se sujeta á trabajar, como jornalero del poderoso, en esos mismos campos, que heredó de sus mayores, y que, hasta ayer, eran suyos; y días hay, en los que de su hogar no se levantará el humo, señal de bienandanza, porque el pobre se tendrá por feliz, si consigue un pedazo de pan negro y un racimillo de uvas para acallar su hambre y la de su familia. Entre tanto, los filántropos acicalados hacen resonar las bóvedas de los parlamentos con discursos geme-

bundos en pro de las clases trabajadoras; levántase una algazara de aplausos, la atmósfera se oscurece con el zahumerio que el periodismo palabrero quema á sus oradores, y, no obstante, la suerte del pobre cada día es más infeliz. ¡Oh! si las obras fuesen tan hermosas como las palabras! ¡Oh! si lo fuesen!

Tal es, amigo mío, la triste situación del Papa: tal es la mísera condición del pueblo italiano y de más de un pueblo europeo de raza latina. Yo espero el remedio de la misericordiosa Providencia de Dios, recordando que Dios ha hecho curables los males de las naciones.

Sevilla, setiembre de 1835.



—

CARTA QUINTA.

Mi permanencia en Sevilla.

La situación presente de España. — Mi llegada á Sevilla. — San Isidoro, arzobispo de Sevilla. — Recuerdos piadosos. — Nuestra Señora de los Reyes. — Estragos del cólera. — Memorias de Santa Teresa de Jesús. — La catedral. — El baile de los seis. — Los cuadros de Murillo. — La plaza del mercado. — Castilleja de la cuesta.

I

¡Qué de cosas han acontecido en esta nuestra antigua madre patria en el corto espacio de dos años, que ha que estoy en ella! Los terremotos convirtieron, en un instante, en campos de horror y de tristeza los antes risueños valles de Alhama: el cólera, encruelecido por casi dos años con los reinos de Aragón, Valencia, Jaén y Granada, y ensañado también con parte de la baja Andalucía, ha derramado en innumerables poblaciones espanto, desolación y miseria. Una descomunal guerra con Alemania parecía inminente y hasta necesaria: España sintió revivir de repente en sus entrañas el amortiguado amor patrio, el fuego del entusiasmo la inflamó; y yo, presenciando ese espectáculo, me figuré que iba á ver, con mis propios ojos, retoñar otra vez, en el siempre

generoso suelo español los codiciados laureles de Lepanto y Trafalgar, de Zaragoza y de Bailén En esto, echándose á caminar, muy de prisa, por senda que le parecía de flores, el joven rey Alfonso XII dió consigo prematuramente en la huesa; resultando de ahí que una niña tierna recibiera, como quien dice entre sus juguetes, la pesada corona de Felipe Segundo; legado por demás precioso, y sobre cuya posesión, acaso no muy tarde, disputarán encarnizadamente los numerosos partidos políticos, en que hoy, por desgracia, se halla tan dividida España. Un crimen sacrilego, calculado despacio; un proyecto sanguinario, madurado al calor de la más terca y obstinada venganza; un escándalo tan grave como inesperado, puesto por obra con el más audaz atrevimiento: la furia de los elementos desencadenada, un torbellino que pasa por la capital de la monarquía causando en un instante destrozos incalculables: el nacimiento de un nuevo Rey ¡Cuántas y cuán grandes cosas en tan corto tiempo! ¡Qué de calamidades acumuladas sobre una nación! ¡Oh! si pudiéramos decir, presagiando el mayor bien de España, de esta España, cuyo bien no podrá nunca ser indiferente para los americanos, oh si pudié-

ramos decir, con motivo del nacimiento de este nuevo Rey, lo que en Roma cantaba Virgilio de su niño misterioso:

Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo (1);

pero, ¿quién puede penetrar los secretos de lo por venir?

El padrino del nuevo Rey recién nacido fué el Papa, y se le impusieron los nombres de Alfonso, León, Fernando. Me complazco en mirar como presagio de ventura para ese niño y para la nación á quien deberá gobernar un día, el hecho de haber sido elegido el actual Pontífice para tenerlo en brazos, y llevarlo á las aguas regeneradoras del santo Bautismo. León XIII representa para mí la civilización católica, antigua y venerable, austera y secular: ese Papa, anciano, docto y severo; varón de ciencia y de oración, recibiendo en brazos á un niño, que, por la fuerza de las circunstancias presentes, ha nacido siendo rey, me parece la Iglesia Católica, antigua maestra y nodriza de los pueblos, acogiendo en su regazo á la civilización moderna, para santificarla, enseñando á todos, pueblos y soberanos, gobernantes y gobernados, la única manera de constituirse la sociedad

(1) Egloga IV.

civil, recta, moral y ordenadamente.

Alfonso XIII lleva nombres gloriosos en la historia de las dinastías de los reyes españoles: Alfonso llamado el sabio y Fernando apellidado el santo, para que ciencia y virtud, adunadas en su pecho, lo hagan digno de gobernar un pueblo, todavía grande, á pesar de sus reveses, porque todavía cree y espera en Dios.

II

Pero hablemos ya de Sevilla.

Sevilla es una de las más célebres y populosas ciudades de España: remonta sus tradiciones históricas hasta Hércules, quien pretende que fué su fundador: mas, Hércules, ¿ha existido en verdad? ¿representa, talvez, ese símbolo los esfuerzos de las primeras generaciones, en su lucha con una naturaleza todavía inculta? Sea lo que fuere, lo cierto es que Sevilla es una de las ciudades más antiguas no sólo de España, sino de Europa. César la circundó de muros, y el santo rey Fernando la conquistó, librándola del poder de los árabes y restituyéndola á la civilización cristiana. No puedo menos de confesar que vine á Sevilla azuzado de impaciente curiosidad por conocer el río Guadalquivir,

que la baña y ciñe casi por completo en una grande extensión; pues, ¿no había de tener curiosidad de contemplar, con mis propios ojos, ese río tan celebrado en los versos de los grandes poetas clásicos castellanos, que yo había leído y releído desde mi niñez, haciendo de semejante lectura uno de los más deleitosos encantos de mi vida? Busqué, pues, el camino del río, fuíme á sus orillas, y, viendo la sosegada corriente de sus caudalosas y turbias aguas, le saludé repitiendo casi involuntariamente, á mis solas, los versos, con que le apostrofa el insigne lírico castellano Fr. Luis de León, en su tan conocida *Profecía del Tajo*:

Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,
darás al mar vecino
cuánto yelmo quebrado,
cuánto cuerpo de nobles destrozado!

He visto el Sena de aguas azuladas, el Tíber famoso, de corriente amarillenta, *flabum Tiberim*, el Manzanares, de pobre raudal en holgado cauce, y, por fin, he visto al Betis romano, al Guadalquivir morisco, deslizándose tranquilamente por los campos risueños y pintorescos de la Bética, tan galanamente descritos por el cantor de las *Aventuras*

de Telémaco; y por un momento estuve tentado á creer en la realidad de tan bellas ficciones, percibiendo la fragancia del ambiente, perfumado con el aroma de los azahares de esa muchedumbre de naranjos floridos, que pueblan y hermosean los huertos, las alamedas y los paseos públicos de la capital de Andalucía. A las márgenes del Betis han cantado el sentimental Bécquer, el pulcro Rioja, el grandilocuente Herrera.

Dos cosas, entre muchas otras, recuerdan al viajero que visita Sevilla la mansión de los árabes en esta parte de España; la palmera, esbelta y gallarda, y la no menos esbelta y hermosa torre de la Giralda, que se levanta y descuella sobre todos los edificios de la ciudad, como aquella crece y se empina sobre todos los árboles que la rodean.

No era éste el suelo nativo de la palmera, que vive y prospera en el desierto: el árabe la trajo consigo y la transplantó á esta zona, talvez, para que en medio de las ciudades le recordara los encantos de la vida nómada, cuando, con sus tiendas movibles, andaba errante en la soledad. La Giralda es uno de los mejores monumentos que nos quedan de la arquitectura de los árabes en Europa. En tiempo de la dominación agarena serviría, acaso, entre otros ob-

jetos para atalayar el campo á la redonda, y dar el grito de alerta, cuando se divisaba algún peligro: ahora, con las campanas cristianas, no cesa de dar día y noche la voz de alarma contra las acometidas de otra especie de enemigos invisibles, haciendo señal para la Oración y los Oficios divinos en la majestuosa Catedral.

Entre las glorias de esta insigne ciudad se cuenta, sin disputa, como la mayor á San Isidoro, que la gobernó como su Arzobispo por casi cuarenta años. Este Doctor de la Iglesia, el más ilustre de los Padres visigodos y el más célebre de los prelados católicos del siglo VII, merece con justicia ser llamado el Betis de la ciencia sagrada, en aquella época. ¡Cuánto supo aquel gran Obispo! ó mejor dicho, ¿qué ignoró de todo cuanto supieron los antiguos y los contemporáneos suyos? Si queréis conocer cuán grande fué la ciencia de San Isidoro, leed y estudiad el Libro ó Tratado de sus *Etimologías*, esa grandiosa compilación de todo cuanto se sabía en su época, donde á la par campean una erudición sorprendente, un discernimiento admirable y una sabiduría consumada: lo vasto de las lecturas, lo variado de los estudios, lo altísimo de los pensamientos. Recibe las copiosas llu-

vias del saber humano, que cayeron en lo más alto y remoto de los tiempos pasados; aumenta su caudal con toda clase de conocimientos así sagrados como profanos, y en el siglo VII se presenta aquel río asombroso del saber visigodo, ostentando la sosegada corriente de su doctrina, profunda como las aguas del Guadalquivir, enciclopédica como las ondas del Betis, cuando, hinchado con lluvias torrenciales, saliendo de madre, dilata, según la expresión del poeta, hasta los montes su ribera.

III

Hay á un extremo de la ciudad un antiguo torreón, que formaba parte de las murallas hasta hace pocos años. Demolidas éstas para ensanchar el recinto de la ciudad, el torreón ha quedado aislado, y se conoce, con el nombre de la *Hermita de San Hermenegildo*, porque, según la tradición, allí fué donde aquel santo mártir estuvo preso, y donde lo mandó decapitar su mismo padre, el rey Leovigildo. Si esta tradición es fundada, allí sería donde, al decir del Papa San Gregorio Magno, se oyeron las voces de los Angeles, que con endechas celestiales celebraban la muerte del príncipe cristiano, sacrificado por su

bárbaro padre en odio de la fe romana.

Cerca de la Hermita de San Hermenegildo, en el campo y fuera de las antiguas puertas de la ciudad, está la "iglesia de la Trinidad," donde se visita en un subterráneo la cárcel, en que estuvieron presas las dos santas vírgenes Justa y Rufina, hermanas, condenadas á expiar en cruelísimos tormentos el sacrilegio, que, para los paganos, cometieron echando al suelo, y desmenuzando el simulacro de la diosa Salambona. ¿Fué en esa misma cárcel donde entrambas vírgenes perecieron, Rufina quebrada la cerviz por mano del verdugo, y Justa sucumbiendo al cansancio y á sus prolongados sufrimientos? Pienso que nada se puede afirmar con seguridad respecto de esto.

El cuerpo de San Fernando reposa en la *Capilla de los Reyes*, dentro de la Catedral, guardado en una muy rica urna de plata sobredorada: está seco, enjutas y bastante ennegrecidas las carnes, pero entero é incorrupto, vestido con mortaja de tisú recamado de oro: conserva intacto el cabello; y, á decir verdad, es muy digno de ponderación que, al cabo de seiscientos años, la muerte haya respetado los restos mortales del santo rey, suspendiendo en ellos el curso de sus inexorables estragos.

La Capilla de los Reyes tiene ese nombre, porque, en ella se venera una antigua imagen de la Santísima Virgen, llamada *Nuestra Señora* ó la *Virgen de los Reyes*, la cual se asegura con fundamento que es del tiempo de San Fernando, y mandada trabajar por el mismo santo. Pocas imágenes de la Virgen habrá que exciten tanta devoción como la que profesan á Nuestra Señora de los Reyes los sevillanos: los lugares del contorno se despueblan cuando la Virgen va á salir en procesión, y una compacta y fervorosa muchedumbre se apiña en la plaza y delante de la puerta de la Catedral por donde sale la imagen; pues tienen la piadosa creencia de que la Virgen concede infaliblemente cuanto se le pide aquel día, en aquel instante preciso en que la imagen asoma por las puertas de la Basílica.

El día de la fiesta solemne de la Virgen es el quince de agosto, y, por eso, aquel día se llama en Sevilla el día de Nuestra Señora de los Reyes. Confieso que yo acudí movido de devoción y también de curiosidad, deseoso de presenciar la salida de la Virgen á la calle ¡Cuánto me conmovió aquella escena! Aquel inmenso y variadísimo gentío, en el cual hormigueaban personas de todas clases, estaba distraído,

alegre, inquieto, con aquella expansión y movilidad tan característica del noble pueblo andaluz; pero al punto, en que la tradicional imagen se presentó en el pórtico de la Catedral, todo ruido profano calló, ninguna cabeza permaneció cubierta, no hubo corazón que no se volviera á la Madre de Dios, ni labio que no se afanara en fervorosa oración La imagen, de estatura natural, sentada en un sillón, con aquel semblante tan grave y aquellos ojos tan modestamente bajos, llevando en su regazo al Niño Divino, representaba muy bien á la que es por excelencia Reina y Madre de misericordia; y no pude menos de prorrumpir, con pecho enternecido, en aquellas tan sabidas y á la vez tan sublimes exclamaciones: *Salve Regina, Mater misericordiae*, “¡Dios te salve, Reina, Madre de Misericordia!!!”

Hay costumbre de suspender algunos instantes la procesión en aquel punto, descansando en el umbral para satisfacer la devoción del pueblo, que goza en contemplar la imagen de Aquella, á quien no se sacian de mirar los Angeles en el cielo. ¡Qué espectáculo tan sublime el de un pueblo entero puesto en oración!!

En esos que podemos llamar arbitrios misericordiosos de la gracia divina, su-

ceden cosas maravillosas con las imágenes de la Virgen. Hame cabido la buena suerte de ser muy acepto á los niños y á los jóvenes en todas partes; mas en ninguna lo he sido tanto como en Sevilla, ante la generosa juventud de Andalucía. Cierta día un joven, de nobilísimas prendas morales, y de nada vulgar ingenio, pero en cuya alma, por desgracia, la luz de la fe había sido apagada muy temprano, hablando conmigo, me decía: ¿Qué será? No puedo ver á la Virgen de los Reyes, sin sentir en mi alma una conmoción íntima y hasta un cierto estremecimiento!! ¡Qué ha de ser! le respondí yo: ¿qué ha de ser, sino el aire celestial, que, á pesar nuestro, refrezca nuestras almas, cuando miramos á la Madre del Verbo Eterno humanado? Cuan-
tas veces pueda U., añadí, dirigiéndome á mi amigo y hablándole con autoridad de sacerdote, cuantas veces pueda, acuda U. á recibir en su alma ese soplo de vida.

Al darle este consejo, me acordaba yo muy bien de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *Spiritus ubi vult spirat: vocem ejus audis et nescis unde venit.*—El Espíritu divino, ó la gracia, sopla donde quiere; la sentimos, mas no sabemos de donde viene.—Dios está

siempre con la mano en la aldaba, para llamar á las puertas de nuestro corazón, pidiéndonos que se las abramos.

A esta misma santa imagen acude el pueblo sevillano por consuelo en todas sus tribulaciones, por amparo en todas sus desgracias, por remedio en todas sus necesidades. El año pasado, cuando el cólera estaba desolando la Península, ante esta milagrosa Virgen de los Reyes vino á postrarse en humilde rogativa el Ayuntamiento de la ciudad: las llamas de aquel incendio de muerte, en que se abrasaba toda España, llegaban ya á Sevilla; la ciudad se veía encerrada en un círculo fatal: las medidas extremas y apuradas de salvación se consideraban ya como ineficaces ante la violencia de aquel desolador amago... ¡Qué aspecto tan aterrador presenta una ciudad amenazada por el cólera!... Cuando aquel tremendo huésped está á las puertas, cuando á cada instante se aguarda su entrada, todo inquieta, todo asusta, lo más leve espanta; todos los ánimos están sobresaltados, en la robustez se sospecha un anuncio de enfermedad, y hasta la salud misma se tiene como un heraldo de la muerte: no se habla sino de los que han perecido víctimas de la peste: todos recuerdan los anales del cólera, y des-

criben las epidemias que han presenciado: nadie pregunta otra cosa, sino lo que atañe al contagio ya está en tal ciudad, tal punto ha sido invadido ya: ayer tantos atacados; hoy tantos muertos ¡Qué horror! En la mesa, en el paseo, en la tertulia no se habla de otra cosa; y así como los egipcios introducían en el salón de sus banquetes un ataúd, y lo enseñaban á los convidados, paseándolo al rededor de la mesa donde estaban sentados; así, en todas partes, donde quiera, de día y de noche, á todas horas, está uno viendo con su imaginación el féretro, y le zumban los oídos con el lúgubre chirrido del carro mortuorio, que, repleto de cadáveres, arrastra por carretadas los muertos al cementerio!

Tienen aquí en Sevilla una señal, que dicen que es segura, para conocer si la ciudad será ó no atacada por el cólera. Esa señal es la presencia de las golondrinas y de las cigüeñas en la ciudad; pues, cuando entra el cólera, al punto aquellas aves emigran, huyendo á respirar aires sanos en otras partes. En los primeros días de febrero llegan estas aves á Sevilla: las cigüeñas el día de San Blas, y las golondrinas en la tarde del día de la Purificación: y tan seguro es el día de su llegada, y tan bien cal-

culadas tienen las viajeras sus jornadas, que varias personas salen á las orillas del río para verlas llegar, todos los años el mismo día, poco más ó menos, á las cuatro de la tarde, antes de la puesta del sol.

Todos los días observaba yo, con inquieta solicitud, á esas avecillas, y, viéndolas afanadas en aderezar sus nidos en las ojivas góticas de la Catedral, no dejaba de tranquilizarme, creyendo en las buenas condiciones del aire que respirábamos, puesto que aquellas huéspedes previsoras no habían abandonado aun su posada. Y, ¡bendito sea Dios!, no la abandonaron, sino cuando aquí se comenzaron á sentir los primeros fríos de invierno: en toda la primavera, y en los abrasados días de la canícula se estuvieron aquí, como nuncios de vida, cantando su estribillo y revolando bajo las grandiosas arcadas de la Catedral. ¡Quién no ama con vehemencia la vida! ¡A quién no le horroriza la muerte! y más morir, lejos de la patria, en tierra extranjera, en un hospital de apestados, donde en las angustias de la agonía no se encuentra un rostro amigo, ni se oye una voz conocida. Esas aves viajeras, cuando alzan su vuelo en busca de otros climas, están seguras de encontrar patria conocida y nido propio, ya en los

pórticos egipcios del Cairo, al otro lado de los mares; ya aquí, bajo las bóvedas góticas de Sevilla; pero un extranjero, ¿á la lumbre de qué hogar se arrimará, sin que al instante todos noten como extraña su presencia? No hubiera creído nunca que era tan intenso en nuestro corazón el amor á la tierra patria, á esa tierra donde vimos la luz primera; nunca lo hubiera creído! ya les he dicho en otra ocasión, y ahora lo repito nuevamente, conozco que allá soy muy insignificante, y tan ruín como la achicoria del Panecillo, un tallo de yerba puede hacerme sombra; pero estoy tan adherido á la tierra patria y he hechado tan adentro las raíces de mi amor á la tierra que me vió nacer, que en mi aprecio y estimación no hay cosa que con ella se compare, y pido á Dios, que conserve siempre vivo en mí el amor á las dos patrias, á la de la tierra y á la del cielo.

IV

Pero volvamos á nuestro asunto.

Desde que me puse en camino para Sevilla, tuve presente en mi memoria á Santa Teresa de Jesús, recordando la historia de la fundación del convento de Carmelitas descalzas de esta ciudad, se-

gún la ha referido la misma Santa en el *Libro de las Fundaciones*. Ninguna fundación le fué tan penosa á Santa Teresa, como la de Sevilla, y en ninguna padeció tanto como en ésta; pero también aquí tuvo el consuelo de encontrar á su hermano don Lorenzo, que volvía de las Indias, y acababa de llegar á Sevilla. ¿Qué Indias eran esas? ¿De qué punto de América volvía el hermano de Santa Teresa de Jesús? Volvía de Quito, de cuya ciudad era vecino! Traía consigo á sus tres hijos Lorenzo, Francisco y Teresa, sobrinos de la Santa, y nacidos en Quito, y con dinero traído de Quito se compró la casa en que se fundó el convento. Celebra la Santa como un especial favor del cielo la oportuna llegada de su hermano; y en aquellas páginas inmortales en que trazó la historia de esta fundación, dejó consignado para siempre el testimonio de su gratitud y reconocimiento, por aquella limosna abundante y generosa, con que le acudió entonces su hermano. Pocas veces dinero ecuatoriano se habrá puesto en mejores manos.

Diez años más tarde, San Juan de la Cruz cambió la casa en que habitó Santa Teresa con las primeras monjas, y la trasladó al punto donde ahora está el convento. La primera casa se cono-

ce con el nombre de la "casa de Santa Teresa": es hoy propiedad de un particular, y una inscripción grabada en su fachada recuerda la gloria de que es muy digna por haber morado en ella Santa Teresa. Su dueño la ha destinado para almacén de muebles nuevos.

Hablando yo de estos hechos con la R. Madre Priora del convento, me dijo ella: aquí tiene U., señor, una cosa traída de Quito por el hermano de nuestra santa madre, y me mostró unas cañas de que está formada la reja interior del locutorio, añadiéndome, que por constante tradición del convento se sabía que aquellas cañas habían sido traídas por don Lorenzo de Cepeda, cuando volvió de América, y que aquel locutorio era el mismo que tuvieron las religiosas cuando la fundación del convento en la primera casa, donde moraron con Santa Teresa, en vida claustral. Con viva emoción me dí, pues, modo para mirar esas mis paisanas de Quito, esas cañas afortunadas, considerando cuántas veces arrimaría, tal vez, á ellas su frente fatigada la esclarecida Santa Teresa, cuando por tras del enrejado de ese pobre y modesto locutorio hablaba con su buen hermano Lorenzo.

La niña hija de don Lorenzo, nacida en Quito en la casa que ahora es con-

vento de monjas dominicas, llamado "Santa Catalina", que entonces era casa de su padre, tuvo el mismo nombre de Teresa como su santa tía, y fué la primera carmelita descalza americana: y así Quito tiene la gloria de haber sido la tierra, donde brotó una de las más preciosas flores del Carmelo.

Entre muchísimas reliquias notables, posee este convento, el retrato auténtico de Santa Teresa, trabajado por el lego carmelita descalzo Fr. Juan de la Miseria; el manto blanco de lana que llevaba la Santa, y el manuscrito original del *Libro de las Moradas* ó Castillo interior del alma, obra en que brilla más el talento intuitivo de la Santa, y en la que se encuentran observaciones sobre la naturaleza del alma, verdaderamente asombrosas. Si el solo calificativo de Santa, que la Iglesia le ha discernido á la ilustre hija de Avila, no la ensalzara sobre toda ponderación, yo diría en elogio de ella, que es justo orgullo de la nación española y grande honra de la familia humana.

V

En la misma Capilla de los Reyes, de que hablaba á ustedes hace poco, hay una cripta sepulcral bajo el altar mayor, y allí reposan, en urnas guarneci-

das de terciopelo, los restos de algunos personajes célebres; entre ellos ví los de don Pedro el Cruel, y los de la histórica Doña María de Padilla, á quienes, al cabo de tantos siglos, ha vuelto á juntar la suerte, pero no ya en el escándalo del trono, sino en la humillación del sepulcro. También en la misma Capilla subterránea está la imagen de *Nuestra Señora de las Batallas*, que llevaba siempre consigo el rey San Fernando: es de tamaño regular, y formada de un solo trozo de marfíl. La espada del santo rey es otra de las prendas más preciosas y notables que se guardan en la misma capilla de los reyes. La espada se custodia en una arca, colocada en el altar mayor á los pies de la Virgen; y todos los años se saca y expone solemnemente dos veces: una el día del santo, y otra el día de San Clemente Papa y mártir, el 23 de noviembre, aniversario de la toma de Sevilla ó de la entrada triunfal del santo en esta ciudad. ¿Dónde podía custodiarse mejor ni más dignamente esa vencedora espada del padre de Alfonso el Sabio, que á los pies de la Virgen? Puesta allí, representa muy bien el noble destino de la autoridad pública, la cual no es, ni puede ser, civilizadora, sino cuando tiene por guía la Revelación Cristiana.

Muchas cosas, y muy notables, pudiera escribir á ustedes acerca de la Catedral de Sevilla; mas para no ser demasiadamente largo, me limitaré, por ahora, á decir una palabra de cierta práctica ó ceremonia religiosa, exclusivamente propia de esta Catedral: esa ceremonia es el *Baile de los Seises* delante del Santísimo Sacramento.

Los Seises son niños de nueve á diez años de edad, visten un traje muy galano de seda recamado de oro, semejante poco más ó menos al que suelen llevar algunas antiguas imágenes del arcángel San Miguel; con cierta especie de faldón corto, que no les cubre las rodillas: su tocado es un sombrerillo con elegantes airones blancos.

Por la tarde, terminado el Oficio Divino, suena la orquesta, y á ese tiempo salen los niños al plano del altar mayor, se dividen en dos alas, unos á la derecha y otros á la izquierda, y permanecen arrodillados delante del Santísimo Sacramento, hasta que la música hace señal para comenzar los acompasados y misteriosos movimientos de la danza, á una con el canto: pónense de pie, mirándose de frente los unos á los otros: dan principio al canto, y al compás de la modulación de las voces, acompañan los contrapuntos del baile: cúbrese

las cabezas con el sombrerillo, y se van aproximando, lenta y pausadamente, hasta mezclarse y confundirse: ya se acercan, ya se alejan: tan pronto rodean en círculo, como se dividen y esparcen: ahora apresuran el paso y se agitan á prisa; ahora firmes no se mueven, sino que oscilan, siguiendo siempre la pausa ó la vehemencia de su canto: llega un momento en que todos acordes exhalan ayes suavísimos, y los repiten, dando al timbre de sus voces juveniles una entonación conmovida y apasionada, y entonces la danza ya no guarda cadencia ni compás, precipita sus movimientos, y van, vienen, giran y se agitan cual si estuviesen poseídos de éxtasis amoroso, exclamando: "ay, ay, Jesús mío, inflámame en tu amor!!" Los airones de los sombrerillos tiemblan en el aire; callan las voces y tocan las castañuelas ó palillos que llevan á la mano, haciéndolas herirse con rapidez y cadencia, á golpes interrumpidos. Me preguntarán ustedes acaso, si me agradó el baile de los Seises, y ¿qué juicio formé yo de esta ceremonia?

La adorable Eucaristía es el mismo cielo en la tierra, y, si bien lo consideramos, uno de sus milagros ó portentos es mantenernos en nosotros mismos cuando nos ponemos delante de la Hos-

tia Santa; pues, si entonces las potencias de nuestra alma obrasen libremente, se arrebataría en éxtasis soberano, saldría fuera de sí misma, y en aquel delirio de admiración y de amor ¡ah! ¿quién puede decir lo que haría? . . . ¡Daría gritos de asombro callaría, quedándose muda ante la belleza inefable de Jesucristo saltaría de contento . . . permanecería inmóvil, deseando saciarse en la fuente de aquella dicha incomprensible!! David, depuestas las insignias reales, y danzando delante del Arca de la alianza, con la lira inspirada en la mano hé ahí, á lo que yo alcanzo, la explicación del Baile de los Seises en la Catedral de Sevilla. Yo lo oí siempre con mucho agrado, y confieso que su canto me encantaba positivamente.

Tres veces al año tiene lugar esta ceremonia: en los tres días de carnaval, durante los cuales está manifiesto el Santísimo Sacramento: en todo el octavario del Corpus, y asimismo en todo el octavario de la Inmaculada Concepción; y en los bailes de esta festividad llevan los niños el uniforme de color azul celeste.

VI

Sevilla es verdaderamente un museo de cuadros: aquí ha florecido una de las más famosas escuelas de pintura que ha habido en el mundo. ¿Quién no ha oído hablar de la Escuela Sevillana? ¿Para quién en el mundo civilizado es desconocido el nombre de Murillo, el gran pintor de la *Pura y Limpia Concepción*? ¿Qué pincel! ¿Qué mano! ¿Qué inspiración la de aquel genio!

Zurbarán, austero y meditabundo, es admirable pintando la mortificación, la penitencia, el recogimiento, en sus frailes, pálidos, enjutos, contemplativos: ya los represente con sus ojos clavados en tierra, como en su "San Bruno delante de Urbano II"; ya con la vista elevada al cielo y la frente bañada en luz divina, como en su inimitable "Santo Domingo" (1).

Roelas, magnífico, grandioso, quisiera hacer revivir en sus cuadros toda la Biblia, representando, de una sola pincelada, dirémoslo así, como en el cuadro

(1) Zurbarán, extremeño, pintor del tiempo de Felipe IV, murió en 1662.—El cuadro de San Bruno se halla en el Museo provincial de Sevilla: y el de Santo Domingo, en la Universidad, en la pieza rectoral.

de la "Adoración del Niño Dios", en-
trambos Testamentos (1).

Pero, ¡cómo descuella Murillo entre
aquellos grandes maestros! Es el pintor
de la devoción cristiana, pero de la de-
voción ardiente, tierna, fervorosa, inspi-
rada por el amor filial y la santa con-
fianza!

Aquellos *San Antonios*, en que una
misma idea está representada de una ma-
nera tan original, tan nueva, tan encan-
tadora: en el "San Antonio de la Cate-
dral," los cielos se rasgan de repente, un
trozo de gloria va como á caer en la po-
bre celda de San Antonio: el primer
movimiento del Santo debió ser de re-
verencia y adoración: pero, al ver
que el Niño divino desciende hacia él,
con impulso de la más fervorosa devo-
ción, se levanta, extiende los brazos y
quisiera volar á su encuentro: tal me
parece el momento en cuya situación
lo ha representado el pintor. Los ojos
del Santo están fijos en el Niño, y, arro-
bado en el objeto de su amor y devo-
ción, nada ve de todo aquel cortejo de
Angeles de que se ha poblado su celda.

En el "San Antonio grande del Mu-

(1) Roelas fué maestro de Zurbarán: el cuadro á
que aludo, de dimensiones muy grandes, está en el
altar mayor de la iglesia de la Universidad, la que
en lo antiguo era Casa profesa de los Jesuitas.

seo" no hay más que dos solas figuras: la del Niño Jesús, y la del Santo: se acerca éste á adorar al Niño que está sentado sobre un libro abierto: la fisonomía del santo es de ejecución admirable: en aquella cara están diestramente expresados el deseo vehemente, el temor profundo, la confianza, el apresuramiento, la cariñosa reverencia, afectos de que no pudo menos de estar poseída el alma de San Antonio, en aquellas visiones de la infancia de nuestro adorable Redentor, con que plugo al Cielo regalarlo.

En las *Concepciones* se conoce cuán alta idea tenía formada el artista de la grandeza incomparable de la Madre de Dios: yo no me fijo ahora en los rasgos característicos con que Murillo delineó la belleza exterior del rostro de la Virgen, pues es imposible que el tipo del artista no sea, en buenas cuentas, más que la hermosura natural "idealizada" de las facciones que está acostumbrado á ver siempre toda su vida; me fijo solamente en aquella actitud de santo arrobamiento, de éxtasis contemplativo, de amable majestad, que acertó á expresar en sus Vírgenes. No quiso nunca Murillo pintar la Concepción en la tierra; se la representó siempre en una esfera de luz y de gloria, reverberando

con los esplendores de la gracia sobrenatural: en los cuadros del gran pintor sevillano la Inmaculada flota entre el cielo y la tierra; el artista se la ha imaginado en el momento de ser criada, y la vió venir á la vida, llena de la plenitud de la gracia: no son, no, los yertos abismos de la nada de donde sale; parece cual si, en trono de Angeles, descendiera del cielo á la tierra, y que el soplo vehemente de los vientos, agitando su vestido, formara anchas combas de su manto. Y ¡cuánto contribuyen á realzar la hermosura del conjunto aquellos grupos de angelitos! No se cansa uno de admirar aquella frescura de las carnes, tan mórbida, tan delicada, en la casta desnudez de sus cuerpecitos celestiales. Murillo es el pintor de la infancia: ¡qué candor! ¡qué dulzura! ¡qué gracia tan amable la de sus niños!

Murillo formó discípulos eminentes, y tanto en las obras de aquel insigne maestro, como en las de sus esclarecidos discípulos, se puede estudiar la Estética cristiana, dirémoslo así, de los pintores españoles de aquella época. Una manera vigorosa de representar en el lienzo la realidad repugnante de las miserias humanas, y una habilidad esmerada para poner ante los ojos de lo

expectadores la excelencia del dogma cristiano, dando á los objetos y á las figuras de sus cuadros aire y expresión de grandeza sobrenatural, tales me parece que son los rasgos más notables de los artistas de aquella época.

Compadre, esto no se puede ver sin taparse las narices, le decía Murillo á Valdés Leal, elogiando el cuadro alegórico, en que éste pintó: "El término de las grandezas humanas," *Finis gloriae mundi*. Y, por cierto, aquel obispo medio podrido en el ataúd, aquellos girones de mortaja, esos huesos denegridos, y aquel revuelto cementerio horripilan al mirarlos.—*Vuestros tiñosos no se pueden ver sin asco*, le contestó Leal á Murillo, aludiendo al cuadro de Santa Isabel, que el gran maestro acababa de pintar para el Hospital de la Caridad (1).

Debemos concluir ya esta carta, que va muy larga. El año pasado, en el verano, atravesaba yo por la plaza del mercado, observando la multitud y variedad de cosas que allí se vendían; pues aunque sacerdote, no estoy tan

(1) Los cuadros alegóricos de Valdés Leal están en la iglesia de la Caridad en Sevilla; son dos, de dimensiones grandes. La Santa Isabel de Murillo está en Madrid, en la Sala de Juntas de la Academia de San Fernando.

espiritualizado como aquel filósofo griego, que, paseándose por entre las verduleras de Atenas, exclamaba jactancioso: *Quantis rebus ego non egeo*: ¡De cuántas cosas yo no he menester! . . . Por el contrario, yo ponderaba de cuantas cosas ha provisto la solícita Providencia á la necesitada familia humana, mientras peregrina en este mundo: mas, hé aquí que, á un extremo de la plaza, topo con una cosa de la que, por cierto, ni yo ni el griego aquel habíamos menester, pero sí, y mucho, los chiquillos de Sevilla. . . . ¡Un número considerable de grillos chillones, encerrado cada cual en su jaulita de alambre! El ruido que formaba el campanileo de tantos grillos chillando á porfía todos á un tiempo: aquel hervor de graznidos tan libre, tan penetrante, tan arbitrario, tan tenaz, ¿saben ustedes lo que se me figuró? Periodistas en época de revolución: sólo estaba callado el grillo que tenía su gajo de tomate en qué picar.

A los chiquillos de Sevilla les gusta el juguete de ese animalejo, que los entretiene y divierte con su canto ó chillido; así es que, los compran, prefiriendo los grillos machos por su chillido más recio y penetrante; y, por esto, en el mercado, además de flores olorosas,

melones, frescos y regalados, y gruesos racimos de uvas, hay también grillos chillones, de á dos y hasta de á cuatro cuartos.

VII

Una palabra sobre Castilleja de la Cuesta, y otra sobre las Ruínas de Itálica, que tan próximas están á Sevilla, y concluiremos.

Castilleja es una aldea pequeña, cuyas casas, esmeradamente blanqueadas, como las de todos los pueblos de Andalucía, se destacan y divisan á lo lejos, en la cima de una eminencia, lo que le ha valido con razón el distintivo de *Castilleja de la Cuesta*. En esta aldea pasó, retirado pero no oscurecido, los últimos años de su vida Hernán Cortés, el famoso conquistador de Méjico: se conserva todavía la casa en que murió, y en las piezas donde tenía su habitación ordinaria se guardan varios retratos suyos y algunas prendas y objetos mejicanos, así antiguos como modernos; entre éstos los cigarros que tenía el emperador Maximiliano cuando lo fusilaron en Querétaro; y entre aquellos, el relicario que llevaba en la conquista el P. Olmedo, capellán de la expedición de Cortés.

Al otro lado del río, y hacia el Oeste de Sevilla, se visitan en la jurisdicción de la pequeña villa de Santiponce las *Ruinas de Itálica*, de las que, en todo rigor, no hay actualmente más que el anfiteatro: lo demás todo es campo deshabitado, sembrado de olivos ó cubierto de melonares. Nadie, por medianamente versado que se encuentre en literatura castellana, ignora la "Canción" de Rodrigo Caro á estas ruínas. Excusado será por lo mismo decirles que yo no daba un paso sin repetir algunos versos de tan acabada poesía; y, para que nadie pudiera olvidarla, una columna de mármol blanco, hincada en medio del anfiteatro, tiene esculpidos los cinco versos, con que el poeta describe lo arruinado de aquel edificio, donde las briznas de amarillo jaramago están ahora todavía como en los días de Caro, afrentando á los dioses paganos, arruinados juntamente con aquel suntuoso monumento, que en su honor fué levantado.

Este despedazado anfiteatro,
ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido á trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago.

Itálica, la famosa Itálica, la cuna del

poeta Silio, la patria de Trajano, de Adriano y de Teodosio, emperadores romanos, es hoy verdaderamente campos de soledad, mustio collado, sin que ni la Historia misma acierte á decirnos cuándo ni cómo pereció.

Sevilla, mayo de 1886.

CARTA SEXTA.

Recuerdos de Santa Teresa de Jesús.

España patria de Santa Teresa de Jesús.—La ciudad de Avila, lugar de su nacimiento. — El monasterio de San José. — El monasterio de la Encarnación. — Medina del Campo. — Salamanca. — Mi peregrinación á Alba de Tormes. — El corazón de Santa Teresa. — Carácter de su santidad.

I

Con mucha razón me piden ustedes que les refiera algo acerca de los recuerdos que se conservan de Santa Teresa, en la tierra que tuvo la felicidad y la gloria de ser cuna de la santa. ¿Era posible venir á España y no hacer una peregrinación especial á los lugares santificados por Santa Teresa? ¿Cómo no buscar de propósito los recuerdos de la amante fervorosa de Jesucristo, ahora cuando tanto se obstina el siglo en blasfemar de Nuestro Redentor? . . . He buscado, pues, las huellas de Santa Teresa; he investigado sus recuerdos: mi devoción está satisfecha. Ahora, dejando aparte las memorias de la Santa que se conservan en Córdoba, Toledo,

Madrid, Alcalá de Henares y Medina del Campo, les hablaré tan sólo de mi visita á Avila, la ciudad de su nacimiento, y á Alba del Tormes, el lugar donde está su sepulcro y donde se conservan su cuerpo y su corazón maravilloso.

El viaje de Madrid á Avila no deja de presentar algunas molestias, relativas se entiende, atendida la comodidad de que se disfruta actualmente en viajes y caminos. Eran pasadas las doce de la noche cuando llegué á Avila: las calles de la ciudad estaban completamente en silencio, y aun se sentía un poco de frío, con estar en julio y en los primeros días de la canícula. Tan embebido iba yo en los recuerdos de Santa Teresa al llegar á Avila, que recibí una sorpresa brusca y desagradable oyendo de pronto, muy cerca de mí, algunas de esas palabras desnudas y obscenas, que tan frecuentes son, por desgracia, en boca del pueblo español: aquel golpe, dirélo así, me hizo recordar que estábamos muy en este mundo; y ya no pensé más que en la posada, donde había de descansar lo restante de la noche.

Al día siguiente por la mañana, mi primera visita fué al convento de San José, el primero de Carmelitas descalzas que fundó Santa Teresa.

El convento se halla actualmente en

el mismo sitio en que fué fundado por la Santa, á un extremo de la ciudad, fuera de las murallas y en un verdadero arrabal de la población. La iglesia es sencilla y pequeña, sin tener nada de suntuoso ni de notable: principi6se en los días de la Santa y se concluy6 años después. El convento, poco más ó menos, se conserva como estaba cuando habit6 allí Santa Teresa, cinco años seguidos, “los más descansados de su vida, y cuyo sosiego y quietud echaba harto de menos su alma,” en los trabajos de las fundaciones.

En el mismo atrio de la iglesia, á la mano derecha, se conserva todavía en el mismo estado la primitiva capillita que sirvió de iglesia, cuando la fundación del convento: es tan reducida y pequeña que, yo no hallo con cual de las de Quito poder compararla, á no ser con una de Nuestra Señora del Rosario, que había en el barrio de la Tola. Cuando San Pedro de Alcántara vió la capillita y el convento, exclamó: “Esta es verdaderamente casa del Señor San José, porque esto me recuerda el hospicio de Belén.” La pobreza y estrechez del primer convento de Carmelitas descalzas encantaban y llenaban de devoto entusiasmo al admirable San Pedro de Alcántara.

¡Qué de trabajos! ¡Cuántas contradicciones padeció la Santa, para poner por obra la fundación de éste su primer convento! ¡Mas cuál no fué la alegría de su alma el día en que lo vió fundado! *Fué para mí como estar en una gloria ver poner el Santísimo Sacramento*, nos dice ella misma. Esto fué el día de San Bartolomé del año de 1562: dos años después, terminadas, por fin, las persecuciones que le suscitaron por la fundación del convento, cuando le fué concedido permiso de volver á su anhelado retiro, antes de entrar á la clausura, vino primero á la iglesia, y arrodillada aquí, en el suelo de esta humilde capilla, mientras daba gracias á Dios, tuvo aquel arrobamiento, en que vió que Nuestro Señor la coronaba, agradeciéndole lo que había hecho por la gloria de la Virgen su Madre.

En este convento se guardan, entre varias otras reliquias de la Santa, dos libros impresos, en que ella solía leer á menudo, y son *Los Morales de San Gregorio Magno sobre Job*, y el *Abece-dario espiritual*: entrambos están llenos de señales y de llamadas, puestas de mano de la Santa, con pluma, á los lugares que, sin duda, le impresionaban más. Las señales consisten en crucecitas hechas al margen; en rayas, con que se

hallan testadas algunas cláusulas; y en líneas, que encierran un pasaje entero (1).

Entré á la portería deseoso de hablar con las religiosas: llamé al torno, y la hermana tornera hubo de preguntarme necesariamente quién era yo: díjele que era sacerdote, que iba de América y que era nativo de la tierra de don Lorenzo de Cepeda y de Teresita de Jesús. Al darle yo estas señales: ¡ay! ¡de Quito!! . . . exclamó sorprendida la religiosa, manifestando así que no le era ignorado el nombre de nuestra ciudad natal, merced á las relaciones de la familia de Santa Teresa con nuestra patria. Aquí, en nuestra iglesia está enterrado el hermano de nuestra santa Madre, me añadió la religiosa: y, en efecto, allí en la iglesia visité el sepulcro de don Lorenzo de Cepeda: está

(1) Reliquias de Santa Teresa que he venerado en el convento de San José de Avila.

Un hueso, que me pareció el de la clavícula.

La correa, con que iba ceñida.

Los dos libros, de que acabo de hablar.

Un jarrito de barro, que le servía para beber agua.

Un pañito de lienzo empapado en sangre. Esta sangre era la que seguía á la transverberación, que más de una vez causó á la santa vómito de sangre.

Un tamborcillo.

Un par de silbatos. Estas prendas servían para solemnizar, en horas de recreación, la fiesta del Nacimiento del Niño Dios.

adosado al muro izquierdo de la capilla de San Lorenzo, construída á sus expensas; y sobre la lápida se lee el sencillo y breve epitafio, que Santa Teresa puso á su bueno y predilecto hermano. En una sepultura de la misma capilla, al pie casi del altar, están los restos mortales de los padres de la Santa, años después de la muerte de ésta sacados del cementerio común y traídos á la capilla, donde reposaban los de su hermano.

II

Existe todavía el convento de Agustinas, llamado *Nuestra Señora de Gracia*, donde estuvo Santa Teresa algún tiempo como educanda, y del cual fué capellán Santo Tomás de Villanueva.

El convento de la Encarnación es, á no dudar, uno de los más célebres de la Iglesia Católica. Allí vistió Santa Teresa el hábito de carmelita: allí profesó y allí vivió y se santificó durante treinta años, recibiendo de la mano de Dios gracias y beneficios espirituales asombrosos.

Ocupa el convento una extensión considerable en la parte baja de la ciudad, á un extremo de ella, en el campo, casi completamente apartado de pobla-

do. Santa Teresa, que además del sublime don de la contemplación, poseía una alma dotada de un sentimiento estético delicadísimo, celebra la situación hermosa y pintoresca de su monasterio, diciéndonos que “le aprovechaba mucho ver campos, agua, flores, porque en esas cosas hallaba memoria del Criador, y la despertaban y recogían y servían *como de libro* Yo tendí mi vista en todas direcciones, ansioso de leer las grandezas divinas en ese mismo libro, en que tanta materia de meditación había encontrado el alma contemplativa de Santa Teresa. Las extensas y uniformes llanuras de Castilla se dilataban hasta perderse en el horizonte á las faldas del Guadarrama: era la hora, en que principia á soplar el viento, después del mediodía: las mieses estaban agavilladas en las éras, los rastrojos amarillaban á lo lejos, y uno ú otro torbellino de polvo se levantaba, de cuando en cuando, en los caminos enturbiando por un momento el diáfano cielo de verano; ni había más rumor que el misterioso de los viejos árboles del monasterio, cuyas copas se balanceaban con el viento. Un poco me detuve contemplando este panorama, antes de llegar al monasterio.

La ciudad de Avila ocupa una posi-

ción particular, pues parte de ella está situada en una eminencia, y parte en lo bajo hacia entrambos lados: la parte alta conserva todavía intactas sus murallas, y dentro de su recinto se halla lo más antiguo de la población; andando los tiempos, fueron edificándose muchas casas é iglesias fuera de los muros, con lo cual se vino á formar una nueva ciudad, al rededor de la antigua. El convento, como edificio, no tiene nada, absolutamente nada de notable: lo que lo hace famoso es la memoria de Santa Teresa de Jesús.

En tiempo de la Santa vivían en el convento más de cien monjas, circunstancia que obligaba á tener más de un locutorio, ó, mejor dicho, varias rejas separadas en el mismo locutorio: ahora el número de religiosas es muy reducido, pero la portería, el torno y los locutorios se conservan en el mismo estado, en que se hallaban en los días de la Santa. Por esa portería atravesó muchas veces: en uno de esos locutorios fué reprendida severamente por Nuestro Señor, que se le apareció allí atado á la columna, echándole en cara su tibieza: allí mismo fué aterrada por la presencia del demonio, en figura de asqueroso sapo: en otro de esos locutorios estaba un día hablando con San

Juan de la Cruz acerca del adorable misterio de la Santísima Trinidad, y fueron ambos arrebatados en éxtasis: en el locutorio alto conferenció con San Pedro de Alcántara y con San Francisco de Borja acerca de la Reforma del Carmen, que Dios le había mandado llevar á cabo. Unos cuadros pequeños, puestos en el lugar en que cada uno de estos hechos sucedió, lo recuerda al que visita el monasterio.

De la iglesia nada hay que decir; considerándola desde el punto de vista artístico; pero cada una de sus partes, cuántos devotísimos recuerdos no inspiró á mi alma!! En el altar mayor celebró muchísimas veces el Santo Sacrificio San Juan de la Cruz, mientras fué capellán del monasterio: en una de sus tribunas tuvo el santo la célebre visión de Nuestro Señor Crucificado (2): en el coro alto, en el coro bajo, durante treinta años, oró Santa Te-

(2) Se guardan en el monasterio el cáliz, con que celebraba la misa San Juan de la Cruz y la estampa de Nuestro Señor crucificado que dibujó á pluma el mismo Santo después de su visión: las religiosas quisieron ponerme el cáliz del santo para que celebrara el Sacrificio, pero confieso que no condescendí, porque me dió horror de tomar yo en mis manos para la misa el cáliz, con que la había dicho el Santo. Pero, ¡y no tomaba yo el cuerpo adorable del Señor!! Ciertamente: mas así son las cosas del hombre.

resa: en el comulgatorio tuvo las admirables revelaciones con que el Señor la regalaba con frecuencia después de recibir la Divina Eucaristía ¡Oh la Encarnación de Avila es verdaderamente un santuario! Pocos lugares habrá tan venerables como este monasterio: todo en él inspira devoción!

A la izquierda de la iglesia está la celda en que vivió Santa Teresa, ahora convertida en capilla. Cuando demolicieron la antigua celda, para edificar en su lugar la capilla que hay al presente, se oyeron voces misteriosas que decían: *La tierra que pisáis es tierra santa!!* Santa era en verdad aquella celda: allí fué donde más de una vez el Ángel traspasó el corazón de la Santa con un dardo de oro encendido: ese lugar fué testigo de grandes maravillas, de virtudes heroicas, de visiones extraordinarias, que transformaron en un cielo la pobre celda de la humilde carmelita de la Encarnación (3).

(3) Reliquias de Santa Teresa que veneré en la Encarnación de Avila.

La toca de la Santa, por cierto, bien remendada.

La llave de la celda.

Un paño curiosamente bordado por ella misma para la ceremonia del Lavatorio, el Jueves Santo.

Un cantarillo de barro en que tenía el agua en su celda.

El Crucifijo que llevaba en los caminos, cuando fué á algunas de las fundaciones.

Dos temporadas habitó Santa Teresa en la Encarnación: la primera, como simple monja, durante veintiocho años: la segunda, en 1572, cuando regresaba á Avila después de la fundación de los conventos de Alba y de Salamanca, y la obediencia le obligó á tornar al de la Encarnación con el cargo de Priora. En esta segunda ocasión fué cuando se verificó la bajada de la Virgen Santísima al coro alto de este convento, un sábado por la tarde, mientras las monjas con Santa Teresa estaban cantando la *Salve*: la Reina del cielo ocupó la silla prioral é innumerables ángeles poblaron el coro: desde entonces las monjas no han vuelto á ocupar las sillas antiguas, por reverencia á tan señalado prodigio. En el coro bajo, á pocos pasos del comulgatorio, fué donde un día, apareciéndose Nuestro Señor Jesucristo á la Santa, se desposó con ella, dándole, cual arras misteriosas, el clavo de la mano derecha y protestándole que desde aquel momento su adorable Majestad miraría como suya propia la honra de su sierva. ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuán conmovedores! Me parece una ilusión, un sueño cuanto he visto y cuanto ha pasado por mí! El Señor se ha dignado concederme el beneficio de orar en tan san-

tos lugares y de derramar en su divino acatamiento mi corazón acongojado! ¡Sea por siempre bendito su santo nombre!

A las cuatro de la tarde, salí de la Encarnación, enteramente sólo, para que mi espíritu, en mayor recogimiento, pudiera entregarse, sin obstáculo, á la consideración de los recuerdos que inspira la vista de aquellos lugares. Al frente del monasterio, al otro lado del valle y en la eminencia, se presentaban los muros de Avila: debía yo atravesar el valle y subir hasta la Catedral, para de ahí descender nuevamente al convento de Santo Tomás, que está al otro lado de la eminencia, y también aislado en el campo, como el de la Encarnación: emprendí, pues, mi camino, ponderando el gran número de veces que Santa Teresa lo había recorrido: llegué á la antiquísima Basílica de San Vicente mártir, que está fuera de los muros, visité la capilla subterránea de la Virgen, adonde bajó á orar Santa Teresa cuando iba á la fundación de San José, y reconocí el punto en que, según la tradición, se sentó la Santa para descalzarse.

El convento de Santo Tomás pertenece á los religiosos dominicanos, y es muy célebre en la vida de Santa Tere-

sa: su iglesia fué muy frecuentada por la Santa: en una de sus capillas recibió uno de los más señalados favores de la Santísima Virgen y de San José; y el P. Báñez y el P. García de Toledo, principales defensores de la Santa, vivieron en los claustros de este convento ennoblecíendolo con sus virtudes y sus letras. Ahora, por fortuna, está habitado por una numerosa comunidad de dominicos, los cuales, cuando yo visité su iglesia, estaban en el coro á la hora de Completas.

III

Réstanos visitar la casa donde nació Santa Teresa y donde vivió hasta la edad de diez y ocho años. Se halla casi en el centro de la ciudad y está convertida en iglesia: el aposento en que nació y la recámara de su habitación ordinaria son la capilla dedicada á la Santa, y el cuarto de su padre sirve como de sacristía ó camarín, donde se guardan las reliquias. Entre éstas hay dos muy notables, que son el dedo índice de la mano derecha y el rosario que llevaba á la cintura, tan venerable y sagrado por haberlo tocado Nuestro Señor Jesucristo. Existe todavía, convertida en jardín, una parte pequeña

de la huerta, en que la Santa, cuando niña, jugaba á las hermitas con un hermano suyo de su misma edad (4).

La pila en que fué bautizada está en la iglesia de San Juan; y fuera de la ciudad, en el camino de Salamanca, una cruz de piedra señala el punto en que la encontró su tío, cuando siendo de siete años de edad había tomado el camino para ir á tierra de moros, deseosa de padecer el martirio, enseñando la fe católica.

Para ir á Alba es necesario pasar á Medina del Campo, donde se toma el tren para Salamanca: desde esta ciudad á la villa de Alba el trayecto se hace en diligencia. Salamanca conserva muchos recuerdos de Santa Teresa: visité la casa en que fundó el convento de carmelitas, la cual, hasta ahora, se conserva en el mismo estado en que se encontraba cuando la alquiló Santa Teresa, con el designio de hacer la funda-

(4) Reliquias de la Santa, que se conservan en su casa, hoy iglesia y convento de Carmelitas descalzos:

El dedo índice de la mano derecha.

El rosario.

La sandalia.

Un bastón, en quo se apoyaba en el camino, cuando iba de viaje.

Una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, pintura al óleo, pequeña, muy hermosa.

Uno de los crucifijos que llevó á las fundaciones.

ción del convento. Observando yo esa casa, grande, desmantelada, me parecía que acababan de salir de ella los estudiantes, á quienes había estado dada en arrendamiento, y que, en la tarde del día de Todos Santos, entraba en ella Santa Teresa con su asustadiza compañera, cuyos miedos y cavilaciones nos refiere tan graciosamente la misma Santa en el precioso libro de las Fundaciones. Les recomiendo que lean el capítulo XIX, en que refiere la historia de la fundación del convento de Salamanca.

Diré de paso una palabra acerca de este *Libro de las Fundaciones*. Considerándolo desde el punto de vista literario, no vacilo yo en calificarlo por uno de los más preciosos libros históricos que tenemos en castellano: ¡qué naturalidad en las narraciones! ¡qué gracia tan espontánea! qué sencillez tan encantadora! De repente, casi sin advertirlo, tropieza uno con aquellas observaciones prácticas, que sobre los hechos y los hombres hace la profunda conocedora del corazón humano: narra con tanta amenidad y corre tan fácil su pluma, que á la par campean el gran ingenio natural de que estaba dotada y las ningunas pretensiones literarias que tenía la Santa al escribir su libro. En cuanto á su dicción castellana, ya sa-

Vemos que el insigne maestro y gran poeta Fr. Luis de León calificó no sólo de elegante, sino de la misma elegancia el lenguaje de la santa madre.

La casa es ahora propiedad de un caballero particular, y habitan en ella, desde hace muy pocos años, las *Siervas de San José*, quienes han convertido en capilla la sala en que vivió Santa Teresa, y en que tuvo aquellos admirables éxtasis, después de los cuales compuso allí la cancioncita:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero;

con las glosas en que desahoga las ansias amorosas de su pecho, encendido en deseos de gozar de Dios para siempre (5).

Alba de Tormes es una villa de escasa población: sus edificios son muy modestos, y con justicia se puede decir que no hay cosa alguna que llame la atención, excepto la vega del río que es hermosa y explayada.

(5) Las Siervas de San José son religiosas de votos simples y su objeto es enseñar á niñas pobres y huérfanas: viven del trabajo de sus manos: las fundó el Emmo. Cardenal Lluich, cuando fué Obispo de Salamanca, antes de pasar al arzobispado de Sevilla, en que murió hace muy pocos años.

La iglesia no tiene mérito ninguno: es pequeña y relativamente pobre. El cuerpo de Santa Teresa está en el altar mayor, dentro de un sepulcro de mármol, obsequio hecho en el siglo pasado por el Rey Fernando VI. En el mismo altar mayor, al lado de la Epístola, en un sagrario construído á propósito, se halla el corazón, depositado en un vaso de cristal, enriquecido con piedras preciosas en el pedestal de plata sobredorada que lo sustenta.

Los últimos días de la vida de Santa Teresa, estuvieron llenos de tribulaciones y padecimientos: en Medina del Campo hubo de soportar el desabrimiento y malos modos, con que la trató la Priora de ese convento, de ese convento que la misma Santa había fundado! Entrada ya en años, débil, quebrantada por sus penitencias, enferma, consumida de calentura, tuvo que ponerse en camino, sin haber probado bocado: desfallecida de fuerzas, extenuada de cansancio por un viaje penoso en los calores del estío y casi exánime, llegó á Peñaranda; y allí Ana de San Bartolomé, su compañera, á pesar de sus diligencias y ruegos, no pudo encontrar ni un huevo, ni un panecillo siquiera, ni cosa alguna de alimento para la moribunda Santa, y fué necesario continuar

el camino hasta Alba, donde llegaron el 21 de setiembre. Pocos días después aquella alma generosa volaba de la mansión terrenal á la patria bienaventurada (6).

Postrémonos delante de su corazón: yo lo he venerado despacio; yo lo he examinado cuidadosamente. El estado de conservación del corazón de Santa Teresa es indefinible y muy digno de ponderación: no se encuentra fresco; pero tampoco se halla reducido á polvo: está seco, conserva su forma y dimensiones naturales, y parece como si, sacado hace poco del pecho de una persona viva, se lo hubiese puesto al aire para que se secara. ¡Y fué cortado á hurtadillas del pecho de la Santa ya difunta, desenterrando su cadáver hace ya más de trescientos años!! Bien sabido es que el cuerpo de Santa Teresa fué sepultado en el suelo, en la mis-

(6) Entre Salamanca y Alba hay un encina dilatado, donde es tradición que se perdió la Santa una noche yendo de camino, y que los ángeles la guiaron hasta una fuente que está á la orilla de la carretera.

En San Estevan de Salamanca está el confesonario donde se confesaba: se halla en la capilla del Santo Cristo de la Luz; y los Padres Dominicos franceses que viven ahora en aquel célebre convento, han puesto grande esmero en conservar ese recuerdo de Santa Teresa, que honra tanto á la Orden dominicana.

ma Alba: que nueve meses después lo desenterró el P. Gracián, y que tres años más tarde lo volvieron á exhumar, para llevárselo secretamente á Avila; y entonces fué cuando una religiosa lega se dió maña para sacarle el corazón, sin que nadie lo supiese. La voluntad divina permitió semejante atrevimiento, sin duda ninguna, para poner de manifiesto las maravillas de la gracia en ese corazón.

A la simple vista, está clara, visible y patente la herida, que le hizo el Querubín, cuando lo transverberó, más de una vez, atravesándolo con un dardo de oro encendido: los bordes de la herida, quemados, y lo ancho de la cicatriz manifiestan que la mano del angel traspasó varias veces con aquel instrumento prodigioso ese corazón verdaderamente admirable, ese corazón estupendo.

“Quiso el Señor que viese algunas
“veces esta visión: vía un angel cabe
“mí, hacia el lado izquierdo, en forma
“corporal. No era grande, sino pequeño,
“hermoso mucho, el rostro tan encen-
“dido, que parecía el de los ángeles
“muy subidos, que parece todos se abra-
“san. Deben ser los que llaman queru-
“bines. Veíale en las manos un dardo
“de oro largo, y al fin del hierro me pa-

“recía tener un poco de fuego. Este me
“parecía *meter por el corazón algunas*
“*veces*, y que me llegaba á las entra-
“ñas: al sacarle me parecía las lle-
“vaba consigo y me dejaba toda abra-
“sada del amor grande de Dios. Era tan
“grande el dolor que me hacía dar algu-
“nos quejidos, y tan excesiva la suavi-
“dad que me pone este grandísimo do-
“lor, que no hay desear que se quite, ni se
“contenta el alma con menos que Dios”.

—Era necesario recordar estas palabras en presencia del corazón transverberado de la Santa. Considerado esto, desde el punto de vista puramente natural, no podemos menos de reconocer que Santa Teresa debió morir en el instante en que el ángel le traspasó el corazón por la primera vez, que fué el año de 1559, es decir, más de veintidos años antes de su muerte, acaecida el de 1582. ¡Vivió, pues, á pesar de todas las leyes de la naturaleza! ¡*Mirabilis Deus in sanctis suis!* ¡Qué admirable es Dios en sus santos! qué admirable!

Confieso ingenuamente que se me hacía duro de creer maravilla tan grande, antes de verla con mis propios ojos: con razón la Iglesia ha instituído una fiesta especial para celebrar este prodigio.

El corazón de Santa Teresa es un

portento: encerrado en un vaso de vidrio tapado, dos veces ha hecho estallar el vaso, como si estando muerto inflamara todavía el ambiente con calores misteriosos: ahora está en un vaso destapado.

Mucho habrán oído hablar ustedes acerca de las espinas que brotan del corazón de Santa Teresa; y naturalmente querrán que yo les diga una palabra acerca de semejante prodigio. ¿Es cierto? ¿Existen tales espinas? ¡Es cierto!... ¡Existen esas espinas en el corazón difunto de Santa Teresa!... Las he visto con mis propios ojos!.... Son unas como raicecillas finas y delgadas, que van creciendo y elevándose desde la punta del corazón hacia arriba. El corazón está en el vaso en la misma posición en que lo llevamos en el pecho; y, según exámenes muy prolijos, las espinas ó vegetales misteriosos no nacen ni brotan del mismo corazón, sino de un polvillo sutil, que se ha desprendido de él y caído y acumulado en el fondo del vaso. ¿Qué significan estas espinas? ¿Qué misterio encierra esa como red, en que se va encerrando el corazón de la insignia doctora mística? ¡Secretos de la Providencia!

Por una ventanilla practicada en el muro de la iglesia se ve, desde lejos, la

celda en que murió la Santa, donde hay una estatua que la representa en el instante de espirar, tendida sobre el lecho y apretando sobre su corazón el santo crucifijo. Recuerden ustedes las circunstancias que acompañaron á la muerte de Santa Teresa, á esa muerte tan preciosa á los ojos de Dios, y consideren qué afectos de devoción no inspirará la vista de la celda donde murió. ¿Qué dice el corazón, qué dice, viendo el lugar donde ya desde la tierra principió para Santa Teresa la inefable felicidad y gozo del cielo? Ante la vista de semejantes lugares un corazón cristiano no puede quedarse en silencio!!

También se conserva en Alba el brazo de la Santa, separado del cuerpo: está en un relicario junto con el corazón, se puede verlo y venerarlo de cerca. Es el brazo que de una caída se le quebró á la Santa en Toledo, y se halla íntegro, con parte de su propia carne seca, y más bien blanca que ennegrecida, como suele estar en las momias. Podemos, pues, decir, con toda verdad, que el cuerpo de Santa Teresa se conserva incorrupto.

Yo me preguntaba á mí mismo: ¿Por qué una mujer, una monja muerta hace tres siglos, inspira tanto entusiasmo, tanta admiración? ¿Cuál es el secreto

misterioso de la inportancia extraordinaria de Santa Teresa? ¿Serán acaso sus escritos, llenos de doctrina celestial? ¿Sus visiones maravillosas? Para mí ese secreto consiste en el amor á Jesucristo: el amor á Dios, el amor á Jesucristo es la condición esencial de toda verdadera santidad; pero en las maneras como se expresa y manifiesta ese amor, en las tendencias predilectas del alma de cada santo, dirémoslo así, hay una variedad prodigiosa y admirable en la Iglesia Católica. El carácter que distingue á Santa Teresa es la devoción amorosa á la persona divina de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué amor el suyo! Tan humilde, tan reverente, tan lleno de confianza: es la Magdalena inocente de la ley de gracia; en el Calvario hubiera estado al pie de la cruz del Maestro Divino. . . . ¿Cuánta solicitud por la gloria divina! Es Marta oficiosa, convidando al mundo entero á gustar de las dulzuras del Verbo Eterno en el reposo de la contemplación. ¿Qué gratitud para con Dios! ¿Qué temor de ofenderle!; pero en ese mismo temor, ¿cómo se manifiesta el amor filial más fervoroso! Maestra de la devoción á la humanidad adorable del Redentor, tuvo en la Iglesia Católica el encargo providencial de enseñar los ca-

minos de la perfección evangélica por medio de la oración y el recogimiento.

A los santos toda su grandeza les viene de Jesucristo Señor Nuestro; y tanta mayor devoción nos inspiran cuanto más nos mueven al amor de Jesucristo, con sus palabras y ejemplos: he aquí para mí el secreto de la devoción á Santa Teresa de Jesús. Jesucristo, Nuestro Dios y Señor, refleja sobre ella torrentes de gloria inefable.

Vos, Dios mío, sois para mí todas las cosas, solía repetir otro gran santo, San Francisco de Asís: Jesucristo es todo para nosotros, ¿podrán sernos indiferentes los grandes servidores, los fervorosos amantes de Jesucristo?

¡Ah! Eso es imposible!

Ya ven ustedes que las delicias de la fe no las puede proporcionar el mundo. Adiós.

Simancas, julio de 1886.

CARTA SEPTIMA.

Una visita á Lourdes.

Mi peregrinación á Lourdes.—Aspecto de la naturaleza.—La gruta de las apariciones.—La iglesia.—La letanía lauretana cantada por los peregrinos.—Los milagros verificados en Lourdes.—El Magnificat y las maravillas de Lourdes.

I

Venir á Europa, estar en el norte de España, y volverme á América, sin haber visitado el santuario y la gruta de Lourdes, habría sido cosa censurable y de que constantemente me hubiera estado reprochando mi conciencia; así pues, aunque me encontraba fatigado por los largos viajes que, en demanda de mi objeto, me había visto precisado á hacer, tomé el camino de Lourdes, dirigiéndome al otro lado de los Pirineos, para tributar á la Virgen Inmaculada el homenaje de mi fe y de mi amor, en el lugar que Ella misma se dignó elegir

y santificar, descendiendo del cielo y fijando sobre la roca sus pies glorificados.

Ahora, de vuelta de mi peregrinación, y cuando todavía resuenan en mis oídos los cánticos de alabanza que oí entonar á la divina Virgen en aquellos lugares predestinados, quiero referirles algo acerca de mi viaje, previniéndoles que pueden dar á luz esta carta, si conocieren que ha de servir para aumentar la devoción que, por dicha nuestra, profesamos los ecuatorianos á la Virgen María.

El aspecto de la naturaleza, tanto en el mismo Lourdes como en toda su comarca, es hermoso y pintoresco: la abundante vegetación, el follaje verde del frondoso arbolado que puebla aquellos montes, colinas y cañadas, las caprichosas y variadas formas de los cerros y la sosegada corriente del caudaloso y cristalino Gave, todo contribuye á decorar aquel paisaje místico, que no podrá nunca borrarse de mi memoria ¡Aún ahora, en este momento, se me figura estar viendo la santa gruta, como la ví por la postrera vez, mientras la vertiginosa carrera del tren me arrebatava, alejándome de aquellos lugares, que, acaso, no volveré á ver jamás!

El Gave corre por el fondo del valle:

á la derecha está la línea del ferrocarril y al frente la gruta de las apariciones y la iglesia; así que desde el camino se ve la estatua de la Virgen, en el mismo lugar en que la Reina del cielo se paraba siempre que se aparecía á Bernárdita; y en el punto, en que ésta solía arrojarse, se halla ahora el candelabro, en que, noche y día, arden siempre cirios innumerables, encendidos por los peregrinos que de todas partes acuden á venerar á la Virgen.

La gruta de las apariciones se encuentra actualmente como estaba cuando sucedió el milagro, descubierta, al aire libre, y en ella nada se ha tocado: la fuente milagrosa continúa brotando inagotablemente, en el mismo sitio señalado por la Virgen; y, por centenares, se cuentan las muletas de los enfermos, que, bañándose en ella, han conseguido completa salud; pues esos instrumentos, con que vinieron los enfermos arrastrándose penosamente hasta la gruta, están ahí suspendidos en ella, como trofeos de la misericordia de la Madre de Dios, á cuya poderosa intercesión debieron el que se les devolviese la salud.

Delante de la gruta ó santuario milagroso hay constantemente un grande número de personas de todas edades, sexos y condiciones, orando publica-

mente, con gran fervor y recogimiento, depuesto todo respeto humano. Lourdes, en verdad, es lugar de oración, y todo el que llega allí va inspirado por la fe. Con no poca satisfacción de mi alma, observé una muchedumbre considerable de peregrinos animados de piedad y devoción, y noté cómo besaban la tierra, cómo rezaban en voz alta, teniendo los brazos extendidos en cruz, y cómo, al partir, llevaban todos colgado al cuello y terciado al pecho el gran rosario de cuentas enormes, que es costumbre traer como recuerdo de la peregrinación: allí no hay miedo al respeto humano; allí nadie teme aparecer creyente y fervoroso; allí todos compiten en piedad y devoción.

II

La primera iglesia, aunque grande y magnífica, es ya estrecha para las numerosas muchedumbres de peregrinos que acuden con frecuencia, y se está construyendo actualmente otra, de mayores y más vastas dimensiones.

Cuando yo llegué á Lourdes, estaba allí una peregrinación, que había ido de Orleáns, presidida por el Señor Obispo de aquella diócesis en persona; y

presenció la procesión que hicieron los peregrinos, en la noche del día 5 de agosto, bajando de la iglesia á la gruta: iban todos con cirios encendidos, cantando las Letanías Lauretanas; y era hermoso el espectáculo de aquellas innumerables luces de que aparecía iluminada toda la colina, pues, vistas de noche desde lejos, semejaban una lluvia de estrellas que cayese sobre la gruta de las apariciones. ¡Qué impresión la que causó en mi alma aquella escena! ¡Cuántas y cuán profundas emociones! la noche estaba serena y tranquila: el murmullo apacible de las aguas del río era el único ruido que interrumpía el grave silencio de aquellos lugares consagrados por la presencia de la Virgen: un grupo numeroso de personas oraba de rodillas delante de la gruta: la blanca estatua de la Inmaculada se destacaba del fondo oscuro de las rocas, alumbradas por las luces del condelabro; y aquella actitud sublime de la Virgen, con los ojos elevados al cielo, las manos puestas en ademán de suplicar con rendida humildad, era profundamente conmovedora. . . . En esto, la procesión principió á descender: el coro con voz grave, robusta y sostenida, entonaba pausadamente una por una las exclamaciones de la Letanía, y

los peregrinos respondían con la deprecación *ora pro nobis*, ruego por nosotros; y esa deprecación, que es el grito humilde de la fe, de la penitencia y del amor, saliendo á un tiempo de tantos y tan innumerables pechos, con un tono de tristeza y compunción indefinibles, me pareció nueva y nunca oída por mí, en ninguna parte. ¡Tan honda fué la impresión que causó en mi alma! . . . La Sagrada Escritura compara con el estuendo de aguas caudalosas los cánticos que los bienaventurados en el cielo entonan delante del trono de Dios, *tamquam vocem aquarum multarum*: (1) la armonía de aquellas voces innumerables, que clamaban todas á un tiempo, cantando el *ora pro nobis* más devoto y más solemne que yo he oído en mi vida, confieso que me transportó involuntariamente á regiones sobrenaturales, donde me parecía estar escuchando los cánticos eternos, con que no ya un grupo de peregrinos, sino la tierra entera celebra sin cesar, desde hace diez y nueve siglos, la gloria de la Virgen incomparable, aclamándola bienaventurada.

Jamás me olvidaré de las Letanías de aquella noche: aún me parece estar

(1) Apocalipsis, c. XIV, v. 2.

oyendo las exclamaciones del coro, y la plegaria repetida del pueblo: aún me parece oír cantar, con entonación grave y prolongada, ese *Mater admirabilis*, Madre admirable, que, en aquellas circunstancias, fué para mí como un eco de aquel grito de admiración, en que, sin duda, prorrumpen los bienaventurados en el cielo, asombrados de la santidad y gloria de la Virgen: y ese solemne y quejumbroso *ora pro nobis*, ruega por nosotros, repetido con significativa é imponente monotonía, ¿no era, acaso, el grito, con que la Iglesia militante responde desde la tierra á las aclamaciones de la triunfante en el cielo?

Mas, ¿cuál no fué la emoción de mi alma oyendo cantar á esa muchedumbre numerosa *Refugium peccatorum*, *ora pro nobis*, allí, en ese mismo lugar, donde la Virgen hizo aquella solemne advertencia á nuestro siglo orgulloso, mandándole á Bernardita que publicara, á nombre de la misma Virgen y por orden expresa suya, que era necesario y urgente hacer penitencia, penitencia, penitencia. ¡Oh María! ¡oh Refugio de los pecadores! Si Vos misma no detenéis el brazo divino alzado para castigarnos, ¿qué será de nosotros? Nos conmináis con la ira divina

encendida contra nosotros, repitiéndonos, con énfasis misterioso, tres veces la palabra penitencia, como para hacernos comprender la gravedad de nuestras culpas; esas palabras nos aterran; dignaos volver hacia nosotros vuestros ojos misericordiosos, ¡oh María! *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte.*

III

Yo no he presenciado en Lourdes ningún milagro estrepitoso, ni tenía curiosidad de presenciarlo: yo no he visto á ningún tullido arrojar las muletas y salir corriendo de la piscina maravillosa: cierto, yo nada de eso he visto allá; y con todo, yo he sido testigo, como lo es todo el mundo, de un gran milagro. ¿Quién vió á la Virgen Inmaculada? Por ventura ¿la vieron todos aquellos que acudían á presenciar las apariciones? Y no obstante, hoy día todo el que vaya á Lourdes, sin preocupaciones absurdas, puede decir lo que los moradores de Sicar á la Samaritana, después de haber visto á Jesucristo: Ahora ya no creemos por lo que tú nos dijiste, sino por lo que nosotros mismos hemos visto y conocido. *Et mulieri dicebant: Quia jam non propter tuam loque-*

lam credimus; ipsi enim audivimus et scimus..... (1)

En Europa, donde tanto se ha blasfemado de Jesucristo, donde tanto se ha escarnecido su nombre: en Francia, donde se ha negado todo dogma cristiano; en Francia, donde ha habido desgraciados que, en el delirio de su orgullo, se jactaron de haber arruinado para siempre la Religión cristiana; en Francia, donde se ha enseñado que los milagros eran de todo punto imposibles; en Francia, encargada de propagar y difundir por todo el mundo lo bueno y lo malo; en Francia, allí era donde convenía que brillara la verdad eterna de la Religión cristiana, y allí brilló y brilló con luz espléndida. Las magníficas apariciones de la Virgen no convenía que se verificaran en una nación creyente y enteramente piadosa, sino en una nación escéptica y descreída, acostumbrada á examinar los hechos en el crisol de una crítica ilustrada y exigente; pues los milagros de Lourdes no eran un beneficio individual y aislado, concedido por la Virgen á una alma predestinada, sino un beneficio social, destinado á todas las naciones del

(1) Evangelio de San Juan, c. IV, v. 42.

mundo. Eran esas apariciones como una solemne misión evangélica, dirémoslo así, que la Reina de los Apóstoles daba á la Iglesia entera, para reanimar la fe, amortiguada y casi apagada en todo el mundo.

El milagro se verificó con tales condiciones, que dejó satisfechas á la vez las justas exigencias, tanto de la escrupulosa conciencia católica, cuanto de la honrada ciencia profana. El mundo todo creyó, y de un extremo al otro del globo cundió un santo entusiasmo y un sobrenatural apresuramiento por corresponder al beneficio recibido. ¿Quién podrá contar los millares de peregrinos, que, en un cuarto de siglo, han venido desde los países más remotos á postarse delante de una gruta, donde los ojos corporales nada ven, nada descubren? ¿Quién podrá enumerar las gentes que han caído de rodillas ante esas rocas mudas y solitarias, convertidas en santuario por la presencia momentánea de la Virgen Inmaculada? ¿Cómo explicar esto? ¡Ah! Preguntamos la explicación de lo que pasa en Lourdes!!... Eso es un gran milagro, un milagro, mayor que la curación instantánea de mil enfermos: es el cumplimiento palpable de la profecía que hizo la misma Divina Virgen acerca de su destino incompara-

ble, cuando anunció que todas las generaciones la llamarían bienaventurada. El vaticinio de la humilde Doncella de Nazaret está cumplido: Lourdes es una prueba espléndida de su cumplimiento. Lourdes es una romería, donde se regeneran y mejoran las almas: allí nadie va á buscar, por una devoción consuetudinaria, solamente esparcimiento para los sentidos: la fuente milagrosa es el símbolo de aquella otra, cuyas aguas sobrenaturales manan eternamente para apagar la sed de las almas.

Lo que vemos, lo que presenciamos en Lourdes no se puede explicar naturalmente: las escenas de Lourdes no son más que como un coro magnífico del cántico, que, hace diez y nueve siglos, entonan las generaciones á la Madre del Redentor, proclamándola bienaventurada.

Agosto de 1886.

CARTA OCTAVA,

Recuerdos de España.

El Escorial.—La revolución y los monumentos religiosos.—Mi romería á Zaragoza.—Regreso á América.—Llegada á Lima.—Grandeza histórica de esta ciudad.

I

En mi viaje de Madrid á Avila, me detuve en el Escorial, para conocer esa obra monumental de la grandeza y del poderío de Felipe II: arrimado á las sierras que separan las dos Castillas, se levanta aquel austero coloso de granito, de aspecto uniforme y grandioso. Todo en aquel edificio es regio y de alto mérito, y en todo su conjunto y en sus más insignificantes pormenores está de manifiesto el carácter del Monarca que lo mandó construir: lo grandioso del plan, lo austero de los adornos, la severa simetría de las partes y aquel aire mo-

dio sombrío de todo el conjunto dan al Escorial un carácter particular como monumento arquitectónico de primera clase: pudiera decirse que Felipe II gustaba de la belleza, pero no de la gracia; que se complacía en lo grandioso, pero no en lo pintoresco; y que amaba en todo la más severa regularidad. Ese rey, que hacía del reinar y gobernar no sólo la más seria, sino la única ocupación de su vida.

En el Escorial están los sepulcros de los reyes de España, desde Carlos V, fundador de la dinastía de Austria, hasta Alfonso XII de Borbón, que falleció á fines del año pasado de 1885: cuando yo visité el Escorial, el cadáver de Don Alfonso XII estaba todavía en el *putridero*, y aun se hallaba vacía la urna destinada á recibirlo. Porque es de saberse que en el cementerio real hay un lugar preparado para recibir los cadáveres y conservarlos, hasta que las carnes se hayan consumido completamente, y ese lugar se llama el *putridero*. La regia sepultura guarda los restos mortales de los señores de dos mundos, sobre quienes la posteridad no ha pronunciado todavía su último y justiciero fallo: Carlos V, Felipe II, juzgados ya y sentenciados por el Juez Eterno, aguardan aún la justicia de la posteridad, y

la posteridad algún día, aunque tarde, les hará justicia, cuando la verdad sincera desvanezca con sus rayos las sombras que las pasiones han amontonado sobre la memoria de esos dos monarcas. El austero fundador del Escorial tiene en contra suya para ciertos escritores la falta de haber amado entrañablemente la religión católica (1).

El número, la grandeza, la suntuosidad y hasta la magnificencia de los edificios y monumentos religiosos de España es increíble: toda la Península, desde Cantabria á Andalucía y desde Cataluña á Galicia, está cubierta de monumentos grandiosos, testimonio elocuente de la fe y religiosidad de los antiguos. Yo he recorrido casi toda España en diversas direcciones y he podido admirar por mí mismo esas antiguas y soberbias catedrales de Burgos, de Avila, de Salamanca, de Toledo, de Sevilla, &c. Reyes y vasallos, pueblo y soberano emulaban á porfía en levantar el templo, la casa de Dios, empleando en la construcción de ella cuanto de

(1) El Escorial es un edificio de dimensiones muy considerables, y entre otros departamentos, además de la espaciosa iglesia y la biblioteca, contiene el palacio real, el colegio y el monasterio: en su origen este último departamento estuvo habitado por monges jerónimos, y hoy lo está recientemente por religiosos agustinos.

más rico y más precioso podían tener á sus alcances. La España, la España de nuestros mayores, decía con palabras, y mejor todavía con obras: *para Dios lo mejor*, y entonces estaba contenta, cuando acumulaba oro y plata, mármoles y bronces, maderas escogidas y piedras preciosas en los edificios destinados al culto y á los ejercicios de la Religión.

El número de conventos así de religiosos como de monjas era considerable hasta hace medio siglo: vino la revolución liberal, y, armado el brazo vengativo é impío de hacha demoledora, descargó con furor golpe tras golpe sobre los monasterios; arrojó fuera á los religiosos en muchas partes, en no pocas concitó contra ellos las iras injustas de la más grosera plebe, y los hizo asesinar á la pública luz del día y en presencia de la justicia, que se cruzó de brazos ante semejantes crímenes: los edificios fueron demolidos, y la revolución se ensañó contra las obras de arte, porque llevaban el sello sagrado de la Religión y las hizo pedazos bárbaramente; y hoy España, como vuelta en sí, recoge con solicitud los trozos mutilados de cuadros y de estatuas, y los guarda en museos, donde el viajero los contempla, con el ánimo apesadumbrado, pon-

alerando á qué extremo de ceguera moral puede llegar un pueblo maleado y bastardeado en sus aspiraciones y sentimientos. ¡Cosa curiosa! Los museos provinciales, en buenas cuentas, no son sino inmensas colecciones de esculturas y pinturas de antiguos conventos demolidos por la revolución.

¿Qué odiaba la revolución en esos edificios? ¿Las bellas artes? Las glorias nacionales? Los recuerdos históricos? Las tradiciones populares? Todo, todo lo odiaba: bellas artes, glorias nacionales, recuerdos históricos, tradiciones populares, todo, porque en todo veía el sello sagrado de la Religión!!

Ahí están esos museos provinciales, ahí están cual una Palmira en medio del desierto: ahí están. Salomón levantó esas maravillas del arte y de lo hermoso y de lo bello; Salomón, es decir, la piedad religiosa, la ciencia cristiana, la fe viva de generaciones vigorosas: cayó sobre esos monumentos la avenida de la revolución y los redujo á escombros, los persiguió con furor, con ira, con venganza. No quiso ver lo bello, porque la belleza le recordaba á Dios, á Dios á quien odia la revolución ... ¡Cuánta ruina acumulada! ¡Qué de escombros amontonados! ¿Ese es el modo de corregir abusos? Ese el

remedio de los males morales? Así se reforman las costumbres? Así adelanta la civilización? Pero no desatemos la palabra en amargas recriminaciones, ni dejemos correr la pluma en quejas y exclamaciones: guardemos silencio y deploremos callados los extravíos de un gran pueblo. . . . España es la patria de nuestros mayores

La voz de la oración calló, el canto de las alabanzas divinas enmudeció: los lugares de recogimiento se cambiaron en plazas bulliciosas, y los santuarios en teatros: allí, donde durante siglos había resonado el gemido de la plegaria contrita y penitente, estalló el grito destemplado del placer y de la holganza mundana!

Yo he visitado el antiguo monasterio de San Isidro del Campo cerca de Sevilla, donde, según la tradición, estuvo sepultado San Isidoro, y donde se encuentra la tumba de Guzmán el Bueno: los muros derruídos, las columnas desplomadas, los claustros abandonados: por las desiertas galerías volaban los insectos, interrumpiendo con su monótono zumbido el triste silencio del arruinado monasterio: los cardos habían crecido impunemente sobre los escombros, y la ortiga silvestre se mecía lánguidamente al soplo del viento en los patios

desolados; en tanto que el grillo con su petulante chillido parecía hacer burla de las abandonadas y vacías celdas.... La obra de siglos ha desaparecido, y España contempla impávida derrumbarse sus monumentos.

Así están ruinosos y abandonados antiguos y célebres monumentos, con los cuales se halla estrechamente enlazada la historia de la nación española en sus mejores tiempos: así está San Pedro de Cardena cerca de Burgos, esa antigua abadía benedictina tan recomendable en la historia y la leyenda del Cid: así San Jerónimo, sepulcro del Gran Capitán, en los suburbios de Granada; así San Justo memorable por el retiro de Carlos V.... Iglesias convertidas en carbonerías; templos en establos; santuarios católicos en capillas protestantes!..... (2)

II

Antes de salir definitivamente de España, resolví hacer un nuevo viaje á

(2) Entre los monumentos cristianos notables demolidos por la revolución, debe contarse la iglesia parroquial de San Miguel en Sevilla, edificio notable y curioso de arquitectura mudéjar, destruido adrede, para convertir en teatro el espacio que ocupaba el templo, sin que ni las representaciones de personas doctas, amantes de las bellas artes y celosas de la honra nacional, hayan podido librarlo de la demolición.

Zaragoza, con el objeto especial de visitar el santuario de Nuestra Señora del Pilar. Estaba á punto de salir de España, iba á dejar la tierra española, talvez para no volver á ella jamás en mi vida; regresaba á América, descubierta, conquistada y civilizada por España; resolví, pues, no emprender mi viaje sin ir primero á Zaragoza, para venerar, á las márgenes del Ebro, el santuario desde donde principió á difundirse la luz de la verdad cristiana en toda la Península. De codos en el puente del Ebro que está tras la basílica de Nuestra Señora, vuelta la cara hacia el santuario, me estuve largo rato pensando en la tradición española relativa á la aparición de la Santísima Virgen al Apóstol Santiago en aquel sitio: había serenidad en el cielo, poblado de estrellas: el ruído de la ciudad había cesado completamente con el descanso de la noche, y sólo las aguas del Ebro murmuraban con mayor ruído, merced á la calma y oscuridad: me imaginaba entonces que veía al Apóstol postrado de rodillas en oración, y que de repente se le presentaba la Virgen María, más serena y más hermosa que los mismos cielos, y era aquel como el amanecer del sol de la verdad cristiana sobre la tierra españo-

la, cubierta por la oscura noche del paganismo; y para ese sol esplendoroso no hubo columnas de Hércules que le señalaran término limitado donde brillar, porque los mundos se doblaron, y al que surgiera de las aguas del Océano alumbró también y vivificó el sol del Cristianismo, que ni en España ni en América ha tenido ni tendrá ocaso jamás.

Yo no fuí á Zaragoza armado de una crítica escéptica por sistema y descontentadiza; llevé piedad, devoción á la Reina de los Cielos, y me postré conmovido ante su veneranda y secular imagen, delante de la que han caído de rodillas generaciones innumerables: el poder romano terminó en entrambas Españas, la de acá y la de allá del Ebro: la monarquía de los Godos sucumbió: el reino de los Arabes acabó también y se alzó sobre las orillas del Ebro el trono de los reyes de Aragón; Castilla y Aragón unieron sus destinos, y bajo el cetro de Carlos V, nieto de los reyes católicos, la España fué úna; y romanos y godos y españoles de todo tiempo y de toda época han venido á orar delante de esta bendita y tradicional imagen, que descansa como en pedestal sobre una columna de mármol, hace diez y nueve siglos, erguida, en

pie, firme, inconmovible á orillas del Ebro: los pueblos se han cambiado, las razas han sufrido transformaciones, las lenguas mismas han acabado, variándose, fundiéndose y renovándose en nuevos idiomas, en dialectos diversos; pero el lenguaje de la oración ha sido siempre úno, el mismo, invariable, por que la fe que lo inspira no se ha cambiado nunca.... Los labios han mella-do, han escavado el mármol, estampándose durante siglos en ósculos ardientes, fervorosos sobre el pedestal granítico de la Virgen.... ¡Qué millones de labios habrán tocado este mármol, ahuecado á fuerza de ósculos devotos, de besos fervorosos!! Santa Virgen, vuestro culto es una prueba palpitante de la divinidad del Catolicismo....

Después de casi tres años de permanencia en Europa, me hice á la vela en Lisboa, surcando las aguas del Tajo con rumbo al Brasil; del Brasil pasé á Montevideo, para conocer la capital del Uruguay: recorrí la Argentina, y, atravesando la cordillera de los Andes, entré en Chile, haciendo por tierra el viaje desde Buenos Aires á Santiago: así fué como regresé á Guayaquil por el Sur, después de haber comenzado mi viaje por el Norte, embarcándome para Panamá.

Grandes deseos había tenido siempre de visitar Lima, la ciudad más histórica sin disputa de toda la América española: me detuve, pues, en ella y la conocí despacio, recorriendo uno por uno todos sus monumentos y lugares notables, visitando de preferencia los que hizo célebres y santificó la insigne virgen limeña Santa Rosa de Santa María.

Estuve en la celda del Bienaventurado Martín de Porras, veneré su cráneo, y palpé con reverencia y respeto el pecho del Bienaventurado Juan Masías, en su cadáver momificado, que se conserva en el convento máximo de los Padres dominicos de Lima.

Busqué con anhelo todos los recuerdos de Santo Toribio, y en la Catedral recompuse con mi imaginación la historia del santo prelado, á quien se me figuraba verlo, en medio de los primeros obispos de estas regiones, presidiendo los famosos concilios de Lima, para el arreglo y dirección de la Iglesia americana. ¡Oh! Lima, ¡oh! ciudad de los reyes, en tu suelo reposan los santos que han vivido en América; de tu tierra brotó la rosa más fragante y hermosa que las Indias han llevado á los altares de Cristo: humilde y modesta pensó pasar ignorada y desconocida

del mundo; pero el olor suavísimo y la regalada fragancia que despedían sus heroicas virtudes hizo traición á su humildad; la Iglesia entera puso en ella sus ojos y la glorificó, con la gloria pura y verdadera que discierne á la santidad.... ¡Oh! si de ese suelo bendito brotaran nuevas y nuevas rosas, cuán otra sería la suerte de nuestra América!

1886.—Guayaquil.

CARTA ULTIMA.

El santuario de Nuestra Señora de las Lajas en Colombia.

Viaje á Colombia.—Descripción de los campos de Ipiales y del sitio del santuario.—La capilla.—La imagen de la Virgen.—La leyenda.—Consideraciones á que da lugar el santuario.

I

En los primeros días del mes de setiembre, (el año pasado,) saliendo de Tulcán, última población del Ecuador en el norte, me dirigí á la ciudad de Ipiales en el territorio de Colombia, con el objeto de visitar el célebre santuario de Nuestra Señora de las Lajas, tan frecuentado por peregrinos ecuatorianos.

De Ipiales se toma el camino hacia el oriente; y después de recorrer una llanura bastante accidentada, se principia á descender poco á poco hasta el punto en que está el santuario. El aspecto que presenta la naturaleza es her-

moso: praderas extensas se descubren á lo lejos, y allá, como en los términos del horizonte, lomas empinadas, que levantándose á enorme altura, forman la ancha base de la gran Cordillera de los Andes, dividida ya en aquel punto en dos ramales paralelos, que corren de norte á sur. Una parte de la pendiente es suave, y, haciendo curvas prolongadas, va el camino descendiendo lentamente, con dirección hacia la hoya del caudaloso río Guáitara: preséntase entonces á la vista del viajero un espectáculo bello, pero imponente; pues en el aspecto hermoso de la naturaleza hay mucho de majestuoso y hasta de terrible.

La hoya del río está formada por la ruptura violenta del suelo de la cordillera, que en aquella parte de los Andes próxima al Ecuador, parece haber sufrido sacudimientos y trastornos geológicos espantosos: dos paredes inmensas de rocas se levantan á muy poca distancia, una en frente de otra, formando valle angosto y estrecho, por cuyo fondo, á una profundidad enorme, corre el Guáitara, apretando y comprimiendo entre peñascos agrestes el grueso caudal de sus aguas.

El santuario no se ve ni se divisa, sino cuando uno está encima de él; ba-

ando la cuesta, al voltear uno de los ángulos de la pendiente, de pronto se descubren las torrecitas de la capilla, causa sorpresa agradable mirarlas de abajo, como si estuviesen puestas en el aire: la cúpula y las torrecitas se ven a vista de pájaro, mientras se va descendiendo al santuario; y cuando uno llega á éste y se pone á observar al derredor, se le figura la capilla como colgada y suspendida en medio de un abismo.

La situación del edificio es atrevida y muy pintoresca: una serie de cuerpos ó departamentos, sostenidos por arcos y puestos uno encima de otro, forman como un castillo cuadrangular adherido y pegado á la roca por una de sus caras laterales: por la base se apoya en la peña, tocándola ligeramente ó al descuido: la parte superior está de todo en todo al aire y hace una placeta cuadrada, sobre la que descansa la capilla.

En los bosques orientales de nuestra República, conocí unasavecillas que fabrican de barro primorosamente su nido, dándole la forma de una casita, la cual arriman por un lado al tronco de los árboles, dejando todo el resto del cuerpo suspendido y libre: así me parecía el santuario uno como nido de aves, puesto entre las breñas sobre

un abismo: arriba la enhiesta pendiente de la cordillera; abajo el descenso brusco por entre rocas y trozos de granito; al frente las agrestes peñas cubiertas á trechos de gramíneas verdes, ó coronadas de retama silvestre. Las flores amarillas de la retama esmaltaban, como con granos de oro, la blanca espuma de las aguas del río, que apretadas entre el muro colosal de la cordillera, forman un remanso, el cual, desde el atrio de la capilla, no puede contemplarse sin una especie de horror.

El camino baja por la roca, haciendo curvas, que, poco á poco, le conducen á uno hasta el puente, desde donde principia de nuevo á subir por una cuesta menos agria, dando frente al santuario. La obra del edificio es, por cierto, admirable; y no puede menos de ponderarse la habilidad y hasta la audacia del arquitecto que lo construyó. Grato me es recordar que éste fué un ecuatoriano, un hombre de veras modesto y sencillo: el Sr. D. Mariano Aulestia, natural de Quito.

II

Entremos ahora al santuario y prostémonos delante de la sagrada imagen de la Virgen. Ocupa ésta el fondo del

altar mayor ó retablo de la capilla, aunque no precisamente en el centro, sino inclinada un tanto hacia el lado derecho: representa á la Reina del Cielo con el Divino Niño en sus brazos; á los pies, arrodillados y con las manos puestas devotamente al pecho, están los dos patriarcas, Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís. Nuestra Señora está en pie, pisando el cerco de la luna.

La obra es digna de atención como pintura al óleo, hecha en la roca viva; pero, considerada según las reglas del arte, al punto se nota que la mano del pintor fué poco diestra y que al trazar el cuadro, no ejecutó una obra perfecta ni mucho menos una obra maestra: los toques del pincel manifiestan cuán poco hábil fué la mano del artista. No obstante, hay en el conjunto del cuadro un aire de sencillez y de gracia espiritual que mueve á devoción; y el rostro de la Virgen tiene cierta expresión de dulzura y de serenidad, por el que no puede mirársele con indiferencia; sobre todo, los ojos parece como si se fijaran de propósito en uno, para preguntarle calladamente, con una mirada de ternura, cuáles son las necesidades que le afligen, para remediarlas al instante. Cuando uno alza la vista y la fija en el

cuadro, los ojos de la Virgen le previenen, le salen al encuentro y se quedan como mirándole con expresión de bondad y de señorío. ¡Oh! entonces, ¿quién podrá repetir con indiferencia esa exclamación misteriosa: Vuelve á nosotros esos tus ojos llenos de misericordia? *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte.*

La Iglesia clama á la Virgen que vuelva hacia nosotros sus ojos misericordiosos, pues le basta á la Virgen ver nuestras necesidades, para remediarlas inmediatamente.

Nada se sabe con certidumbre acerca del primer origen ó motivo que hubiera para pintar esta imagen de la Virgen, en un punto agreste y retirado de toda población humana. Talvez, los peligros que ofrecía para los caminantes la bajada por tan escarpadas pendientes; acaso, también los desastres que no dejarían de sufrir, ya en sus mismas personas, ya en sus acémilas, al vadear el peligroso río, serían parte para que se encomendaran á la santa Madre de Dios, implorando su poderosa protección en los peligros del tránsito por aquellos precipicios, horribles y espantosos. Y, como un seguro refugio para los caminantes, y un consuelo en aquella soledad, se mandaría pintar, por algún de-

voto, (quien sabe si por algún sacerdote ó religioso,) esa bendita imagen de la Virgen Santísima, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario, para que, teniéndola á la vista, los pasajeros oraran con mayor confianza (1).

La Providencia divina, aún en lo sobrenatural, gobierna y dirige las cosas humanas, con admirables condescendencias y paternales miramientos para con sus criaturas. Todo lugar es á propósito para orar; todo tiempo es oportuno para levantar nuestro corazón á Dios; no hay imagen sagrada, así de los santos que reinan con Dios en el cielo, como de la Virgen Inmaculada, que no sea un medio exterior poderoso para despertar nuestra fe y

(1) "Refiere la leyenda que una indiecilla que se dirigía con su haz de leña al cercano poblado, vió claramente en una de las grutas de la sierra la imagen de la Virgen del Rosario, que despedía luminosísimos resplandores. Corrió á dar noticia del hallazgo al Cura de Ipiales, Presbítero Eusebio Mejía, quien habiéndose trasladado con varios vecinos al sitio señalado por la joven campesina, halló efectivamente, sobre la roca desnuda, pulida por los siglos, una bella pintura de la Virgen del Rosario. Resolvióse entonces construir en el mismo lugar un templo, y la obra se emprendió, en efecto, hasta lograr consagrarlo solemnemente en 21 de abril de 1803. Posteriormente se han hecho nuevas mejoras al edificio primitivo.....El templo es relativamente pequeño, pues su única nave mide 18 metros de largo por 6 de ancho." (*Lázaro M. Girón*. "Papel Periódico Ilustrado" de Bogotá, núm. 109).

avivar nuestra confianza; pero, con todo, hay ciertos tiempos y lugares que han sido escogidos y predestinados, di-rélo así, por el mismo Dios para hacerlos ocasión é instrumento de mayor y más especial misericordia. Era necesario movernos, estimularnos con algo que hiriese nuestra imaginación y conmoviese nuestros afectos, á fin de que lo común, lo ordinario, lo cuotidiano, á que ya estamos habituados, se nos presentara como nuevo y extraordinario. ¿No vivimos bajo las alas de la Providencia? ¿No estamos siempre al amparo de sus cuidados paternales para con nosotros? Y, no obstante, el mismo Señor, que conoce cuan miserables somos, acondiciona de tal manera la distribución de sus misericordias, que hace que las recibamos hasta los que somos más indignos de ellas; y sobre todos las derrama con extraordinaria abundancia.

Insistamos aun en esta verdad.

Orar es levantar el corazón á Dios, elevar nuestra alma hacia Dios, para alabarle, bendecirle, darle gracias por los beneficios que nos hace, implorar sus misericordias, para remedio de las innumerables necesidades que padecemos, y pedirle perdón por los pecados, que cada día cometemos. Dios está

presente en todas partes, y de cualquiera parte podemos elevar nuestras oraciones á Dios; sin embargo, hay ciertos lugares, donde Dios quiere ser glorificado de una manera especial: ¿no designó el mismo Señor á Abraham el monte donde quería que le fuese sacrificado Isaac? Dios mandó el sacrificio y señaló también el lugar donde debía consumarse.

Si muchas necesidades nuestras no son remediadas como deseamos, la causa de ello es nuestra oración mal hecha, de una manera indebida: no oramos con confianza, no pedimos con seguridad de alcanzar lo que pedimos; y Dios, siempre bueno y condescendiente con la flaqueza de la condición humana, nos proporciona auxilios oportunos y medios poderosos para despertar nuestra fe y avivar nuestra confianza: esas imágenes portentosas de la Virgen María son instrumentos providenciales de gracia y misericordia, de los cuales se sirve Dios Nuestro Señor para hacernos beneficios. Tienen esas santas imágenes una influencia misteriosa sobre nuestras almas; y, al ponernos en presencia de ellas, sentimos uno como aire de bendición, que refresca nuestro espíritu, lo hace revivir, lo recrea y lo conforta, y esto mu-

chas veces, aun á pesar nuestro.

Toda imagen de la Virgen Santísima tiene no sé qué poder maravilloso sobre nuestras almas; no obstante, hay algunas imágenes, en las que se experimenta mayormente esa influencia, que bien merece el nombre de santificadora. Y la paternal Providencia de nuestro buen Dios ha multiplicado esas imágenes portentosas de la Virgen, poniéndolas en todas partes. Delante de ellas los milagros son frecuentes, porque se ora con más confianza y con más viva fe.

Estas reflexiones no puede menos de hacer todo el que visite algún santuario célebre, como éste de Nuestra Señora de las Lajas en Colombia.

En este santuario ha puesto, pues, Dios uno de esos tronos especiales de misericordia para beneficio y consuelo de todos los que acudan necesitados de socorro y de auxilio, ya para el alma, ya para el cuerpo; y á nadie le ha dejado buflado su confianza en la divina Virgen. De todas partes se ven llegar al santuario constantemente innumerables devotos, que vienen de remotísimas provincias para pedir á la Virgen el remedio de toda necesidad, el consuelo de toda aflicción, el alivio para todo dolor.

III

Consideraba yo la situación topográfica del santuario y ponderaba sus circunstancias: un santuario consagrado á la Madre de Dios, en medio de estos abismos, donde á cualquiera parte que se vuelva la vista, se encuentran peligros espantosos; y esto en medio de un camino público muy frecuentado, me parecía cosa no vacía de cierta significación mística. La vida ¿no es un camino? Vivir ¿no es peregrinar? De la cuna al sepulcro, del tiempo á la eternidad, las generaciones humanas van pasando por el mundo, sin pararse, sin detenerse ni un solo instante, y sus olas son más rápidas é impetuosas, que las aguas del Guáitara, que corre bramando, para no volver jamás. Y en esta peregrinación, en este viaje de la vida, hay tantos peligros, nos amenazan tantos desastres que, en verdad, andamos como sobre un abismo; pero en nuestro camino están la gracia, la fe, la esperanza.... Sólo la Religión está inmutable, en medio del trastorno de todo cuanto nos rodea.

El cansado caminante, que conduce su fatigada acémila por entre breñas y

precipicios: el camposino, que se des-
cuelga por bruscas pendientes: el viaje-
ro que asoma en la cumbre de cerros
enormes y descende, con paso preci-
pitado, hasta el fondo del abismo,
donde ruedan mugiendo las comprimi-
das aguas del río, ¿no representarán
esa laboriosa peregrinación de la fami-
lia humana, yendo hacia sus eternos
destinos? Sentado en las rocas del
puente veía descender á los caminau-
tes: unas generaciones vienen, me de-
cía, cuando otras se van ya: los jóve-
nes principian á subir alegres por la
pendiente de la vida, mientras otros
vamos bajando ya, tristes y medita-
bundos. ¡Dichosos mil veces los que,
al hacer el viaje de la vida, han ca-
minado bajo el amparo y la protec-
ción de María!

El santuario de las Lajas levantado
sobre los abismos, oculto entre breñas
y precipicios, hace resonar la argen-
tina voz de la campana de la oración
en medio de una agreste soledad, co-
mo el grito de alerta que nos diera
una persona amiga, advirtiéndonos de
los peligros que en la vida nos ame-
nazan. ¡Quién de la peregrinación á
un santuario de la Virgen no vuelve
mejor! ¡Quién no regresa á su ho-
gar, trayendo uno como olor á cielo,

en la fragancia del incienso que perfuma sus vestidos!.... ¡Ah!... el culto de la Virgen es santificador y tiene eficacia poderosa para transformar á las almas. ¡Felices los que, una vez siquiera en su vida, hubiesenorado conmovidos ante alguna de las milagrosas imágenes de la Virgen, porque habrán recibido en su alma una impresión celestial, que será prenda de la vida eterna!

Quito, octubre de 1887.

INDICE



	PAGS:
DOS PALABRAS.....	5



CARTA PRIMERA.

La Roma de los Santos.

Motivo de mi permanencia en Roma.—La cárcel mamertina.—Peregrinación á los principales santuarios de la ciudad.—Los cuerpos de los santos.—Mi primera visita á las catacumbas.....	5
--	---



CARTA SEGUNDA

La Roma de los Santos.

Los designios de la Providencia.—El Janículo.—Nueva visita á la abadía de las tres fuentes.—El castillo del Santo Angel.—La Basílica de Santa María transtiberina.—San Clemente.—Otros santuarios.—El coliseo.—Santa María in cosmedino.—El hospicio de ciegos.—Santa Sabina.—Reflexiones.....	30
--	----

II

PAGS.

CARTA TERCERA.

Roma y Monserrate.

Los alrededores de Roma.—El Vaticano.—La Basílica de San Pedro.—La estatua de Pompeyo.—Nueva visita á las catacumbas.—Comparación entre París y Roma.—Viaje á España.—La pascua de Navidad en Barcelona.—La iglesia de la Merced.—Monserrate.—Recuerdos de la tierra ecuatoriana..... 65

CARTA CUARTA.

Roma y el Papa.

Motivo para escribir esta carta.—Aspecto de Roma.—Termas de Diocleciano.—La plaza del *pópulo*.—San Leonardo de Porto-Mauricio.—El Vaticano.—Tívoli.—El cementerio de Roma en agro verano.—Situación actual del Papa..... 99

CARTA QUINTA.

Mi permanencia en Sevilla.

La situación presente de España.—Mi llegada á Sevilla.—San Isidoro, Arzobispo de Sevilla.—Recuerdos piadosos.—Nuestra Señora de los Reyes.—Estragos del cólera.—Memorias



III

PAGS.

de Santa Teresa de Jesús.—La Catedral.— El baile de los seises.—Los cuadros de Mu- rillo.—La plaza del mercado.—Castilleja de la cuesta.....	128
---	-----

CARTA SEXTA.

Recuerdos de Santa Teresa de Jesús.

España, patria de Santa Teresa de Jesús.—La ciudad de Avila, lugar de su nacimiento. El monasterio de San José.—El monaste- rio de la Encarnación.—Medina del Cam- po.—Salamanca.—Mi peregrinación á Alba de Tormes.—El corazón de Santa Teresa.— Carácter de su santidad.....	160
--	-----

CARTA SEPTIMA.

Una visita á Lourdes.

Mi peregrinación á Lourdes.—Aspecto de la naturaleza.—La gruta de las apariciones.— La iglesia.—La letanía lauretana cantada por los peregrinos.—Los milagros verificados en Lourdes.—El Magnificat y las maravillas de Lourdes.....	184
---	-----

CARTA OCTAVA.

Recuerdos de España.

- El Escorial.—La revolución y los monumentos religiosos.—Mi romería á Zaragoza.—Regreso á América.—Llegada á Lima.—Grandeza histórica de esta ciudad..... 195
-

CARTA ULTIMA.

El santuario de Nuestra Señora de las Lijas en Colombia.

- Viaje á Colombia.—Descripción de los campos de Ipiales y del sitio del santuario.—La capilla.—La imagen de la Virgen.—La leyenda.—Consideraciones á que da lugar el santuario..... 207

